

63

DAD AU

CIÓN GE

3



MEJICIA
DE LA
RELIGION



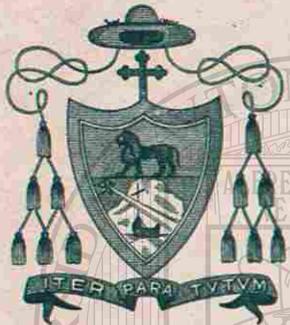
BX218
13
C.1



IMPRESA Y LIBRERIA
DE
J. M. AGUILAR Y CA
14C DE S^{ta} DOMINGO N^o 5.
MEXICO



1080020720



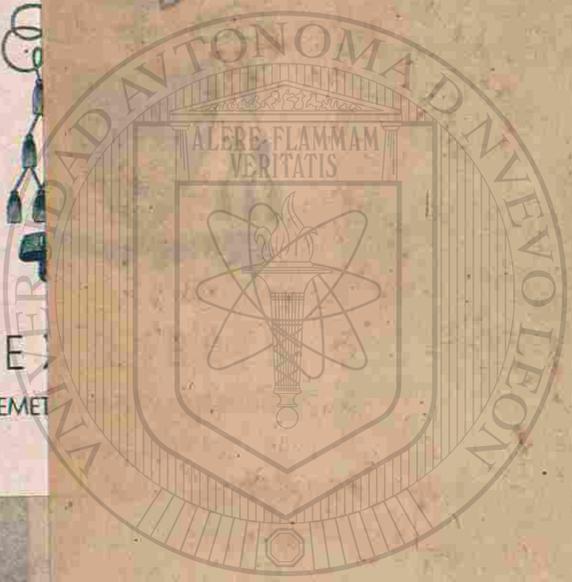
EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL

IMP
J. B.
190
No

230
L.



LAS DELICIAS
DE LA
RELIGION CRISTIANA,

6

EL PODER DEL EVANGELIO

PARA HACERNOS FELICES,

TRADUCCION DE LA OBRA QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES

EL ABATE LAMOURETTE.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

1892.
FONDO EMERITIO
VALVERDE Y TELLEZ

44777

BXZ183
L3

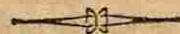


Capilla Alejo Serna

5555A

FONDO EMETERIO,
VALVERDE Y TELLEZ

PROLOGO DEL AUTOR.



MI designio, ó lector, ha sido darte un buen libro; es decir, un libro que sea á propósito para hacerte mejor y mas feliz.

He sacado mis ideas y mis principios de las puras fuentes del Evangelio, y esta sola circunstancia de mi trabajo me anima á creer que te he servido provechosamente, y á esperar que harás justicia á la solidez y á la dulzura de los medios que indico, para adquirir el solo bien real que hay en el mundo, á saber, la satisfaccion del alma y el reposo del corazon.

No es esta obra un libro ascético, ni una produccion filosófica; pero participa de uno y otro carácter, en cuanto las luces de la sana razon y de la experiencia, sirven en ella para fortificar las consideraciones de la fé; y la voz de la naturaleza se junta á la del Evangelio, para hacernos recibir, adorar y practicar cuanto nos ha sido propuesto por el primer Sábio que nos ha enseñado claramente la razon por qué existimos, y lo que vendremos á ser cuando ya no exista el universo.

Mas sobre todo, es necesario decir que es imposible hablar con alguna profundidad de la doctrina del cristianismo, sin reclamar á la razon á sus mas antiguos e indelebles principios, y por consecuencia, sin explicar la mas sana y mas útil filosofía con que puede ilustrarse nuestra ignorancia y consolarse nuestra miseria.

008123

Si llegase el día en que la palabra *filosofía*, tan equívoca al presente, recobre su antigua y verdadera significacion, y vuelva á hacerse consistir el carácter de *filósofo* en la averiguacion de la verdad y en el amor de la sabiduría; deberá entonces causar admiracion que en el siglo XVIII haya sido la filosofía opuesta al cristianismo, y que haya sido preciso ser impío y blasfemador para merecer el honor de ser alistado en el catálogo de los sábios.

En efecto, el Evangelio, aun cuando no se le mire sino como un sistema humano, y aun cuando se le suponga falso en el origen que él se da, y en la inmensidad de las esperanzas que ofrece al género humano, es indisputablemente un libro que no ha podido ser escrito ni inventado, sino con un fin virtuoso, y que contiene una doctrina, unas máximas y unos consejos, cuya práctica, si fuese universal, remediaría todos los abusos y todos los desórdenes que los sábios de todas clases lloran en todos los gobiernos y sociedades. Es, pues, imposible negar á los fundadores del cristianismo un designio honesto, unas miras sanas, y el mérito siempre interesante de haber sido hombres benéficos y verdaderos amigos de sus semejantes.

Hay además, en favor del Evangelio, un hecho demasiado palpable, y es que los que siguen el espíritu de la religion cristiana, son, entre todos los hombres, los mas felices por su propio interés, los mas incorruptibles en su conducta para con los demas, los mas inexorables en sus principios de probidad y de honor, los mas puntuales y exactos en su estado, los mas constantes en sus obligaciones, y el manantial mas perenne é inagotable para el alivio de las necesidades de los desgraciados.

Para hacer palpable esta verdad, he puesto en contraste en la presente obra, las dos partes de la vida de un hombre de mundo; suponiendo que en la primera se aban-

dona al torrente de las locuras y de las pasiones humanas, y que consagra la última á reparar sus errores y sus excesos en el seno de la religion. El primer cuadro nos representa un hombre no solamente infeliz por causa de los mismos placeres en que quiere hacer consistir su felicidad, sino mas vil y aun mas desgraciado por su estado de nulidad, de inhabilidad y de indiferencia á todo bien. El otro cuadro representa al mismo hombre, que habiendo salido del fondo de sus tinieblas, se instruye en la gran luz del Evangelio sobre todo lo mas puro y sublime de la virtud, que lo halla todo en el amor de la alta sabiduría que la fé nos enseña, y se forma un buen ciudadano para la sociedad, un excelente padre para sus hijos, un amo benigno y humano para sus criados, y un consolador de todos los infelices.

De aquí resulta una verdad que merece bien toda la atencion de los que se precian de filósofos; esta es, que aun supuesta la imposibilidad de conocer de dónde nos viene el Evangelio, ó de verificar el carácter divino que le atribuyen sus primeros apóstoles, ningun hombre de bien puede atreverse á desacreditar su doctrina, ni aun á desear que se descubra su falsedad, y que solo un mal ciudadano puede desear que el mundo deje de ser cristiano; pues el deseo esencial de la verdadera probidad es que los hombres sean buenos y felices.

Si un error pudiese producir semejante efecto, ¿no sería éste á los ojos del sábio el equivalente de la verdad? O si la sabiduría y la felicidad no pueden jamas proceder sino de lo verdadero, ¿no será esto una pueba de que cuanto Jesucristo y sus apóstoles nos han enseñado, no puede ser error?

Así que, los detractores del cristianismo son vituperables y perjudiciales en todas sus suposiciones, y aun cuando estuviese demostrado que no existia religion alguna revelada, sería preciso mirar el Evangelio como la

mejor y mas útil enseñanza que han recibido los hombres, y á todos los que le desacreditan como otros tantos insensatos á quienes subleva toda idea de orden y de justicia, y cuya depravacion se ofende de la austera sabiduría que se nos propone en él.

El mas alto punto de perfeccion á que podria llegar un sistema de felicidad pública, seria que en él la parte fuerte y poderosa de la sociedad fuese impelida por el mas vivo é imperioso interés á comunicarse á la parte débil y miserable; que al mismo tiempo tuviese ésta un punto de reposo y de seguridad, independiente de aquel asilo, y que aun fuese feliz bajo el yugo mismo de la opresion y la espada de la tiranía. Tal es el vivo carácter que distingue al Evangelio de todos los sistemas de moral y de política que han aparecido en el mundo desde los siglos mas antiguos, hasta el dia de hoy; y solo la mala fé será capaz de negar á un libro semejante, la justicia que es debida á lo que en ninguna parte sino en él, ha sido presentado mas universal, mas rico y á propósito para el reposo del mundo, para la dicha de la humanidad y la concordia de todos los imperios.

La alegacion de los filósofos irreligiosos (que nos dicen que este gran sistema está apoyado sobre esperanzas y promesas quiméricas) cuando pudiese ser por otra parte de algun peso y consideracion, carece enteramente en este punto de justicia y de solidez. No apelo á ellos en esta ocasion como á jueces de lo verdadero y de lo falso, sino como árbitros de lo bueno, de lo útil y de lo grande; en una palabra, de lo que conviene á la perfeccion de las facultades humanas y á la conservacion de la pública armonía.

Nosotros por lo comun no buscamos la verdad por ella misma, sino por ser felices en virtud de ella. El amor, pues, de la felicidad, es mas antiguo y mas íntimo en el hombre, que el amor de la verdad, y así, aquel camina

en todo el primero. Quien hubiese encontrado la felicidad, habria hallado á un mismo tiempo la verdad, ó se veria dispensado de buscarla. Habria llegado á su fin, y así le seria inútil agitarse en la prosecucion y análisis del medio. Es mas agradable al hombre experimentar la felicidad, que alimentar su espíritu con la estéril esperanza de ser dichoso á fuerza de dudar y de racionar. El Evangelio procura una verdadera felicidad: he aquí de donde se debe partir. Se le debe, pues, estimar; se debe inspirar su amor y práctica á todos los hombres, aun cuando él no fuese verdadero, porque el hombre verdadera é imperturbablemente feliz, jamas es engañado.

Muy bueno es buscar la verdad, pero aun importa mas que seamos buenos. Lo que nos da el amor de la justicia y de la virtud, cualquiera que sea su origen y aun cuando no sea mas que un parto humano, es esencialmente análogo á nuestra naturaleza y á nuestra necesidad de honrar la superioridad y la excelencia. El libro, pues, de la religion cristiana, se sostiene por su propia fuerza, por su íntimo valor y por la excelencia de la enseñanza que contiene.

Así, para definir á la religion cristiana, segun toda su excelencia, debe decirse que es la perfeccion, el último grado, la plenitud, y en una palabra, la suma total de todo cuanto el hombre busca naturalmente para su perfeccion y utilidad.

Ninguna cosa ha sido jamas tan profundamente pensada, ni supone un conocimiento tan completo de la naturaleza humana, como el plan del cristianismo. El solo es quien justifica el esfuerzo y universal tendencia de todo el género humano á ser feliz é indestructible. La infinidad de los deseos del hombre en ningun sistema filosófico, se halla satisfecha ni coronada. Estaba reservado á Jesucristo traernos las solas esperanzas que correspondiesen á nuestra capacidad de gozar, y á nuestro deseo

de aumentarnos, de dilatarnos y de ingerirnos en la fuerza y en la inmutabilidad de lo infinito.

Esta inmensidad y magestad del designio del cristianismo, es la que da á nuestros libros sagrados un carácter tan señalado de excelencia y superioridad sobre todas las producciones del espíritu humano. Ni los antiguos ni los modernos, todos juntos, sabrían arreglar un sistema que reuniese la abundancia, la solidez y la elevación de nuestras Escrituras. No son solo los literatos religiosos los que reconocen en ellas bellezas admirables, y un fondo de cosas y de sustancia, que no se hallan en parte alguna; sino todo hombre de un gusto sério y profundo, sean los que fuesen sus principios personales: todo pensador que ama las grandes miras, la energía y la opulencia de las ideas; todo orador que quiere hallar las riquezas de la verdadera elocuencia; todo filósofo que busca el conocimiento del hombre, de sus necesidades y de sus recursos; todo poeta que gusta fijar su imaginación en los grandes sucesos y en las magníficas pinturas: en fin, toda alma tierna y sensible, cuyo anhelo es alimentarse de cuanto el sentimiento puede ofrecernos mas patético, mas delicado y mas vivo; toda clase de lectores reflexivos y dotados de una alma sana, admiran y reciben con ardor los tesoros que están guardados en este admirable libro. Solo los falsos conocedores no pueden sacar su valor de entre las antiguas formas que cubren su superficie. Es un oro muy puro, y que no es de un uso menos precioso y menos universal por hallarse encostrado de sustancias extrañas, que lejos de desnaturalizar su valor, son un testimonio de la excelencia de la mina de donde nos ha venido.

Con el fin de manifestar todas estas verdades, he compuesto aquesta obra. Aunque mi designio no parece prometer mas que un libro de devoción, se advertirá sin embargo, que me he dedicado á hablar á la razón y al sen-

timiento, y que trato del espíritu y de la doctrina de la fé con bastante profundidad, para merecer alguna atención de parte de los que quieren hallar en todo filosofía.

Queriendo unir á la fuerza de las razones la prueba experimental de la solidez y de la sabiduría de la religion, he pintado los efectos de su impresion y de su poder en una relacion que me ha suministrado pinturas patéticas, situaciones interesantes, é instrucciones, que siendo deducidas del corazon mismo de la moral evangélica, esparcen la mas agradable luz sobre toda la descripción de los deberes del hombre. Conforme voy avanzando, entro mas profundamente en la consideración de la relacion íntima que hay entre el espíritu y la doctrina de la religion, y las necesidades de nuestra razón y de nuestro corazon; y así, los puntos fundamentales de la filosofía del cristianismo, se hallan presentados á una luz bastante análoga al carácter delicado y descontentadizo del espíritu reinante. En una palabra, me he propuesto ser edificante y luminoso, piadoso y filósofo; de suerte, que este libro puede ser recibido por el cristiano sincero como un escrito sólidamente religioso, y por los que se precian de buen sentido y de probidad, como una producción sabia, útil y razonable.

Yo no diré que he acertado á ejecutar mi designio del modo que le he concebido; pero me atrevo á afirmar que en general comprende este libro excelentes cosas, pues en todo él no se hace mas que exponer, desenvolver y profundizar los pensamientos del libro mas excelente que poseen los hombres.

Algunos hallarán bastante largos los capitulos. En este caso se los deberá mirar como unos discursos, á los cuales no pongo fin hasta haber vertido en ellos todas las ideas y reflexiones que me sugeria el asunto de que me ponía á tratar.

Por lo demas, mi amado lector, aplicado mucho tiem-

po hace á un trabajo de un género abstracto y profundo; no he emprendido éste sino por descansar útilmente de la fatiga que me causa otro (1); y así, este libro no es mas que el fruto de mis paseos por la soledad de los campos. Al mismo tiempo que andaba, iba meditando, y escribía mis reflexiones sentado al pié de un árbol, ó sobre la verde yerba de un bosque: circunstancia, que junta á lo limitado de mis talentos, es suficiente para hacerme esperar que me leerás con indulgencia, y que en atención á la bondad y á la solidez del fondo de que te hago poseedor, suprirás mi falta de método, de correccion y de gracia en el estilo.

(1) *Reflexiones sobre la filosofía de la fé.* Esta obra, anunciada en mis *Reflexiones sobre la filosofía de la incredulidad*, ha sido retardada, por consejo de algunas personas sensatas y de buen gusto, que me han hecho algunas observaciones, cuya sabiduría no puedo menos de conocer. Me ha sido preciso, para seguir su consejo, refundir todo mi trabajo bajo un nuevo plan; que con corta diferencia, es volver á hacer de nuevo lo que ya estaba hecho.

LAS DELICIAS

DE LA

RELIGION CRISTIANA,

ó

EL PODER DEL EVANGELIO

PARA HACERNOS FELICES.

CAPITULO PRIMERO.

INVOCACION.

SOLO vos, ¡oh Dios de los tiempos y de la eternidad, sois grande y excelente en la naturaleza! Vos sois la fuente incorruptible é inagotable de todo cuanto es verdadero, sólido, útil, precioso y apetecible en el cielo y en la tierra. ¡Qué bien se encuentra mi alma cuando reconoce, admira y adora en vos la única fuerza que sostiene al universo, la única sabiduría que arregla todos sus acaecimientos, y la única luz que me ilumina sobre el destino de mi ser, y sobre el uso de los bienes y de los males de la vida humana!

¡Dios mío! eterno y amado principio de todas las inteligencias; mi corazón, recogido ante el trono de vuestra inmensa magestad, se siente en su lugar, y reconoce

po hace á un trabajo de un género abstracto y profundo; no he emprendido éste sino por descansar útilmente de la fatiga que me causa otro (1); y así, este libro no es mas que el fruto de mis paseos por la soledad de los campos. Al mismo tiempo que andaba, iba meditando, y escribía mis reflexiones sentado al pié de un árbol, ó sobre la verde yerba de un bosque: circunstancia, que junta á lo limitado de mis talentos, es suficiente para hacerme esperar que me leerás con indulgencia, y que en atención á la bondad y á la solidez del fondo de que te hago poseedor, suprirás mi falta de método, de correccion y de gracia en el estilo.

(1) *Reflexiones sobre la filosofía de la fé.* Esta obra, anunciada en mis *Reflexiones sobre la filosofía de la incredulidad*, ha sido retardada, por consejo de algunas personas sensatas y de buen gusto, que me han hecho algunas observaciones, cuya sabiduría no puedo menos de conocer. Me ha sido preciso, para seguir su consejo, refundir todo mi trabajo bajo un nuevo plan; que con corta diferencia, es volver á hacer de nuevo lo que ya estaba hecho.

LAS DELICIAS

DE LA

RELIGION CRISTIANA,

ó

EL PODER DEL EVANGELIO

PARA HACERNOS FELICES.

CAPITULO PRIMERO.

INVOCACION.

SOLO vos, ¡oh Dios de los tiempos y de la eternidad, sois grande y excelente en la naturaleza! Vos sois la fuente incorruptible é inagotable de todo cuanto es verdadero, sólido, útil, precioso y apetecible en el cielo y en la tierra. ¡Qué bien se encuentra mi alma cuando reconoce, admira y adora en vos la única fuerza que sostiene al universo, la única sabiduría que arregla todos sus acaecimientos, y la única luz que me ilumina sobre el destino de mi ser, y sobre el uso de los bienes y de los males de la vida humana!

¡Dios mío! eterno y amado principio de todas las inteligencias; mi corazón, recogido ante el trono de vuestra inmensa magestad, se siente en su lugar, y reconoce

con asombro el seno bienaventurado de donde salió, y á donde debe volver para vivir aun despues de la destruccion del universo, y anegarse para siempre en los adorables abismos de vuestra magnificencia y de vuestro esplendor.

Yo, pues, oh Señor, soy eterno, y solo en vos hallo la medida de mi duracion, el precio de mi valor, y el modelo de mi excelencia. Así que, es una verdad y no un sueño de mi orgullo, que estoy destinado á no perecer jamas, á sobrevivir como vos á la ruina de todos los imperios, á la destruccion de todas sus grandezas, á el aniquilamiento de todas las pasiones, á la extincion de todos los astros, y al regreso de toda la naturaleza á la noche de la nada; y que en medio de todas cuantas vicisitudes experimente en esta vida, siempre que persevere fiel en adoraros y temeros, se verificará indefectiblemente el decreto irrevocable de mi incorporacion en la unidad de vuestra bienaventuranza y de vuestra gloria. . . .
¿Qué pensamiento! . . .

¡Dios poco conocido de los insensatos! tronad desde la altura de los cielos. . . . ¡Oh hombre miserable! ¿dónde estás cuando no vives dentro de tí mismo, y buscas los placeres fuera de tu propia grandeza? ¿Qué pretendes hallar en todo cuanto te rodea? ¿Qué inquietud es la de tu imaginacion? ¿Qué desórden el de tus pensamientos, y qué ambicion la de tus deseos? ¿Qué le resulta á tu corazon de todo ese estrépito que haces, y de todos los espacios que recorres?

Vos me habeis inspirado ¡oh Dios mio! que hable de las riquezas de vuestra bondad: penetradme con vuestra luz y vuestra verdad; y como testigo que sois del tierno y ardiente celo que me anima por la verdadera felicidad de mis hermanos, concededme vuestra sabiduría para abrir los ojos de los que á tanta costa buscan lejos de vos un fantasma de felicidad, y hacerles conocer la soli-

dez, la abundancia y la dulzura de los manantiales que vuestra infinita misericordia ha depositado en los tesoros de la religion.

CAPITULO II.

ENGAÑO DE LA FELICIDAD DEL MUNDO.

Tú has gozado, mi amado Aristo, de todos los placeres, y jamas has sido feliz. Los que desde el seno de su oscuridad admiran el esplendor de tu opulencia, la hermosura del palacio que habitas y la magnificencia de los muebles que le adornan, te llaman un mortal dichoso; y el tranquilo artesano que siente retemblar su humilde taller, conmovido por el tumultuoso y rápido movimiento de tu dorada carroza, al contemplarte en medio del soberbio aparato que te rodea, está bien lejos de sospechar que seas mas desgraciado que él.

Así lo habeis establecido, Dios mio, y todo sucede siempre conforme á esta dispensacion de vuestra justicia y de vuestra sabiduría. Vos habeis querido que nuestro propio corazon, cuando ya no reinais en él por haberse abandonado á la tiranía de sus pasiones desarregladas y turbulentas, se convierta en nuestro formidable enemigo, y sea un perturbador implacable de todos nuestros falsos placeres; ó por mejor decir, las amarguras en que anegais el alma del insensato que os desconoce y olvida, no son el castigo de un juez que quiere satisfacer su cólera y hacer desgraciado al delincuente, sino la sábia y tierna precaucion de un padre que no puede ver con indiferencia su perdicion, que ordena todo lo criado para que nos incline á su seno, y que inutilizando nuestras tentativas para sustraernos de su dominio, nos obliga, por decirlo así, á reconocer y sentir, que es necesario un

Dios para llenar un corazon tan grande como el que ha dado al hombre.

Sí, Aristo, te engañas creyendo que eres feliz. Todo cuanto hay en tí, todo cuanto sientes y pasa por tí, desmiente de continuo la felicidad que quieres aparentar, y te dice que esta no es mas que el delirio de las ilusiones que te seducen. Serias el primero, desde la creacion del mundo hasta el presente, si hubieses conciliado el reposo y verdadera tranquilidad del corazon, con el desórden de una vida disipada y el abandono de la sabiduría. *El que ha sacudido el yugo de toda regla y de todo deber es desgraciado.* Salomon, que nos habla así, habia pasado por todos los grados de las grandezas y prosperidades humanas. El habia gozado de todo, y podia desafiar á su corazon á que aspirase á mayor felicidad, y á que desease un placer solo que pudiese ser nuevo para él. Sin embargo, si abrimos la historia de su reinado, de su gloria, de su magnificencia y de sus placeres, él mismo confiesa á la faz de toda la tierra, que en todo esto solo se encuentra *afliccion y tormento de espíritu*, y que todos los tronos del universo no pueden dar una felicidad comparable con la de poseer y amar la sabiduría.

Muy triste es, oh Aristo, la felicidad que consiste en el continuo cuidado de aturdirse y de huir de sí mismo. Ciertamente no necesita un corazon contento y tranquilo de tanta disipacion, ni de movimientos tan acelerados. El tuyo está tan vacío, que parece no sabe á dónde dirigirse para descargarse de su mismo peso y de la insoponible carga de sus disgustos que renacen á cada momento. El hombre sábio que lleva consigo el principio de los verdaderos placeres, goza de una alegría dulce y profunda que se alimenta con cualquiera cosa, y tiene bastante con los mas inocentes desahogos. No son los objetos exteriores los que comunican á su interior aquella

serenidad que brilla en su semblante y en todos sus discursos; su propio corazon es el que hermosea todo cuanto le cerca, y el que comunica, por decirlo así, á todo cuanto ve y cuanto oye, parte de la hermosura y riqueza que en sí contiene. Pero tú, Aristo, desnudo de toda virtud y recurso propio, solo fundas tus esperanzas en lo que puedes recibir de fuera. De aquí proviene el apasionarte en todo cuanto haces, y la desgracia de no saber moderarte en nada; se puede decir que no buscas por todas partes sino poseer y devorar, y que estás inquieto y azorado hasta en tu mismo silencio y reposo. En las tertulias te confundes con un flujo de palabras precipitadas que solo sirven de abrumar á los que te oyen con el mismo enfado de que quieres verte libre, y en las que no se encuentra rastro de talento ni de prudencia. El hombre juicioso que te escucha, desea con la mayor ansia libertarse de la necesidad de sufrirte y de compadecerte. En tus banquetes todo es confusion y alboroto: no hay mas que una alegría loca y tumultuosa, discursos extravagantes, y toda la irregularidad de los ruidosos movimientos con que la extremada pobreza de alma se ha esforzado siempre para formarse un asilo en que ocultar su propia vergüenza.

Muy enfermo está, oh amado Aristo, quien necesita de tan extraños y violentos remedios para distraerse de sí mismo, y evitar la presencia de su corazon. Si en esto consistiese la felicidad, seria preciso renunciar á ella, pues nada podia haber mas funesto y deplorable para el hombre tranquilo y modesto, que jamas ha conocido los favores de la fortuna, que llegar á ser tan opulento y tan miserable como tú.

Si no te hace impresion una miseria tan profunda, es porque nunca has conocido un estado mas dulce, y porque te parece que tus males personales dimanen de una imperfeccion inherente á la naturaleza humana. Mas

quieres tenerte por incurable, que buscar las medicinas; y el hábito de desvanecerte y agitarte en la puerilidad de las pasiones, te ha cegado hasta el extremo de parecerte imposible vivir sin ellas, y encontrar la felicidad en el seno de la virtud.

No conoces el estado de degradacion extrema á que ha reducido á tu razon y á tu alma el desórden de tus pasiones. De todo juzgas sin discernimiento, nada consideras, nada preveés, sobre nada reflexionas, y eres víctima de una inconstancia á la cual no puede fijar cosa alguna. El descanso y el trabajo te son igualmente molestos, te fastidian todos los instantes de tu existencia, y tu alma se enagena y abisma en una multitud de proyectos quiméricos, de esperanzas ridiculas y de ideas extravagantes. Tu vida pública no es más que un estudio de locuras y de vanidad, un papel penoso de ostentacion y de orgullo, un cuidado molesto é impertinente de llevar á todas partes bajo un brillante aparato, la mas vergonzosa corrupcion, y de dar á la vileza de todos los vicios un colorido de dignidad y de decencia. Tu vida privada la pasas toda en medio de las convulsiones del pesar, y las tinieblas de una áspera y querellosa melancolia, en las agitaciones de una impaciencia acerba é imperiosa, y en la amargura de un humor atrabiliario que hace formidable tu presencia á todos tus sirvientes, condenados á devorar las erupciones del veneno que roe tu corazon, de suerte que eres á un mismo tiempo el escándalo y el suplicio de todos cuantos habitan en tu casa. ¡Oh virtud! ¡cuánto pierde el que se desvia de tus caminos amables y pacíficos! ¡Oh Aristo! ¡qué cosa tan terrible y cruel seria envejecerse en el horror y abatimiento del vicio, y morir sin haber gustado las dulzuras de la virtud!

¿Pero quién puede asegurarte de que llegarás á la vejez? ¿quién puede determinar el intervalo que separa tu situacion presente de tu último suspiro? ¡Oh Aristo! te

he recordado una circunstancia de la vida humana, cuya memoria es la mas cruel para todos los que viven segun las pasiones. ¿Pero cómo el mundo que te promete tantas cosas no te suaviza la horrenda imágen de la muerte, ni te consuela sobre la inevitable necesidad de sumergirte dentro de poco en un sepulcro? ¿Qué felicidad, pues, es esta que nos abandona en la situacion mas crítica de nuestra vida, y nos hace aborrecer un destino del que ninguna fuerza humana puede sustraernos? ¡Oh muerte! ¡cuán amarga es tu idea para el hombre que funda su esperanza y su felicidad en la posesion de sus tesoros y de sus placeres! Por mas que quiera ensordecerse al importuno eco de tu voz austera y terrible, le persigues por todas partes, y cuando está mas embriagado en las delicias, le consternas, de modo que no puede andar un paso sin encontrar con los espantosos atributos de tu poder destruidor, y sin caminar sobre las víctimas que no cesas de esparcir en este globo entregado por la justicia eterna á tu insaciable guadaña.

¡Oyes, Aristo, estos ecos graves y lúgubres que desde el interior de los templos resuenan en la ciudad, y cuya magestad severa domina al confuso tumulto de los negocios humanos? No procures distraerte del saludable horror que te inspiran; ese horror tiene algo de noble y de amable para una alma que conserva todavía algun vestigio de su vigor y elevacion original, y esa impresion de tristeza y de terror es en un corazon grande, un bosquejo de su regreso á la virtud, y como la aurora de la religion que quiere ilustrarle y derramar sobre él todas sus riquezas.

¡Con qué elocuencia estos mensajes de la muerte, que nos vienen á cada momento del fondo del santuario, nos recuerdan la nada y la inestabilidad de la vida humana! y con cuánta fuerza y dignidad publican la inmovilidad eterna de aquel Dios que todo lo ve, que todo lo llena,

que todo lo sostiene, que á todo sobrevive, y que jamas se muda en medio de las revoluciones y ruinas con que no cesa su brazo de agitar y alterar la faz del universo! *¿Quién, Señor, es semejante á vos? ¿Quién tiene aquella fuerza de existir y de durar que da un carácter tan formidable á la sentencia de muerte pronunciada contra los hijos de los hombres, y á aquella comparecencia tan singular y tremenda con que cada uno debe verse delante de vos despues de su último suspiro?*

Así, Dios mio, se disipa y desaparece todo. El tiempo ha destruido las ruinas de los tronos en que se sentaron los primeros reyes del mundo, y ha borrado hasta los mas mínimos vestigios de todos los monumentos de su gloria. Mas la duracion de vuestro indestructible imperio no está comprendida, como la de los estados y soberanos de la tierra, en periodos que se miden y admiten division; su origen se pierde en infinidades inconcebibles que abisman nuestra imaginacion cuando quiere figurarse lo que existia y pasaba antes que hubiese mundo y hombres, y se extiende y prolonga en la inmensidad y perpetuidad de vuestra excelencia y de vuestro esplendor inaccesible; de suerte que la historia de la eternidad contiene la de todos los reinos y acaecimientos humanos, como los abismos del vasto Océano se tragan y sorben todas las gotas de agua que las nubes destilan desde lo alto de los aires. *¿Qué hace, pues, el insensato que consume los pocos instantes que tiene de vida en desnaturalizarse y envilecerse en las cadenas de sus deplorables pasiones? Este es un ser momentáneo y feroz que aparece en el mundo para salir de él en el instante, y que no pudiendo resistir á la fuerza que le arrastra al sepulcro, se apresura á insultar á aquel poder adorable y supremo que le destina á su inmortalidad y felicidad. Se le debe comparar á un infeliz, que arrastrado por el rápido torrente de las aguas, tiene al tiempo*

de sumergirse en sus abismos, el imponderable frenesi de ultrajar la mano bienhechora que se apresura á librarle del riesgo, sacarle á ribera, y albergarle en su morada. Digámoslo mejor de una vez, Aristo; una ceguera como la tuya no se puede concebir; solo Dios desde lo alto de su gran luz conoce toda la degradacion, todo el desórden y todo el horror de un corazon endurecido á la verdad y á la virrud.

CAPITULO III.

SOLIDEZ DE LA FELICIDAD QUE DA LA VIRTUD.

Por mucho tiempo, mi muy amado y desgraciado Aristo, fué semejante á tí Filemon: recibió, como tú, de la naturaleza, un alma susceptible de grandes pasiones, muchas riquezas é inmensas haciendas de sus padres; Pero Filemon ya no existe. Diez años de penitencia y de arrepentimiento precedieron al terrible instante de su entrada en la eternidad, y selló con el último suspiro su conversion á Dios y á la virtud.

Se halló escrita de su misma mano una descripcion de los dias de su vanidad, y de los que consagró al amor de la bondad soberana. Al leer sus reflexiones se conoce que su autor habia alimentado su religion con los libros sagrados, y con todos los nobles sentimientos de que nos dejó San Agustin una expresion patética en sus confesiones. Su escrito tiene este titulo: *Triunfo de la divina misericordia sobre un corazon perverso.* Contiene lo que sigue.

“;Dios y Padre mio! . . . ;Qué amables y deliciosas son para mi corazon las lágrimas con que se humedecen mis ojos al pronunciar este nombre tan dulce y consolador! . . . ;Ay de mí! Hubo un tiempo cuyo desórden quisiera borrar con toda cuanta sangre han dejado

que todo lo sostiene, que á todo sobrevive, y que jamas se muda en medio de las revoluciones y ruinas con que no cesa su brazo de agitar y alterar la faz del universo! ¿Quién, Señor, es semejante á vos? ¿Quién tiene aquella fuerza de existir y de durar que da un carácter tan formidable á la sentencia de muerte pronunciada contra los hijos de los hombres, y á aquella comparecencia tan singular y tremenda con que cada uno debe verse delante de vos despues de su último suspiro?

Así, Dios mio, se disipa y desaparece todo. El tiempo ha destruido las ruinas de los tronos en que se sentaron los primeros reyes del mundo, y ha borrado hasta los mas mínimos vestigios de todos los monumentos de su gloria. Mas la duracion de vuestro indestructible imperio no está comprendida, como la de los estados y soberanos de la tierra, en periodos que se miden y admiten division; su origen se pierde en infinitades inconcebibles que abisman nuestra imaginacion cuando quiere figurarse lo que existia y pasaba antes que hubiese mundo y hombres, y se extiende y prolonga en la inmensidad y perpetuidad de vuestra excelencia y de vuestro esplendor inaccesible; de suerte que la historia de la eternidad contiene la de todos los reinos y acaecimientos humanos, como los abismos del vasto Océano se tragan y sorben todas las gotas de agua que las nubes destilan desde lo alto de los aires. ¿Qué hace, pues, el insensato que consume los pocos instantes que tiene de vida en desnaturalizarse y envilecerse en las cadenas de sus deplorables pasiones? Este es un ser momentáneo y feroz que aparece en el mundo para salir de él en el instante, y que no pudiendo resistir á la fuerza que le arrastra al sepulcro, se apresura á insultar á aquel poder adorable y supremo que le destina á su inmortalidad y felicidad. Se le debe comparar á un infeliz, que arrastrado por el rápido torrente de las aguas, tiene al tiempo

de sumergirse en sus abismos, el imponderable frenesi de ultrajar la mano bienhechora que se apresura á librarle del riesgo, sacarle á ribera, y albergarle en su morada. Digámoslo mejor de una vez, Aristo; una ceguedad como la tuya no se puede concebir; solo Dios desde lo alto de su gran luz conoce toda la degradacion, todo el desórden y todo el horror de un corazon endurecido á la verdad y á la virrud.

CAPITULO III.

SOLIDEZ DE LA FELICIDAD QUE DA LA VIRTUD.

Por mucho tiempo, mi muy amado y desgraciado Aristo, fué semejante á tí Filemon: recibió, como tú, de la naturaleza, un alma susceptible de grandes pasiones, muchas riquezas é inmensas haciendas de sus padres; Pero Filemon ya no existe. Diez años de penitencia y de arrepentimiento precedieron al terrible instante de su entrada en la eternidad, y selló con el último suspiro su conversion á Dios y á la virtud.

Se halló escrita de su misma mano una descripcion de los dias de su vanidad, y de los que consagró al amor de la bondad soberana. Al leer sus reflexiones se conoce que su autor habia alimentado su religion con los libros sagrados, y con todos los nobles sentimientos de que nos dejó San Agustin una expresion patética en sus confesiones. Su escrito tiene este titulo: *Triunfo de la divina misericordia sobre un corazon perverso*. Contiene lo que sigue.

“;Dios y Padre mio! . . . ;Qué amables y deliciosas son para mi corazon las lágrimas con que se humedecen mis ojos al pronunciar este nombre tan dulce y consolador! . . . ;Ay de mí! Hubo un tiempo cuyo desórden quisiera borrar con toda cuanta sangre han dejado

en mis venas mis continuos y profundos gemidos. Tiempo de tinieblas y de horror, tiempo de vergüenza, de espanto, de remordimientos y de negros disgustos, en que esclavo de las pasiones mas viles y tiranas, abandonado de mis parientes, despreciado de los hombres de bien, privado de mi propia estimacion, buscaba en la singularidad de los mas extremados excesos, un asilo espantoso contra el fastidio y cansancio de mis desfallecidos y fatigados sentidos. ¡Treinta años de mi vida manchados con toda la corrupcion del vicio mas desenfrenado!... ¡Santo Dios! ¡qué recuerdo! ¡Y érais vos quien sosteniais unos días cuyos momentos empleaba en despreciar toda conciencia y religion, formando de mis propias tinieblas un baluarte con que defenderme de los asaltos y de las inspiraciones de vuestra bondad incomprendible? Quería huir de vuestra luz; pero es tan íntima á todas las inteligencias, y conserva sobre ellas una fuerza tan victoriosa é irresistible, que se encuentra hasta en las ruinas de todas las facultades humanas, y obliga al prevaricador mas endurecido y abandonado, á confesar que no hay crimen dichoso; porque el que abriga la iniquidad en su pecho, se verá precisado á ponerle delante de un juez y de un tribunal.”

“ ¡Oh luz divina! eterna y terrible antorcha, llama que desciendes del seno de la soberana verdad para consternar y atemorizar los corazones viciosos; tú eras, tú, quien me hacias tan deforme y horrible la vista de mí mismo, cuando extendido en el lecho de mis remordimientos, solo veia en el reposo y en el profundo silencio de toda la naturaleza, la magestuosa y formidable señal de la postrera revolucion que asolará al universo, y que hará servir sus encendidas ruinas para eterno tormento de los insensatos! ¡Qué letargo el del hombre que se duerme en el horror de sus vicios y perversas costumbres, en medio de los gritos de una conciencia que tiene miedo

de sí misma, y de las crueles reflexiones que le inspiran entonces su abandono á sí solo, la falta de ruido, la oscuridad y la suspension de cuanto le rodea! ”

“ ¡Dios mio! en medio del movimiento y disipacion del día, os tenia por nada en el universo, y tal vez dudaba de la verdad de vuestra presencia y de vuestro supremo imperio sobre la vida y acciones de los hombres. Pero en la tranquilidad de la noche solo á vos veia en la naturaleza; parecíame entonces escucharos y sentirlos, y me hacia estremecer el peso de aquella inmensa y terrible magestad que arranca de entre los vanos placeres las almas de los príncipes y de los pueblos para sumergirlas en los sepulcros. ¡Mas cómo podré descubrir el terror que se apoderaba de mi espíritu, cuando en medio de un sueño quieto y agitado de mil espantosas imágenes, venia á herir de repente mis débiles, irritados y pavorosos sentidos, la formidable voz del trueno de tus venganzas? Parecíame que yo solo en todo el universo habia excitado aquel trastorno de la naturaleza, y que vos, Señor, dirigiais á mí solo la vista en aquella tempestad con que conmoviais los cielos y la tierra. Cada relámpago que venia del seno de las nubes á iluminar lo interior de mi estancia, donde procuraba adormecer mis temores, se lanzaba hasta lo íntimo de mi corazón, dejando en él señales de muerte: suspiraba entonces profundamente, é imploraba en mi auxilio la virtud, conjurándola á que renaciese en mi alma. En estos momentos de terror se le representaba á mi espíritu la imagen de un hombre religioso y justo que me visitaba frecuentemente, y cuya inocencia y virtud le hacian respetable y amado de todos los hombres de bien. Hubiera sacrificado toda mi opulencia por la dulzura de tener una conciencia tan libre de miedos y de remordimientos. ¡Oh Teófilo! exclamaba en medio del espantoso desórden que me consternaba. Tú no eres tan desgraciado como yo.... ¡Que yo

no tuviese tu alma y tus costumbres! ¡Ah! el que á este gran Dios que bambolea los desiertos y estremece los cimientos de las montañas, le considera como á su padre en estas circunstancias, se gloria de oírle anunciar con tanta magestad á todas las criaturas, que él solo posee el poder, y se deleita de verle ostentar ante todas las grandezas de la tierra el magnífico esplendor de este poder y de su eterno imperio. Mas el vil esclavo de los placeres sensuales no puede mirar cara á cara el aparato que rodea el trono de su Criador. . . .; Cuán terrible es el ver salir de su silencio al ser invencible que sondea los corazones, cuando nuestra iniquidad nos ha separado de su escogida é inmortal familia, y nos ha arrojado á la clase tenebrosa de los que maldecirán para siempre el día en que nacieron! Estas crueles reflexiones arrancaban de mis ojos una multitud de lágrimas. . . . Envolvíame entre las ropas que cubrían mi cuerpo medio helado, como para librarme de la furia del rayo, y desde lo mas profundo de mi quebrantado lecho, conmovido con mi temblor, lanzaba tan violentos y amargos gemidos, que me avergonzaria de que hubiesen sido testigos de mi aflicción los compañeros de mis locuras, y aun de que lo fuesen los criados de mi mayor intimidad, á quienes solía confiar las demas flaquezas.”

“La madrugada de una de estas lúgubres noches, en las que el impío, mas empedernido contra todo terror religioso, sospecha que hay un Dios, cuando me preparaba salir á distraerme de mis tristes pensamientos, y á disipar en el seno de los vanos placeres las tinieblas de una noche tan melancólica, me avisaron que á Oronte, mi amigo (si puede darse un nombre tan santo al mortal mas irreligioso y corrompido que hubo jamas), se le habia encontrado muerto en su mismo lecho. . . .; Dios mio! esta memoria me renueva aun el temblor que se apoderó de mí al oír noticia tan espantosa. Caí al punto en

tal desmayo y abatimiento, que no me dejaba libertad sino para levantar al cielo mis ojos amortiguados y pronunciar con voz interrumpida estas dos palabras: Oronte: ¡ay Dios! ambos pasamos ayer el día en la mayor disolucion. Esta idea horrorosa daba á las convulsiones de mi desesperacion, un no sé qué de delirio y de ferocidad, que me hacia inaccesible á todo cuanto podia consolarme. . . . Por todas partes veia cadáveres y sepulcros, y tenia por el último de mis suspiros cada movimiento de mi respiracion acongojada y trabajosa. La vista de mi habitacion me era odiosa é insoportable, no hallaba en ella sino señales fúnebres, y hasta las mismas paredes, á pesar de los ricos muebles que las hermoseaban, me parecian oscurecidas con un vapor sepulcral. . . . Este tránsito repentino é imprevisto de Oronte, cubierto con toda la fealdad y oprobio de los mas infames deleites, á los abismos de aquella eternidad en donde cada criatura que desaparece de entre los vivos encuentra el terrible depósito de su vida y de sus obras, me ofrecia una imágen tan espantosa, que para librarme del horror que me inspiraba, corria como un insensato perseguido de las furias, y dando alaridos semejantes á los de una fiera acosada de los cazadores que no halla por donde huir de los mortales tiros que la asestan.”

“Así me impusisteis, oh Dios mio, la dichosa necesidad de buscar en vos mismo un asilo contra vuestra cólera; y todos los terrores con que tanto tiempo oprimisteis mi alma impura, fueron unos ensayos de este gran golpe de misericordia que debia crear otro corazon, y restablecerme en la participacion de vuestra santidad y de vuestra felicidad inalterable.”

“Vos, Señor, me inspirais que continúe la historia de esta milagrosa trasformacion. Acaso la pintura de mis dias tenebrosos, y de las dulzuras de mis expiaciones y penitencias, vendrá á dar en las manos de algunos de-

sertores de vuestra santa alianza, y les moverá á buscar el remedio contra el mas cruel de todos los males en la misma fuente en que yo bebo ahora la felicidad mas pura.”

“Este desesperado y espantoso desórden á que me habia reducido la muerte repentina de mi amigo, me sacó del infeliz letargo en que yacia, y me puso en un movimiento irregular y extraordinario. Corria con celeridad de uno á otro extremo de la casa, llamaba á mis criados, venian y los despedia sin mandarles cosa alguna. Pedí el coche, y me dijeron que ya estaba puesto. Salí al punto, y sin saber qué hacerme, entré en él. . . . me preguntaron dónde queria ir. . . . á donde querais, les dije: no pude dar otra respuesta. El acaso, el capricho de los cocheros, ó lo que es mas cierto, Dios mio, vuestra mano invisible, lo dirigió hácia el norte de la ciudad.

“No lejos de la puerta de San Dionisio, y un poco mas abajo de aquel arco magestuoso y augusto, monumento percedero de la gloria de un conquistador que lloró al tiempo de morir la desgracia de haber hecho derramar las lágrimas y la sangre de los hombres, hay una comunidad respetable y célebre por los hombres sábios, incorruptibles y modestos que ha producido, por los continuos servicios que hace á la religion y á toda especie de infelices, y mas que todo por el prodigio de las conversiones que vuestra gran misericordia, Dios mio, no cesa de obrar en su recinto por medio del ministerio de estos héroes apostólicos, dedicados al glorioso cuidado de abrirnos los tesoros de vuestro Evangelio. Allí fué donde una impresion secreta y como celestial se apoderó de mi alma. No era ya esta aquella sofocacion causada por la desesperacion y sorpresa que hasta entonces habia ocupado toda la actividad de mi espíritu y de mis sentidos; era, sí, un tranquilo sentimiento que aliviaba mi corazon, y en el que me parecia descubrir un presagio

de libertad y de salud. Al mirar aquel sagrado pórtico, senti interiormente cierto movimiento que parecia anunciarme que allí era donde me esperaban la paz y la felicidad. Mandé retirar el coche, y procurando no ser conocido, me mezclé entre la turba de los que concurren frecuentemente á este santo lugar con el deseo de reformar su vida y sus costumbres.”

“Quedé atónito al ver la quietud y profundo silencio que reinaban en aquel vasto recinto, en aquellos largos y tranquilos claustros, donde se pierde la vista, y el alma se siente penetrada de un grave y religioso sentimiento, semejante al que inspiran el reposo y pavor de los sepulcros. Sin embargo, la mas ligera señal ofrece de repente la imágen agradable de la resurreccion universal, y aquellas bóvedas mudas y solitarias se mueven y resuenan con los pasos de los hijos del Señor que se reúnen para cumplir los santos deberes, ó para tomar alabándoos, Dios mio, sus comidas frugales é inocentes. . . . ¡Qué amable es, Señor, la habitacion de los justos! ¡y qué día tan hermoso es la vida para todos aquellos que se emplean en bendeciros y en unirse con vos! ¡Oh virtud! tu gran triunfo es libertarnos de los crueles temores de nuestro último fin, y hacernos mirar con tranquilidad el peligro en que se hallan los hijos de los hombres de ser arrebatados de improviso por la muerte. ¡Oronte! tú has desaparecido como una nave á quien se creia libre de las borrascas y tempestades, y á la que una ola repentina arrojó con furia inexorable á lo mas profundo del abismo. Sin esperarlo recibiste en tu juventud el posterior golpe destinado para humillar el orgullo humano: golpe que teme el anciano cargado de años y de miserias, sin embargo de que su blanca cabeza, inclinada hácia el suelo, parece que busca el sepulcro. . . . ¡Oronte! el Dios justo que cortó el hilo de tu vida, solo dejó entre el desórden de tus costumbres relajadas y el momen-

to de tu comparecencia ante su trono eterno, el intervalo de tu último suspiro. Cuando me separé de tí la vispera de tu muerte, te quedabas meditando en la inquietud, y esperabas pasar la última de tus noches bajo un dosel de púrpura y de oro. . . . ¡Cuál habrá sido el destino de aquella alma arrancada con tanta violencia de sus proyectos! ¡Gran Dios! vos la habeis juzgado. Ya está decidido su eterno é irrevocable destino. . . . ¡Ay de mí! las sentencias que salen de vuestro tribunal no sufren revista ni modificación alguna.”

“Estando ocupado de tan tristes reflexiones en lo interior del aposento que se me habia preparado, se presenta á mí uno de aquellos virtuosos eclesiásticos, encargados de la direccion de los forasteros, con aquel aire de modestia, dulzura y recogimiento religioso, que inspiran una tierna veneracion: creí ver á la virtud misma ofreciéndome todos los tesoros de su paz, y derramando los primeros rayos de su luz celestial sobre las tinieblas de mi alma. Preguntóme aquel varon santo, con todas las demostraciones de una caridad la mas fina y cariñosa, si conduciéndome Dios á aquel lugar de recogimiento y penitencia, me habia inspirado tambien el deseo de buscar en él un director de mi espíritu. Santo hombre, le respondi humedeciendo con mis lágrimas sus manos, las cuales apretaba con las mias, treinta años ha que arrastro las vergonzosas cadenas de las pasiones mas viles; teneis delante de vos al mas criminal y desgraciado de todos los hombres. ¡Ah! mi corrupcion es demasiado inveterada y profunda; el vicio no ha dejado ninguna cosa sana dentro de mí, ha penetrado hasta la médula de mis huesos. . . . le siento circular en mi sangre por todas las venas. . . . Al acabar estas palabras unos sollozos precipitados interrumpieron mi voz, y mi cabeza se reclinó sobre el pecho de mi libertador. ¡Pero qué sorpresa fué la mia al sentirme fuertemente apretado con aquel co-

razon todo lleno de Dios, y al ver mezclar las lágrimas del justo con las de un mísero pecador! En esta situacion estuvimos inmóviles largo rato, y vos, Dios mio, mirábais desde lo alto de vuestro trono, esta escena, únicamente visible á vos, como un suceso mil veces mas digno de la admiracion de los ángeles y de los hombres, que todos los que la vanidad inmortaliza en la historia de los reyes; y bendeciais estas sensibles primicias del triunfo que vuestra misericordia iba á conseguir sobre la dureza y perversidad de mi corazon.”

“*El dedo de Dios está aquí*, exclamó al punto el enviado del Señor, extendiendo sus manos sobre mí y abriendo sus ojos en los cuales brillaba el arrobamiento de una alegría toda divina. ¡Ah! yo empecé á disfrutar una parte de aquel placer celestial que se sustituye en un penitente á los negros cuidados y á los gustos criminales y turbulentos. ¿Será verdad, decia yo, apretando con mis labios las manos de mi ángel tutelar, será verdad que aquel Dios de bondad quiere conducirme de tan lejos, *y restablecerme en la generacion de los que le buscan* y le poseerán para siempre? Aunque esta dulce esperanza estaba confusa todavía en mi alma, derramaba en ella una suavidad inexplicable que jamas habia gustado hasta entonces. Confesemos, me dijo aquel varon santo tomando el tono y la sonrisa de alegría modesta y amable que solamente se encuentran en la virtud: confesemos que el que dirige desde lo alto todos los acaecimientos humanos, es un Señor muy grande, y que son demasiado locos los hombres que buscan tan lejos y á tanta costa los medios de satisfacer la necesidad que les obliga á aficionarse á alguna cosa, y á encontrar algun punto de reposo. Sin duda es una gran desgracia haber pasado bajo el yugo de las pasiones los mas preciosos años de una vida, cuyos instantes se deben invertir todos en el estudio de la verdad y de la sabiduría. Feliz el hombre

que anduvo siempre por los caminos de la santidad y de los suaves designos de su Padre inmortal. Feliz el que lleva consigo al sepulcro la lisonjera satisfaccion de no haber amado en la tierra sino al único bien que se encuentra en la eternidad. A la verdad, nada es comparable con la dicha de morir sin remordimientos y entregar á su Criador un alma que nunca se manchó con la impureza del vicio; pero tambien es cierto que nada hay mas interesante, mas grande, ni mas digno de la inmensidad de la divina misericordia, que la aceptacion de las lágrimas y sollozos de un corazon extraviado, que conociendo su miseria, quiere volver el seno de su Dios. Puede decirse que el pecador convertido siente en la virtud un encanto desconocido para los que jamas la perdieron. Parece que nada le queda á Dios que hacer para consolarnos de los ultrajes que le hicieron nuestros crímenes, y que su ternura se estudia á sí misma para indemnizarnos de todas las penas que hemos sufrido siguiendo al mundo y sujetándonos á su tiránico yugo. Para unirnos indisolublemente consigo, como si el gozo que siente de habernos recobrado pudiera ser turbado por el temor de perdernos segunda vez, se apresura á hacernos gustar lo que se encuentra mas exquisito, mas puro y mas dulce en los tesoros de su inefable esplendor, y á difundir en nuestro corazon aquel calor divino que es en cierto modo parte de su felicidad infinita. . . . ¡Ah! los hombres no saben qué nombre dar á esta efusion de la gloria de Dios en un alma penitente, porque no hay palabras que correspondan á la verdad y excelencia de una cosa tan divina, y porque esta comunicacion íntima de su luz inefable solo se halla bien expresada con el silencio, el respeto y la profunda adoracion de un alma que la siente y se sacia con ella.”

“¡Oh, qué precioso espectáculo es para el cielo un verdadero convertido! ¿Has leído, Filemon, prosiguió

el santo sacerdote, cómo el Salvador del mundo nos pinta la ternura de Dios para con el pecador que se arrepiente? ¡Qué halagüeña es la imágen de la conversion de un hijo desnaturalizado y disoluto, que abrumado con el peso de la vergüenza y de sus remordimientos, vuela á los piés de un padre, el cual al punto olvida los desórdenes del mas depravado de sus hijos, cede al ascendiente imperioso de la naturaleza y de la sangre, se arroja trasportado de gozo sobre aquella porcion de sí mismo, querida y perdida por tanto tiempo, le estrecha entre sus brazos, le oprime contra su corazon, y no puede hablarle sino con lágrimas de gozo que bañan sus mejillas marchitadas con los trabajos y las miserias! ¡Qué escena tan tierna! ¿Qué alma sensible podrá resistir á unas situaciones de esta naturaleza? Y cuando el Hijo de Dios, para animar nuestra esperanza, nos pinta la grandeza de la divina misericordia con unos colores tan vivos y fuertes, ¿podrán dejar de reconocerse en el uso que hace de medios tan delicados y victoriosos, los sentimientos y el corazon del amigo mas tierno y verdadero?”

“Así verificó el Hombre Dios con la conducta que observó en toda la carrera de su augusto y laborioso ministerio, cuanto habia dicho sobre el precio y excelencia que adquiere á los ojos del Ser supremo un alma arrepentida de su iniquidad, y que desea volver á la gracia de su Criador. Jamas se le vió mas vivamente conmovido, que á la vista de una conversion. Cuando rodeado de los primeros discipulos de su Evangelio, recorre los palacios y pueblos de la Judea y Galilea, ve y oye sin alterarse cuantas particularidades y noticias interesan al resto de los hombres; los raros espectáculos, las revoluciones extraordinarias, las empresas formidables de los señores del mundo, la magnificencia de edificios y antigüedad de monumentos; mas nada le detiene, nada pue-

de distraerle un instante de aquel magestuoso y profundo recogimiento, en el cual medita fundar sobre las ruinas de todos los dominios y pasiones de la tierra, su eterno é incorruptible imperio. Pero cuando sus miradas se dirigen á objetos pertenecientes á tan grande y magnífico designio, cuando encuentra una criatura en la que la mano de Dios ha empezado á excitar los primeros remordimientos que preparan la libertad de un culpado, y el milagro que ha de hacer de un elegido del mismo seno de la corrupcion; cuando, por ejemplo, una pecadora, famosa en la ciudad por sus disoluciones y escándalos, se siente de repente horrorizada de sus excesos, le busca con la mayor ansia, se arroja á sus piés, imprime en ellos sus labios, los riega con un torrente de lágrimas, y sus cabellos bañados en el llanto, cubren y envuelven, por decirlo así, lo que ella mas adora. . . . ¡Ah! hé aquí para su corazon el espectáculo mas agradable que puede ofrecerle el universo. ¡Cómo se afana á exponerla á la admiracion de cuantos le rodean! ¡Cuán sublime y divina le parece aquella postura, aquellos llantos y sollozos, y todo aquel aparato de humildad y de penitencia!! ¡Cómo le llena de gozo este procedimiento, y cuánto se complace al contemplar, en esta muger que se anonada á sus piés, uno de los primeros y mas brillantes triunfos de su mision divina! *Ved esta muger*, exclama, queriendo dar á este suceso, acaecido en la oscuridad, todo el esplendor y fama de un grande y memorable acontecimiento. Da un precio y una dignidad infinita á la menor circunstancia que le acompaña, las hace notar todas para que entendamos cuán preciosa es la menor particularidad en las obras que la gracia inspira, y con qué fidelidad tan tierna pone Dios en cuenta hasta nuestros menores sacrificios.”

“Con tan sábios y consoladores discursos difundia en mi alma aquel hombre justo la confianza y el dulce con-

vencimiento. Al oírle hablar de un modo tan persuasivo de la bondad de Dios y de la incomprendible caridad de Jesucristo para con los pecadores, sentia no sé qué de puro, filial y tierno, que mi corazon se inflamaba, y no hubiera podido sostener la fuerza de la impresion violenta que padecia, si no hubiese hallado desahogo en la abundancia y continuacion de mis lágrimas. Me era insoportable la idea y el remordimiento de haber vivido tanto tiempo en la ignorancia de una religion en la que todo es sublime, precioso, y tan admirablemente acomodado al carácter, al corazon y á todas las necesidades de los hombres.”

“El venerable siervo de Dios mantenía estas felices disposiciones con su continua asistencia y con la unción y energía de sus discursos, y me preparaba de este modo para aquel feliz día que debía restituirme en todos los derechos y esperanzas de los hijos de Dios. Su sola presencia causaba en mi alma aquel sentimiento é impresion evangélica que nos hace amable la soledad y las lágrimas; y desde que he conocido y tratado hombres virtuosos, soy de parecer que la prueba mas victoriosa de la divinidad de la religion, es aquel carácter inimitable de magestad, de libertad y de firmeza que da á los que viven segun su espíritu.”

“Hombres hay, oh Dios mio, en la tierra, desconocidos al universo, que viven y mueren en oscuridad de su siglo, pero que son por lo mismo á vuestros ojos los únicos y verdaderos grandes que merecen el obsequio y respeto de la admiracion pública. Mas las estatuas de los conquistadores y de todos los mártires de la gloria humana, serán igualmente sepultadas en un abismo, el cual al momento que el último de los escogidos desaparezca de acá abajo, devorará repentinamente todos los tronos é imperios del mundo; entonces la mayor dominacion y grandeza quedarán oscurecidas con el resplandor de la

dignidad régia y eterna de que será revestido el humilde y oscuro discípulo de la cruz y de la penitencia; entonces principiará la fama y gloria de los héroes de la gracia y de la eternidad; entonces nada será digno de estimacion sino lo que hubiese sido conforme á la voluntad divina, y la luz de la inmutable é incorruptible verdad que aclarará por primera vez lo mas oculto de todos los designios y empresas que inquietaron á los hijos de los hombres, les convencerá de que si el universo habia sido un espectáculo augusto y digno de los esmeros de su Criador, no fueron la causa sus grandes imperios, la magnificencia de sus ciudades, ni la celebridad de sus dominadores; sino que toda su gloria le provenia de estar destinado para servir de tránsito á los ciudadanos del imperio de la eternidad, y de ser el lugar de las pruebas, de las tribulaciones y de las lágrimas, cuya amargura era preciso que gustasen los justos antes de ser elevados á la participacion de la gloria y de la eternidad de Dios. Entonces se verá que el humilde y desconocido cuerpo de los verdaderos bienaventurados, era el único apoyo de toda la obra de la creacion; que todo subsistia y se habia hecho por ellos, que sus oraciones y lágrimas eran la única razon para que Dios suspendiese el castigo de los culpados, y que los suspiros de un corazon inocente decidian mas de la suerte de los Estados y de las naciones, que todas las medidas y toda la política de los que creen gobernar el universo, y ser los árbitros del destino de los pueblos. Solo vos, Dios mio, ofrecéis á los ojos del hombre justo un ser mas grande y mas excelente que él, y únicamente encuentra en la inmensidad de vuestra gloria la medida y modelo de lo que ha de venir á ser; esta es la razon porque *los nombres de los dioses de la tierra están escritos sobre el polvo, y los que os temen serán eternamente grandes*; porque, en efecto, lo son delante de vos, y porque solo la gloria que de vos nos vie-

ne, sobrevivirá á la destruccion de todos los edificios y monumentos de la tierra."

"Hijos de los hombres, necios partidarios de las pasiones y de las puerilidades de un mundo perecedero: ¡ah! si la compasion que inspirais por el cruel abandono que haceis de un alma que debiera seros tan amada, no fuese mas poderosa que el movimiento de indignacion que se experimenta al ver la infamia y la corrupcion con que os cubris, ¿no se os debería decir que obrábais bien viviendo bajo el despreciable yugo á que os habeis sometido, y que solo los espíritus nobles y los grandes corazones son capaces de elevarse hasta la altura del Evangelio, y dignos de conocer la magestad y la excelencia de la religion?"

"Pero á mí no me toca, Dios mio, avergonzar á mis hermanos; no debo olvidar jamas que los corazones corrompidos tienen derecho á preguntarme á quién debo la felicidad de haberme separado de ellos. El que por el favor del príncipe salió de la oscuridad y de la miseria, debe condolerse mas que otro de las aficciones y trabajos que sufren los que le fueren iguales, y no olvidarse jamas que fué de la clase de los infelices. Yo fui, Dios mio, de la de los perversos; infeliz de mí si un solo dia de mi vida dejó de pagar el tributo de sensibilidad, de lágrimas y de gemidos que me impone la memoria de haber arrastrado las mismas cadenas, y padecido los mismos males y tribulaciones que sufren aquellos."

"Al fin vi lucir aquel gran dia de mi libertad y adopcion en la augusta é inmortal sociedad de los santos. En diferentes intervalos, Dios mio, puesto á los piés del padre tierno, y del amigo generoso que vuestra gran misericordia me tenia reservado, hice una relacion de la deplorable y tenebrosa historia de mi vida, y descubrí todo el misterio de iniquidad que mi corazon impío habia ocultado tanto tiempo. ¿Pero qué

digo, Señor? ¿el desorden de mi vida podía encubrirse á los que tenían que seguir mis pasos, conocían mis amistades, notaban las continuas irregularidades de mi conducta extravagante y de mis necias conversaciones? Yo no procuraba disimular á vista de mis semejantes; tal vez me hubiera avergonzado de parecer menos atrevido y determinado á atropellar los deberes mas sagrados, y á no respetar nada en el cielo ni en la tierra. Entre los hombres de bien hubiera querido poder tomar la voz y el aire de la virtud; pero esta solo se parece á sí misma, y tiene una forma, un lenguaje y un carácter tan distinguido, que todos los artificios de la hipocresía no pueden llegar á tomar su apariencia, ni deslumbrar á quien tiene algun conocimiento de los hombres. Entretanto, Dios mio, yo murmuraba como todos los insensatos que quieren engañarse á sí mismos de la ley que somete á los pecadores á que manifiesten sus pecados á un hombre como ellos, y decia tambien entre mí: esto es lo mas impracticable y terrible de la religion. ¡Necios alucinados! ¿no veis que todos los días se manifiestan vuestros vicios á la faz de todo el mundo, y que vuestra conducta habitual es una confesion pública del espantoso desorden que reina en vuestros corazones? ¿quién puede quejarse de que su salud eterna consista en el uso de un medio tan humano y tan dulce?"

“¡Santo Dios! ¿no sois vos nuestro único bien, nuestro refugio, nuestra salud, nuestro asilo, nuestra gloria y nuestro todo? Si para reparar una pérdida tan enorme y terrible como la de vuestro eterno amor, fuese preciso arrancarnos del seno de la naturaleza, de nuestra patria, de nuestros hijos y de todo cuanto mas amamos en este mundo; si nos fuese preciso sepultarnos en horrorosos desiertos, teñir las rocas con la sangre de nuestras maceraciones, y que las montañas y cavernas resonasen con nuestros profundos llantos y gemidos, ¿deberíamos

estar indecisos un solo momento? Porque á la verdad, ¿quién puede sostener la idea de una alma inmortal, de un alma que destinada á gozar de la gloria y esencia del Ser infinito, no fuese sino la victima indestructible de la cólera y de la indignacion de su Padre y de su Criador? Pero vos, Señor, no exponéis nuestra debilidad á unas pruebas que la intimiden; solo pedís lágrimas, arrepentimiento y efusion de corazon, cuyos medios, al paso que siempre adormecen los grandes dolores, son el mas dulce remedio de la sensibilidad desgraciada: y esta sabia y eterna dispensacion de vuestra misericordia para nuestra salud eterna en el orden de la gracia, ¿no es una imitacion palpable de la que la naturaleza hace seguir á nuestro corazon, siempre que quiere encontrar algun consuelo en los males que le afligen?"

“¡Oh Filemon! me decia el santo sacerdote que me ilustraba sobre estos objetos tan importantes, los que buscan como justificar su repugnancia para no confiar á un ministro de la religion el secreto de sus conciencias, están muy distantes del reino de Dios; y solo la dureza de un alma, que aun no ha sentido el primer movimiento de penitencia, será la que se atreva á oponer las miserables rebeliones del orgullo contra la necesidad de humillarse á los piés de los sagrados intérpretes de la bondad divina. El hombre verdaderamente arrepentido no necesita de que otro le anime para abrir su corazon á su hermano y semejante. Cuando la religion no impusiese esta ley indispensable, se veria precisado á volar á los brazos del hombre justo para satisfacer la necesidad que tiene de ser consolado, y encontrar en él un consejo y un apoyo. Añadió asimismo esta reflexion llena de verdad y muy despreciada de aquellos á quienes cuesta tanto confesarse culpados delante de los otros. Son hombres, es verdad; pero no reflexionan que estos hombres son *otros tantos Cristos hijos de Dios vivo*, y que el

carácter divino que tienen impreso, los separa, por decirlo así, de su especie, y los eleva á un orden sagrado y distinguido? Son hombres, mas *la virtud del Altísimo reside en ellos*, y son superiores á los ángeles por aquel poder y admirable excelencia que les da sobre todo lo que se llama grande en el cielo y en la tierra, su incorporación en el sacerdocio eterno de Jesucristo, y su unidad con nuestro Redentor en la direccion de la grande empresa de Dios y de la fundacion de su sublime é incorruptible imperio.”

“¿Has notado alguna vez, prosiguió, las circunstancias en que el Hijo de Dios concedió á los hombres el poder mas grande que jamas se ha ejercido sobre la tierra, confiriéndoles la facultad de ser los mediadores y los salvadores de sus hermanos? Pues fué despues de haber consumado el último misterio de su misión laboriosa; despues que, habiendo resucitado y triunfado del inferno y de la muerte, tomó posesión del soberano poder que le fué dado sobre todo el universo; cuando ya el mundo no podia dudar de la verdad de su palabra y su dominio supremo sobre todas las criaturas, y finalmente, despues de haber hecho brillar todos los rayos de su gloria, despues de haber mandado á las tempestuosas olas que se apaciguasen, á la muerte que restituyese sus víctimas, á los astros que se eclipsasen, y á la tierra que temblase; entonces fué cuando se preparó á crear semejantes ministros, á multiplicarse y perpetuarse *en los hombres santificados por la virtud de su presencia y de sus discursos*; entonces fué cuando contemplando con un género de respeto á los hombres que iba á elevar á toda la altura de su dignidad infinita, *sopló sobre ellos.*”

“¿Qué espectáculo tan admirable! En él se ve el mas grande y el mas milagroso de todos los esfuerzos de su caridad inmensa. Ved por qué movimiento tan extraordinario quiso inspirarles su alma, su virtud y su autori-

dad. *Recibid el Espíritu divino. . .* Ya sois los príncipes de la paz, los padres del siglo venidero, los árbitros del linage humano y los verdaderos señores de la tierra: yo os envio en medio de los que la habitan, como mi Padre me envió á mí. ¡Oh Filemon! ¿puede decirse que aquellos á quienes se nos ha mandado que descubramos nuestras miserias son hombres solamente?” Así concluía mi sábio director cada una de las consideraciones sobre este importante objeto.

“No, Dios mio; son dioses: vos habeis puesto en ellos todo cuanto una naturaleza mortal podia llevar de vuestra gloria, de vuestra magnificencia y de vuestro poder sobre el corazon y pensamientos de los hombres: son, como vuestro muy amado y adorable Hijo, *el reflejo de vuestro resplandor, la reproduccion de vuestra excelencia infinita, la figura de vuestra impenetrable sustancia, y vos les habeis dado en herencia, como á él, las naciones de la tierra y todo el universo por imperio.*”

“Penetrado con estas santas y sublimes verdades, ¿cuánto se mudaron mis ideas sobre la ley de la confesion! ¡y qué consuelo tan grande recibia mi alma al paso que descubria mi corrupcion y malicia al ministro de la penitencia! . . . Pero en el momento que con el semblante inclinado á tierra y anegado en mis lágrimas, oí pronunciar las sagradas palabras. . . ¡Oh Dios mio! ¿Por qué no me dais valor para que pueda describir lo que pasó entonces en mi alma, y la feliz revolucion que causó en mis potencias? ¡Con qué prontitud desaparecieron todas aquellas inquietudes que envenenaban hasta los instantes de mi arrepentimiento y esperanza! Semejante á un hombre que sofocado por mucho tiempo bajo las ruinas de un edificio que cayó encima de él, y sacado de repente de entre los pesados escombros que abrumaban sus miembros, pasmado y como fuera de sí parece que ve por la primera vez y que todo lo extraña, se le trastorna

la cabeza, respira con interrupción, hasta que dando un suspiro advierte que sus entrañas recobran por fin su movimiento, y reconoce en el aire que toma su curso natural, su elemento propio: así, Dios mío, al volver á entrar mi alma en vuestro adorable y bienaventurado seno, encontró su natural refugio, y se vió restituida al principio que le dió la vida, principio que hace á los hombres inmortales y eternos.”

“En este estado de deliquio todo divino permanecía inclinado á la tierra y enagenado con el gozo de mi felicidad; y no sé hasta cuándo aquel sentimiento profundo que absorbía todas mis potencias, me hubiera tenido inmóvil en aquella postura de enagenamiento y de adoración, si la mano del hombre justo no me hubiera ayudado á mudar de situación. Entonces fué cuando me pareció que aquel ángel del cielo entraba en un éxtasis divino. Sus ojos, fijos sobre mí, tenían un no sé qué de augusto y de adorable. . . . ¡Oh Filemon! exclamó, yo saludo, admiro y honro en tí lo que hay de mas sagrado y venerable sobre la tierra; un santo, un elegido de Dios. Dichosos los corazones que posean los bienes que el tuyo acaba de recibir en este instante. Heté aquí hecho de repente el santuario de la gloria y de luz de Dios. Su vida circula en tí, y no hay nada en el universo comparable con la excelencia del nuevo ser que acabas de recibir, y con la grandeza del destino que te espera. ¡Oh qué golpe de alegría sentirás siempre que pienses que despues de haber sido por tanto tiempo forastero en la casa de Dios, y de tener perdidas tantos años las esperanzas de ser adoptado por Jesucristo, has venido á ser *ciudadano de los santos*, el hermano de todos los predestinados, miembro de la Iglesia de la eternidad, el descendiente de los patriarcas y profetas, *la piedra viva é inmortal del edificio establecido sobre el fundamento de los apóstoles* y de los mártires, y uno de los *trofeos* que

estarán eternamente colgados en medio de la ciudad de Dios, á la gloria *del cordero que nos redimió con su sangre, y nos unió á los de todas las tribus, de todas las naciones y de todas las lenguas.*

CAPITULO IV.

DE LA EXCELENCIA Y DULZURA DE LA JUSTICIA CRISTIANA.

Filemon continuó refiriéndonos las sábias pláticas que le hacia su director para darle la mas perfecta idea de su nuevo estado, y para fortalecerle en el amor y práctica de la virtud. “¡Cuánta fuerza y elevacion, dice este venturoso penitente, daban á mi alma aquellas palabras pronunciadas con el fuego de un entusiasmo divino, y en las que todo me parecia sólido, sublime y lleno de sustancia y verdad!” . . . Mi padre espiritual, para iustrarme sobre la grande idea de un alma arrepentida, prosiguió de este modo:

“La mayor parte de los hombres, Filemon, apenas ve en el beneficio de la reconciliacion que se nos ofrece en el tribunal de la penitencia, sino una gracia suficiente para borrar nuestras culpas, y lavar las manchas introducidas por nuestras pasiones y vicios. Con unas ideas tan imperfectas y superficiales de aquel gran misterio de misericordia, es imposible que al acercarse á este sacramento, deje de apoderarse de ellos la vergüenza, y que muchas veces al apartarse de él no se vuelvan con su iniquidad en el corazon. La remision de los pecados es, digámoslo así, lo menos admirable en la obra de la justificacion cristiana. Si la purificacion de nuestra conciencia fuese el único efecto de este gran sacramento que bendice nuestros remordimientos y nuestras lágrimas, bastaria ciertamente para librarnos del castigo eterno re-

la cabeza, respira con interrupción, hasta que dando un suspiro advierte que sus entrañas recobran por fin su movimiento, y reconoce en el aire que toma su curso natural, su elemento propio: así, Dios mío, al volver á entrar mi alma en vuestro adorable y bienaventurado seno, encontró su natural refugio, y se vió restituida al principio que le dió la vida, principio que hace á los hombres inmortales y eternos.”

“En este estado de deliquio todo divino permanecía inclinado á la tierra y enagenado con el gozo de mi felicidad; y no sé hasta cuándo aquel sentimiento profundo que absorbía todas mis potencias, me hubiera tenido inmóvil en aquella postura de enagenamiento y de adoración, si la mano del hombre justo no me hubiera ayudado á mudar de situación. Entonces fué cuando me pareció que aquel ángel del cielo entraba en un éxtasis divino. Sus ojos, fijos sobre mí, tenían un no sé qué de augusto y de adorable. . . . ¡Oh Filemon! exclamó, yo saludo, admiro y honro en tí lo que hay de mas sagrado y venerable sobre la tierra; un santo, un elegido de Dios. Dichosos los corazones que posean los bienes que el tuyo acaba de recibir en este instante. Heté aquí hecho de repente el santuario de la gloria y de luz de Dios. Su vida circula en tí, y no hay nada en el universo comparable con la excelencia del nuevo ser que acabas de recibir, y con la grandeza del destino que te espera. ¡Oh qué golpe de alegría sentirás siempre que pienses que despues de haber sido por tanto tiempo forastero en la casa de Dios, y de tener perdidas tantos años las esperanzas de ser adoptado por Jesucristo, has venido á ser *ciudadano de los santos*, el hermano de todos los predestinados, miembro de la Iglesia de la eternidad, el descendiente de los patriarcas y profetas, *la piedra viva é inmortal del edificio establecido sobre el fundamento de los apóstoles* y de los mártires, y uno de los *trofeos* que

estarán eternamente colgados en medio de la ciudad de Dios, á la gloria *del cordero que nos redimió con su sangre, y nos unió á los de todas las tribus, de todas las naciones y de todas las lenguas.*

CAPITULO IV.

DE LA EXCELENCIA Y DULZURA DE LA JUSTICIA CRISTIANA.

Filemon continuó refiriéndonos las sábias pláticas que le hacia su director para darle la mas perfecta idea de su nuevo estado, y para fortalecerle en el amor y práctica de la virtud. “¡Cuánta fuerza y elevacion, dice este venturoso penitente, daban á mi alma aquellas palabras pronunciadas con el fuego de un entusiasmo divino, y en las que todo me parecia sólido, sublime y lleno de sustancia y verdad!” . . . Mi padre espiritual, para iustrarme sobre la grande idea de un alma arrepentida, prosiguió de este modo:

“La mayor parte de los hombres, Filemon, apenas ve en el beneficio de la reconciliacion que se nos ofrece en el tribunal de la penitencia, sino una gracia suficiente para borrar nuestras culpas, y lavar las manchas introducidas por nuestras pasiones y vicios. Con unas ideas tan imperfectas y superficiales de aquel gran misterio de misericordia, es imposible que al acercarse á este sacramento, deje de apoderarse de ellos la vergüenza, y que muchas veces al apartarse de él no se vuelvan con su iniquidad en el corazon. La remision de los pecados es, digámoslo así, lo menos admirable en la obra de la justificacion cristiana. Si la purificacion de nuestra conciencia fuese el único efecto de este gran sacramento que bendice nuestros remordimientos y nuestras lágrimas, bastaria ciertamente para librarnos del castigo eterno re-

servado á los que mueren impenitentes; mas no nos daría la dignidad y excelencia de un ente capaz de soportar el peso inmenso de la gloria de Dios, y de entrar con él en la participacion de la bienaventuranza y de la inmortalidad. Ninguna cosa puede elevarse de repente hasta lo infinito, y lo que solo sirviese para borrar las manchas de nuestros crímenes, no podría servir para engrandecer nuestra nada, ni comunicarnos la fuerza necesaria para remontarnos sobre la esfera de nuestra naturaleza. Es preciso, pues, que á fin de vencer la desproporcion que tiene sujeta á toda criatura dentro de su esfera, y tan distante de aquel gran Dios, cuyo trono está colocado en las profundidades de una luz inaccesible, es preciso, digo, que un carácter sobrenatural entre á sustituir al natural y propio suyo, aumente el precio de su existencia, y dé á sus obras, á sus acciones, adoraciones, sacrificios y tendencia hácia Dios, un valor que no puede sacar de sus propias facultades, en donde todo es débil, pobre é impotente; es preciso, en fin, que una impresion de lo infinito prepare á la misma criatura para que alcance su posesion, y que de antemano resida algo de divino en la que es llamada á gozar de la eternidad y felicidad de Dios.”

“El gran designio de la soberana sabiduría en la economía de la religion y de la gracia, si lo consideramos con atencion, es hacer participe al hombre de toda la grandeza y perfecciones infinitas de que es capaz su miseria, dándole, si podemos hablar así, un equivalente de lo que es Dios. He aquí la verdadera clave para entender los arcanos que contristan nuestra razon, y la única luz que nos ilustra sobre el principio de todas las cosas y el último destino de las criaturas. ¿Mas cómo ha podido cumplirse un designio tan incomprensible y tan precioso para el hombre? El mas sublime de nuestros evangelistas nos explica con muy pocas palabras, lo que hubo

de mas grande y reservado en los consejos de Dios. *El Verbo que existia al principio y por quien todo fué criado, tomó la naturaleza humana en la unidad de su persona y grandeza infinita. El mundo, pues, vió en un hombre la gloria del Hijo único del Padre; vió un hombre en el cual residia la virtud y la excelencia de Dios, lleno de su fuerza y de su verdad eterna. Y todos hemos participado de su plenitud.*”

“Esto es lo que puede llamarse el centro y la medula de todo el sistema de Dios en la fundacion del universo, en el establecimiento de la religion, y en la direccion de todos los acontecimientos humanos.”

“Así el carácter de la justicia que recibimos de Jesucristo, consiste en comunicarnos, en cuanto somos capaces, su consustancialidad y su igualdad con el Ser infinito; en establecer entre el Hombre Dios y todos los que su gracia ha purificado, una unidad tan íntima, que su dignidad y méritos vienen á ser la propiedad de cada *hijo de la adopcion santa*. Somos á los ojos de su Padre otros tantos *Cristos de Dios vivo*. El Eterno reconoce en nosotros las imágenes de su gloria, y como las reproducciones de su *Hijo encarnado*. Todas nuestras adoraciones, nuestros suspiros y lágrimas delante de sus ojos, son de un precio y de un obsequio infinito, y cuando en el mundo existiese un solo hombre, si este conservase la santidad de la alianza evangélica, su residencia en medio del universo, bastaria para que Dios fuese infinitamente glorificado, y para que encontrase siempre en la obra de la creacion, algo correspondiente é igual á la gran gloria que se da á sí mismo en el abismo de su propia inmensidad desde los siglos de los siglos.”

¿Qué hombre, Filemon, se hubiera atrevido jamas á interpretar de este modo los fines del Todopoderoso, y á afirmar que el deseo de Dios en la dispensacion de los dones que Jesucristo trajo á la tierra fué hacernos con-

traer la infinidad y la soberana excelencia, si este Hombre Dios no hubiera aclarado el gran misterio del Padre celestial del modo mas propio para subyugar los corazones mas duros? Nos anuncia en los términos mas claros y positivos, que por él, y en virtud del parentesco que contrajo por medio de la encarnacion con todo el linage humano, fuimos incorporados en la gloriosa é inmortal sociedad que existía en lo interior de la gloria de Dios antes de la creacion del universo; que estamos unidos á él con un vínculo de fraternidad tan fuerte y tan indisoluble, que él mismo nos reconoce delante de su Padre por la *carne de su carne y el hueso de sus huesos; que si perseveramos en su santa gracia nos pertenece todo cuanto tiene; y que participamos de la propiedad y posesion de todos los tesoros encerrados en el santo esplendor, en el cual nació antes de la aurora; que el es la vid incorruptible en que estamos ingeridos de un modo inefable, y de quien recibimos el alimento íntimamente y sin cesar, como las ramas reciben su jugo, su calor, su fecundidad y su vigor del tronco vivo á quien están unidas. ¡Qué pintura!*

“Y á vista de esto ¿no deberemos admirarnos del grande aprecio que Dios hace de los que reciben su palabra, y de aquella efusion de ternura tan viva, tan ardiente y tan pacífica, desconocida hasta entonces, y de la que no se habia visto ningun ejemplo en la tierra? ¡Qué sentido tan profundo, y qué amor tan incomprendible no se manifiesta en este lenguaje que le inspira el deseo de consolar á los suyos en medio de las tribulaciones que les están reservadas por parte de los perversos! Querido y corto rebaño que mi Padre confió á mi cuidado, no temas, le dice, las contradicciones de las criaturas, ni la crueldad de tus enemigos; porque aquel gran Dios que te conoce y ama, tiene su mas dulce complacencia en prepararte los tronos desde donde juzgarás conmigo á todos los sábios del siglo y á todos los señores del uni-

verso. *No te dejes jamas trastornar por el poder de los que solo pueden atormentar tu cuerpo; el que cree en mí es inacabable, inmortal y eterno, porque yo vivo y vosotros vivireis tambien. . . .* En el gran dia de toda la efusion de mi gloria sobre mis hermanos, será cuando conoceréis aquel gran misterio de unidad, y cómo *yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí, y yo en vosotros.* Digamos, Filemon, para gloria del que nos bendice de un modo tan admirable, que el corazon no se siente con bastantes fuerzas para sostener la impresion que produce en él la vista de un Dios que habla así á los hombres; y que el justo necesita distraerse de ella para no ceder, cuando la contempla, al placer irresistible de morir de ternura y de alegría. Infelices los que no se enternecen con objetos de esta naturaleza. Es preciso perder la esperanza de conducirlos á la verdad por el camino del sentimiento. Dotados por la naturaleza de un corazon perverso, no son propios para una religion que solo fructifica en las almas sensibles y capaces de impresiones tiernas, porque en ella esencialmente todo es amor y caridad.”

“No sería exageracion decirte que el carácter de la justicia evangélica, es convertir nuestra debilidad en la fuerza de Dios, é ingerirnos, por decirlo así, en su sustancia inmortal. Los primeros Apóstoles de la doctrina de Jesucristo, hablaron en los mismos términos que su divino Maestro del alto punto de la grandeza á que nos eleva su gracia. San Pedro llama á esta preciosa gracia *un don grande*, por medio del cual venimos á ser compañeros en la gloria de Dios; nos hace entrar en su suerte inmutable y bienaventurada, y *participar de su naturaleza.* San Pablo confunde de tal modo nuestro destino con el del Hombre Dios, que nos apropia todos sus triunfos, y nos ve ya *resucitados, glorificados y sentados con él en los lugares celestiales*, es decir, que de derecho y en virtud de los misterios cumplidos ya en nues-

tra cabeza Jesucristo, todo cuanto es de su sangre posee las mismas prerogativas; que el estado de Jesucristo es indivisiblemente el estado de hombre justificado por su gracia; que la obra de nuestra exaltacion está ya concluida, y que si perseveramos en la alianza en que hemos sido recibidos, sola la muerte puede retardar nuestro mayor triunfo é inalterable *residencia á la diestra de Dios Padre.*”

“He aquí, Filemon, una idea, aunque imperfecta, de aquel estado natural y divino á que nos ensalza la justificacion cristiana, y que nos constituye en un grado en que nada puede compararse á nuestra grandeza. *Esta gracia del Salvador*, que reside en nosotros, es parte de aquel grande *esplendor de Dios*, del cual habla Jesucristo y nos dice *haber poseído* dentro de la esencia infinita *antes que el mundo hubiese sido criado de la nada.* La comunicacion del Ser divino con el alma que ha recibido la aplicacion de los méritos del Redentor es tal, que el Espíritu Santo viene á hacerse su verdadero órgano, y es *el vínculo de este comercio incomprensible* por una verdadera é íntima residencia de su persona adorable en lo mas interior de nosotros mismos. *La caridad de Dios*, decia el Apóstol á los fieles de la Iglesia naciente, *ha sido derramada en vuestros corazones por el Espíritu Santo que se os ha dado.* No pintó Jesucristo con colores menos vivos este glorioso y sensible carácter de nuestra adopcion eterna. Anunció la venida del Espíritu Santo como sello de sus promesas y como advenimiento de su natural é inseparable cooperador en la obra de la reconciliacion del universo.”

“No dijo que el grande consolador de los hombres nos asistiría ó nos inspiraría desde lo alto de aquella inmensidad de gloria en donde procede del Padre, sino que nos le daba como el amigo y el compañero de nuestros corazones, y como que debía residir en ellos por una

exaltacion y presencia que es preciso entender en la significacion propia y natural de esta palabra. Advierte, Filemon, la fuerza de este modo de hablar: *Yo suplicaré á mi Padre, y él os enviará un segundo consolador que permanecerá con vosotros. Este es el Espíritu de verdad que el mundo* (es decir, aquellos que viven segun la carne) *no puede recibir, porque no le conoce; mas por lo que hace á vosotros le conoceréis, porque él quedará entre vosotros y reposará en vosotros.*”

“¿Has comprendido ahora, Filemon, la gran dignidad que acabas de recibir, y la razon por qué en el momento que pronuncié sobre tí aquellas santas palabras que hacen pasar al pecador á la clase de los elegidos, me viste contemplarte y admirarte como si presentases á mis ojos una nueva y extraordinaria forma? ¡Ah! veia que se obraba en tu alma el mayor de los milagros, y que se difundian en tu corazon los tesoros de Dios. No hay obsequio que no se deba á los herederos de la dichosa esperanza; y si cuando encontramos á un hombre estuviésemos seguros de que era justo y que pertenecia al rebaño de Jesucristo, era necesario que sorprendidos á su vista con un terror religioso, y postrados ante él, adorásemos á la magestad infinita en su santuario el mas augusto y el mas santo.”

“Así, pues, tu vida, que hasta aquí no ha sido sino un sueño, tiene ahora una duracion real, preciosa y llena de la vida del mismo Dios. Contempla que ahora principia tu verdadera existencia, y que cada uno de los instantes que corren lleva á los piés del trono del gran Dios un tributo de un valor divino. Contempla que tus menores acciones, tus deberes mas comunes y oscuros, todos tus movimientos, y hasta tus desahogos y reposo serán contados y escritos en *el libro de la vida* como otros tantos acontecimientos destinados á hermosear la inmortal historia de los elegidos de Dios, y á ser el objeto de la ale-

gría de los santos y del cántico de la eterna Sion, porque *Jesucristo es la verdadera vid, y tú el sarmiento bendito* por quien circula toda la vida de este trono misterioso é incorruptible. Hasta aquí, aun cuando hubieses asombrado á todo el universo con los brillos de tus obras, no por eso hubieras sido menos muerto y menos vil ante el Dios santo; ahora sus ojos admiran hasta tu inaccion y silencio, y nada de cuanto tiene relacion contigo le es indiferente, porque aquello que en un justo parece nada, es mas grande que todos los tronos é imperios, y lo mas imperceptible y pequeño que ejecutas tiene siempre el mérito de proceder de tí, es decir, de lo mas excelente y amable que Dios encuentra en la tierra.”

“Jesucristo no era solamente un grande espectáculo para el cielo cuando ostentaba públicamente la magestad de su ministerio, sino tambien cuando en los dias de su oscuridad vivia incógnito en la humilde morada de José y María, *obedeciéndoles en todo* como el mas infimo de los hijos de Nazaret. Cuando en el taller de un artesano aplicaba al trabajo sus tiernos é inocentes brazos, y ayudaba á su Santa Madre en todos los cuidados de la vida doméstica; cuando nadie sospechaba que la salud universal moraba en aquel rústico albergue, y que aquella casa, desconocida de los hombres, ocultaba la esperanza de Israel, la gran gloria de todo el linage humano y el mas rico depósito del universo. Entonces cada suspiro del adorable niño, ignorado de todas las criaturas, salvaba al mundo entero, y preparaba la grande y universal mudanza que debia suceder en la duracion de los tiempos. ¡Qué dulce es, Filemon, esta hermosa verdad! Tú eres *un sarmiento de aquella preciosa vid, un vástago de aquel tronco de inmortalidad*; y todo cuanto hagas durante esta santa union valdrá para tu salud eterna tanto como valió cada accion del Hombre Dios para la salud de todo el linage humano. Insisto en este pensamiento

porque él es el centro y la sustancia de la religion, y jamas será bastante meditado. Cuando el divino Maestro nos le representaba bajo mil diversas formas en todo el discurso de su predicacion, no quiso darnos á entender, por decirlo así, sino que percibiésemos el vislumbre de una verdad cuya total declaracion tenia reservada para los últimos momentos de su presencia entre los suyos, á fin de que el mayor motivo de gozo, que en ningun tiempo pudo manifestarse á los hombres, lo recibiesen en la circunstancia mas amarga de su vida, y en la que necesitaban de mayor fuerza para someterse á la necesidad de ver sufrir y morir á un libertador tan amable. Esta es la razon por qué despues de haberles revelado tan claramente el gran misterio de la unidad é inseparabilidad eterna, les añadió: *Yo os he hablado así á fin de que mi gozo esté en vosotros, y que vuestro contento reciba su último grado de perfeccion y de plenitud.*”

“Oia yo con una profunda abstraccion estas verdades divinas, y hubiera querido que el sábio intérprete de los sagrados oráculos no se hubiese apartado de mí para que infundiese en mi alma las grandes ideas de la fé. ¡Oh Evangelio, exclamaba, tesoro inapreciable de sabiduria y de luz! ¿quién podrá comprenderos sin adoraros? ¿Es posible que en medio de las riquezas que ofrecéis á todos los hombres, haya todavía algunos infelices que os desechen y desconozcan?”

“La noche del dia para siempre señalado, en que en *los fuentes inagotables del Salvador* fué lavada mi iniquidad, y oí explicar de un modo tan amable y lleno de energia el carácter del gran don que acababa de recibir, huyó el sueño lejos de mis ojos; pero esta vigilia me era dulce y tranquila, semejante á la que experimenta un hombre á quien el placer de una felicidad inesperada no le permite separar un solo instante el espíritu de aquel gran golpe de fortuna que ha mudado su destino: *vigilia*

que para mis sentidos y mi alma, era un estado de reposo, mil veces mas dulce y verdadero que el que hasta entonces habia buscado á tanta costa, y creia gustar en un sueño, que no era sino el cansancio y penoso letargo de un corazon oprimido de vicios y de remordimientos.”

“Alumbraba mi pequeña estancia el reflejo de aquella ligera y blanda luz con que la luna y las estrellas colorean el velo de las tinieblas que oscurecen al horizonte. Cualquiera otra mas fuerte hubiera perturbado la quietud de las meditaciones en que estaba embebido. Esta fue la primera vez que mi alma se halló bien con la soledad, la oscuridad y el silencio. Tan favorable es aquella pausa magestuosa de toda la naturaleza al estado de embriaguez que siente un corazon que acaba de adquirirlo todo encontrando á Dios. Una dulzura celestial regocijaba á mi alma al pensar que aquella gran fuerza que reside en medio del universo, habia venido á ser para mí una fuerza amiga y benéfica, y que aquel gran Dios *que en otros tiempos mandó á la luz que saliese del seno del caos, lucia él mismo en lo interior de mi alma.* Todas las partes del universo parecian alegrarse con mi reconciliacion y nueva paz establecida con ellas; porque los mismos elementos son, ¡oh Señor! enemigos de los que os abandonan, *y juntamente con vos dan formidables combates á todos los insensatos.* Experimentaba asimismo una alegría inexplicable al extender mi vista por el vasto azul del firmamento, y por aquellas profundidades incomprensibles donde la mano del Todopoderoso sembró otros tantos globos, en cuya comparacion, nuestro sol, nuestra tierra, y las demas esferas que alumbran á distancias prodigiosas, no son sino un punto imperceptible, ó lo que es una gota de agua para los abismos del Océano. De este modo se complace un privado de su rey al contemplar la extension y riqueza del imperio, sometido al dominio de quien le ama, y la intimidad de las relaciones que le unen

con su príncipe, le hacen personal la gloria de gobernar tan vastos Estados.”

“Mientras meditaba sobre estos monumentos tan brillantes y tan antiguos de vuestra grandeza ¡oh Dios mio! no sé qué voz secreta me dirigió interiormente estas palabras: “Tú solo, Filemon, eres un espectáculo mas rico y mas magnífico que todo cuanto admiras en los altos y profundos espacios que te rodean; y tu alma, desde que es el trono del resplandor de Dios, *publica con mas elocuencia su gloria, que el hermoso aparato del ejército celestial; porque esos globos que pueblan regiones inaccesibles, y todos esos mundos de fuegos sumergidos en las inmensidades que abisman tu imaginacion, perecerán, mas tú existirás eternamente.*”

“Así, no veia por todas partes sino motivos de alegría y de admiracion, y todo cuanto observaba dentro y fuera de mí, se reunia para felicitarme de mi dicha, y aumentar la viveza del sentimiento que embriagaba todas mis potencias. Aquel atractivo que yo percibia en el silencio y meditaciones tranquilas y profundas, me traia á la memoria algunas particularidades que en los dias de mi locura y ceguedad me parecian inexplicables.”

“Un dia, por ejemplo, atravesaba con Teófilo (aquel virtuoso cristiano de quien hablé antes) por uno de los grandes y augustos templos que hermosean la capital; era al anochecer, cuando solo en ellos se encuentran ciertas almas retiradas del mundo, que consagran á la religion los momentos que otras se esfuerzan á pasar en las escenas y teatros profanos. Teófilo advirtió que yo contemplaba á varias personas arrodilladas, dispersas, y tan inmóviles en su postura, como aquellas estatuas sagradas á quienes el arte parece haber dado un alma capaz de sentir la presencia del Santo de los santos. Entre ellas habia algunas que no articulaban una palabra, y que no abrian sus ojos, cerrados y humedecidos con lágrimas,

aun cuando yo pasaba por su lado con el fin de ver si interrumpía su recogimiento: cualquiera hubiera dicho que aquellas criaturas sublimes no imaginaban que hubiese en el mundo otra cosa mas que Dios: he aquí, me dijo aquel buen hombre que me acompañaba, mostrándome con el dedo lo que miraba con tanta curiosidad, he aquí una prueba de la divinidad, capaz de desconcertar por sí sola todas las fuerzas de la irreligion. La impiedad no puede responder á un racionio tan enérgico, y la razon dirá siempre á los que la escuchen, que solo una virtud divina puede producir un efecto tan desconocido hasta el establecimiento del Evangelio, que no se ve sino en la clase de los que le practican, y que les da un carácter tan superior á todo lo que es humano.”

“Bien merecia ser profundamente examinada la causa de un fenómeno tan poco observado. Yo te la descubriría, Filemon, si fueses capaz de comprenderla; pero tus ojos, acostumbrados á las locas imaginaciones de los objetos sensuales, no podrán distinguir la señal de divinidad que brilla en este hermoso espectáculo. Respondía yo á este sábio discurso, lo que responden todos los insensatos; que la imaginacion realiza sueños y sabe dar cuerpo á las quimeras. Bien conocia que en la realidad esto era decir cosas bien miserables, y no podia disimular la superioridad que Teófilo tenia sobre mí. Sentia asimismo un convencimiento tan fuerte de la verdad, que para sostenerme contra la injusticia y la venganza de mi mala fé, me prometia friamente volver otro día á examinar de nuevo lo que entonces no osaba mirar muy de cerca.”

“Este ha sido siempre, replicó Teófilo, el artificio de los partidarios del mundo; mas quieren creer que los verdaderos fieles del Evangelio se forjan fantasmas, que se desvanecen en medio de unos placeres imaginarios, que probar el mismo sistema de felicidad, y reconocer que lo

que hace al hombre tan profundo y constantemente dichoso, no puede ser fruto de sus ideas ni de sus sueños. Fuera de que nada se parece menos al loco entusiasmo de una imaginacion exaltada, que las acciones, los discursos, los procedimientos y todo el pormenor de la vida de estos fervorosos discipulos de la religion, los cuales se distinguen de los demas hombres hasta en la moderacion de sus movimientos, en la sabiduría de sus consejos, en la honestidad de sus palabras, y en fin, en su inviolable amor á todo lo que es justo, bueno, virtuoso y honesto. Y cree que siempre será una verdad la mas incontestable para todos aquellos que comparen el carácter de los hijos de la tierra, con el de los hijos de Dios, que estos son los hombres mas fieles, mas verdaderos y mas incorruptibles que hay en el mundo; y que solo de las pasiones que agitan á los primeros, nacen siempre todas las falsedades, todas las imposturas y todas las perfidias con que se ve lastimado cada dia el seno de las sociedades y de las familias. No serán los que estás viendo postrados al pié de este altar quienes causarán esta noche los llantos de la naturaleza, los que llevarán el terror al corazon de sus hijos, y los que harán derramar las lágrimas de una esposa inocente y desgraciada; pero la mayor parte de los que en este momento están entregados al frívolo placer con que los miserables histriones se esfuerzan á entretener el ocio de tantos seres incómodos á sí mismos, llevarán á sus hogares un humor melancólico que atormentará una familia á quien deben el consuelo y la ternura. Habrá entre ellos quienes desde los espectáculos, á que se jactan de asistir, para fortalecer su gusto por la virtud y por sus obligaciones, irán á echar por tierra los vínculos mas santos, á ultrajar el honor de sus conciudadanos, á prodigar sus bienes con los mas viles objetos de la corrupcion pública, y á manifestar en todas partes un alma preparada á atropellar toda honestidad y pudor.”

“Estas vivas imágenes alteraban entonces por un momento mi ciega tranquilidad, y me inspiraban pensamientos saludables; pero aquellas vehementes impresiones quedaban como adormecidas y olvidadas en lo más oculto de mi corazón; y vos, Dios mío, las conservábais en él sin que lo advirtiese, para que fructificasen en el tiempo señalado por vuestra gran misericordia. Reflexionaba sobre todas estas circunstancias y otras semejantes, y hallaba consuelos hasta en la memoria de las resistencias que mi malicia opuso tantas veces al grito de la verdad que me perseguía, y á la fuerza de los grandes ejemplos que me veía precisado á admirar. Esta memoria, Dios mío, aumentaba mi gratitud; porque no hay cosa tan dulce como pensar en lo que alimenta el más delicioso y puro de todos los sentimientos.”

“De este modo hallé en aquella noche, tan brillante y luminosa para mi alma, esta gran prueba de la divinidad de la religión, á saber; que los santos son los únicos hombres de la tierra á quienes ninguna cosa mortal inquieta; los únicos que saben participar de la eternidad de Dios, sin salir de esta región de los muertos, en donde todo desaparece; los únicos que ante los tabernáculos donde reside la magestad soberana, ofrecen á la admiración del profano la inmovilidad de un cuerpo humillado, y el silencio todo divino de un corazón que, atónito de su misma felicidad, se abisma en las inmensidades de lo infinito.”

“Al fin, me quedé dormido en medio de estas dulces reflexiones; pero mi sueño ni entorpecía mis sentidos, ni me quitaba el sentimiento de aquel feliz estado de mi alma; no parecía que era una interrupción de movimientos y de actividad, sino una consecuencia de aquel recogimiento y quietud religiosa en que acababa de experimentar con cuánta abundancia se comunica Dios á los que le aman, y cómo derrama, hasta en lo más íntimo de los

corazones que su gracia ha purificado, toda la unción de su espíritu y de su verdad eterna. Cuando desperté, empecé á sentir con más orden y viveza el goce de todos los tesoros de Dios: semejante á un nuevo rey, que durmiendo tranquilamente, no ha soñado sino en su dignidad, y que al despertar se sobresalta de gozo viendo que sus sueños no le han engañado; así, en el momento que los primeros rayos de la aurora alumbraron las paredes de mi inocente asilo, me hallé con un alma toda llena de la vida de Dios, y adoraba en mi interior la realidad y la abundancia de perfección y excelencia de que me hallaba poseído.”

“He aquí, me dijo el ministro del Señor, á quien había dado cuenta del estado que acababa de experimentar; he aquí cómo has llegado ya al conocimiento de lo que hay más sólido, más sublime y más fundamental en la filosofía de la religión; porque su espíritu es librarnos de las iniquidades de nuestra imaginación, y de aquel torbellino y flujo continuo de nuestros pensamientos, de nuestros proyectos, de nuestros deseos y de nuestros temores; reducir á la unidad todo el caos de nuestros afectos y de nuestras pasiones; desembarazar nuestra alma de todas las bagatelas y ociosidades que la fatigan, y fijarla en su verdadera y natural función, que es la misma que la de Dios, es decir, en la posesión de lo que no se pierde jamás, en la contemplación y en el amor de aquella adorable y suprema magestad, que es la vida y el principio de toda inteligencia.”

“Un Dios que se mira en su inmensa luz, y que se ama con un amor igual á toda la infinidad de su propia grandeza, es, oh Filemon, el único suceso de la eternidad; porque nada más que esto pasaba en el seno de Dios antes que apareciese el mundo, ni se cumplirá más que esto después que el mundo sea aniquilado; esto es, por decirlo así, toda el alma y todo el fondo de la vida de Dios. ®

Pero esta accion es en él tan fuerte y de tal fecundidad, que excede infinitamente nuestras ideas, y ella es la que fecundiza á Dios en sí mismo, y ejecuta el profundo misterio de la invisible é incomprendible Trinidad que Jesucristo reveló á los hombres, y al cual toda la tierra adora.”

“A vista de esto ¿quién no mirará con asombro la dignidad de una criatura capaz de ejercitarse sobre lo infinito de la accion íntima y permanente del Ser de los seres, de introducirse en éste su comercio eterno é inefable, de gozar de toda su gloria, y abismarse en el mismo torrente de felicidad? ¿Quién podrá, Dios mio, referir los milagros de vuestra sabiduria, y la alteza de vuestros desig-nios sobre el hombre? *Hagámosle, dijisteis, á nuestra imágen y semejanza.* ¿Qué empresa! Vuestro mismo poder se sorprende, delibera y se anima en cierto modo como para producir su mas difícil esfuerzo. Del fondo de vuestra virtud es de donde sacásteis aquel rayo de luz que da el movimiento y la facultad de pensar á la nada, y hace de una masa fria y sin inteligencia un adorador del Dios vivo. ¡Qué espectáculo! He aquí á Dios conocido fuera de sí mismo, y cómo la nada despues de un silencio eterno, contempla la grandeza de su gloria, y publica las maravillas de su poder.”

“Esta es, Filemon, la explicacion de nuestra existencia, y de aquella maravillosa salida de Dios fuera de su largo y adorable reposo. Todo cuanto se cavila para oscurecer ó complicar estas ideas tan sublimes y puras, no es otra cosa que un efecto de la profunda llaga del pecado que nos ha sumergido en un diluvio de errores, de donde nace esta confusion de pensamientos y de desig-nios, y cuya multitud y contradiccion nos consume y oprime. Cuando el hombre salió de las manos de Dios, no conocia estos desórdenes, ni este tumulto interior que atormenta su vida. Toda su alma descansaba en Dios

solo, ni sentia otra necesidad que la de adorarle y unirse á él. Así era feliz, porque así era justo.”

“Esta es la razon por qué Jesucristo, que vino á pacificar todas las cosas y á reparar el desórden de nuestra naturaleza, no cesa en toda la serie de su doctrina, de esforzarse á conducirnos á aquella sencillez y unidad de pensamientos y de afectos, y de concentrar en Dios solo toda nuestra actividad de contemplar, y toda nuestra necesidad de amar. En todos los lugares nos advierte que es vanidad y locura buscar por tantos medios la felicidad, que no hay sino un camino que guia á la bienaventuranza, que este es el del *reino de Dios y de su justicia; que este reino está dentro de nosotros mismos*, y que únicamente en él *encontraremos el descanso* tan deseado de todas las pasiones que nos consumen. Arráigate cada dia mas, oh Filemon, en la costumbre de residir en ti mismo, y no temas esconderte demasiado en esta arca de la santificacion de Dios. Allí es donde se cumplen todos los oráculos de los profetas, y todas las promesas hechas á los patriarcas de la antigua alianza. Allí es donde *se concluye aquel pacto, bien diferente del que se hizo con nuestros padres*, y segun el cual, *el hombre no necesita de la instruccion de otro hombre*, porque lleva en lo interior de su corazon á su *Legislador, á su Maestro, á su Director y á su Juez*. Allí todo es mas grande, mas augusto y mas divino que el suntuoso aparato del templo de Jerusalem, y que todas las respetables solemnidades de los inciensos y de las víctimas. Allí es donde residen todas las bendiciones anunciadas con tanta magnificencia por los primeros depositarios de los misterios de Dios, figuradas por una dilatadísima serie de acontecimientos, predichas con tantos símbolos, y esperadas por espacio de cuatro mil años, por todos los hijos del Señor. En fin, allí es donde *todo está consumado*. Nosotros vemos, oímos y poseemos lo que los reyes, y una multitud de

santos y de hombres justos desearon recibir y adorar, y no pudieron ver sino de lejos. Si, Filemon, nuestra residencia en nosotros mismos lo encierra todo; ella es el fin y el último resultado de todos los planes de Dios, y del don que nos hizo de Jesucristo y del Evangelio. La eternidad no nos ofrecerá una felicidad fundada sobre otro placer, y únicamente nos dará la perfeccion y el supremo grado de nuestro recogimiento en Dios, y nos fijará invariablemente en la contemplacion y en la posesion de aquella luz indefectible que se unirá á nosotros, que nos penetrará íntimamente, que correrá como un río por medio de nuestra alma, y que no dejará subsistir en ella sino un solo pensamiento y un solo amor.”

Filemon prosigue refiriendo cuántas lágrimas le costó abandonar su amado retiro, y separarse de un hombre á quien tenia tantas razones para amar, y á quien debia lo que él llamaba su *eterna fortuna*. A esta historia edificativa, añadió la copia de muchas instrucciones llenas de sabiduría y de uncion, que su respetable director le dió escritas de su mano, y en las que le presentó las reglas de conducta que vamos á trasladar, bajo los títulos que nos han parecido mas análogos á los fines y espíritu que reina en ellas.

CAPÍTULO V.

SENCILLEZ Y FACILIDAD DE LAS OBLIGACIONES DE LA VIDA EVANGELICA.

Tú me has pedido, Filemon, que te instruya acerca de las obligaciones que te impone la gracia que hay en tí, y de la conducta que debes seguir para conservar la santidad del augusto carácter en que te ha restablecido la divina misericordia: mas si permaneces fiel y sigues lo que te enseña con tanta claridad el Evangelio, no nece-

sitas de direccion trazada por la mano de ningun hombre. Todas cuantas instrucciones te se diesen, no te harian adelantar un solo paso en la carrera de la santificacion, si una vez llegases á perder aquella inclinacion á Dios, el santo amor al retiro, y aquella delicadeza de conciencia que nos hace amables todas las ocasiones que se ofrecen de *meditar los años eternos* y renovar nuestra religion en el seno de nuestro Dios. Aquella propension divina y aquel afecto filial de nuestro corazon por todo lo que nos recuerda la presencia de nuestro Redentor y de nuestro Padre, es la que nos responde de la constancia de nuestra justicia, y sella, por decirlo así, la inmutabilidad de nuestra adopcion en la gloria de Dios.”

“¿Sabes tú, Filemon, cuál es el principio de la desgracia de que recaigan diariamente tantas almas débiles y pusilánimes en su antiguo abatimiento? No es la determinacion precipitada y expresa de una voluntad que se muda de repente; sino la decadencia insensible de aquella inclinacion á recogernos á orar y adorar, que la dicha de haber vuelto á Dios nos hace por lo comun experimentar en los principios de nuestra conversion. En el momento, pues, que sientas renacer en tí la propension á disiparte, distraerte y correr en pos de las nimiedades frívolas, te considerarás como un hombre á quien su imprudencia ha vuelto á ponerle en las orillas del abismo de donde habia salido con tanta alegría. Esto no es decirte, Filemon, que sea un crimen el distraerte un poco en las inocentes diversiones de la sociedad: todo el peligro estriba en que estas diversiones y frivolidades vengan á ser necesarias, y en que al tiempo que las permitas á la debilidad humana, ó á la decencia de tu estado, no percibas ya la esperanza de encontrar placeres mas reales y verdaderos en el silencio de la vida doméstica, y en la soledad de tu corazon; porque entonces toda la fuerza del interior, se destruye por grados imperceptibles. Nos-

santos y de hombres justos desearon recibir y adorar, y no pudieron ver sino de lejos. Si, Filemon, nuestra residencia en nosotros mismos lo encierra todo; ella es el fin y el último resultado de todos los planes de Dios, y del don que nos hizo de Jesucristo y del Evangelio. La eternidad nos ofrecerá una felicidad fundada sobre otro placer, y únicamente nos dará la perfeccion y el supremo grado de nuestro recogimiento en Dios, y nos fijará invariablemente en la contemplacion y en la posesion de aquella luz indefectible que se unirá á nosotros, que nos penetrará íntimamente, que correrá como un río por medio de nuestra alma, y que no dejará subsistir en ella sino un solo pensamiento y un solo amor.”

Filemon prosigue refiriendo cuántas lágrimas le costó abandonar su amado retiro, y separarse de un hombre á quien tenia tantas razones para amar, y á quien debia lo que él llamaba su *eterna fortuna*. A esta historia edificativa, añadió la copia de muchas instrucciones llenas de sabiduría y de uncion, que su respetable director le dió escritas de su mano, y en las que le presentó las reglas de conducta que vamos á trasladar, bajo los títulos que nos han parecido mas análogos á los fines y espíritu que reina en ellas.

CAPÍTULO V.

SENCILLEZ Y FACILIDAD DE LAS OBLIGACIONES DE LA VIDA EVANGELICA.

Tú me has pedido, Filemon, que te instruya acerca de las obligaciones que te impone la gracia que hay en tí, y de la conducta que debes seguir para conservar la santidad del augusto carácter en que te ha restablecido la divina misericordia: mas si permaneces fiel y sigues lo que te enseña con tanta claridad el Evangelio, no nece-

sitas de direccion trazada por la mano de ningun hombre. Todas cuantas instrucciones te se diesen, no te harian adelantar un solo paso en la carrera de la santificacion, si una vez llegases á perder aquella inclinacion á Dios, el santo amor al retiro, y aquella delicadeza de conciencia que nos hace amables todas las ocasiones que se ofrecen de *meditar los años eternos* y renovar nuestra religion en el seno de nuestro Dios. Aquella propension divina y aquel afecto filial de nuestro corazon por todo lo que nos recuerda la presencia de nuestro Redentor y de nuestro Padre, es la que nos responde de la constancia de nuestra justicia, y sella, por decirlo así, la inmutabilidad de nuestra adopcion en la gloria de Dios.”

“¿Sabes tú, Filemon, cuál es el principio de la desgracia de que recaigan diariamente tantas almas débiles y pusilánimes en su antiguo abatimiento? No es la determinacion precipitada y expresa de una voluntad que se muda de repente; sino la decadencia insensible de aquella inclinacion á recogernos á orar y adorar, que la dicha de haber vuelto á Dios nos hace por lo comun experimentar en los principios de nuestra conversion. En el momento, pues, que sientas renacer en tí la propension á disiparte, distraerte y correr en pos de las nimiedades frívolas, te considerarás como un hombre á quien su imprudencia ha vuelto á ponerle en las orillas del abismo de donde habia salido con tanta alegría. Esto no es decirte, Filemon, que sea un crimen el distraerte un poco en las inocentes diversiones de la sociedad: todo el peligro estriba en que estas diversiones y frivolidades vengan á ser necesarias, y en que al tiempo que las permitas á la debilidad humana, ó á la decencia de tu estado, no percibas ya la esperanza de encontrar placeres mas reales y verdaderos en el silencio de la vida doméstica, y en la soledad de tu corazon; porque entonces toda la fuerza del interior, se destruye por grados imperceptibles. Nos-

otros estamos anudados sin advertirlo, con todos los hilos que nos vienen de los objetos sensibles; el corazón se seca; el espíritu se anega en pensamientos superfluos; aquella inmensa magestad, que obraba tan vivamente sobre nosotros, pierde en algun modo á cada instante, cierta parte de su peso y energía, á medida que las locas ilusiones se condensan sobre nuestra alma. De allí á poco, todas las verdades mas serias y austeras de la fé, huyen y desaparecen, y ya no nos hieren sino á una distancia tal, que nos parecen como extrañas. Este es el momento en que los sentidos, libres del único freno que los sujetaba, bastan ellos solos para hacernos perder en una ojeada, todo el precio de nuestros largos gemidos, y á reducirnos á una miseria mas deplorable y mas desesperada, que aquella de que nos habia librado la gracia del Redentor."

"Es, pues, Filemon, una verdad bien perceptible y en la que nunca meditarás demasiado, que el recogimiento dentro de nosotros mismos es la primera basa de nuestra salud, el primer deseo de la religion, y la única seguridad que nos responde de la certeza y de la solidez de nuestra reconciliacion. Jamas he podido ver, sin admirarme, que algunos hombres llenos de luces y del espíritu de la religion, hablen de lo que los santos llamaron *la vida interior*, como de un grado de perfeccion que no es para todos, sino que debe ser el fruto de una larga penitencia y profundo retiro. ¿No seria esto trastornar el orden del edificio de la fé, y hacernos tomar sus mas necesarios fundamentos por el último grado de altura á que puede llegar? El cuidado de estar consigo y de recogerse en su alma, es tan naturalmente el principio de toda prudencia, que cuando á un hombre se le ofrece algun asunto de gravedad, de cualquier especie que sea, vive solo y retirado para meditar profundamente en lo que le interesa; y no es creible que quien está siempre pronto á

abandonar su casa, á comparecer en todas partes, á mirar, decir y escucharlo todo, esté herido de un sentimiento grave, ni tampoco que sea propio para la direccion de algun plan que exija reflexion y exámen."

"La tranquilidad de los sentidos, y el recogimiento de un alma encerrada en si misma, son esencialmente los principios elementales de la vida evangélica, y la esencia de las obligaciones del cristianismo; de suerte, que Jesucristo, para armarnos contra todo aquello que podia sacarnos fuera de nosotros mismos, y prepararnos al mismo tiempo á la práctica de la mas alta sabiduría y á la ejecucion de la mas vasta empresa que jamas se ha propuesto á los hombres, no nos prescribe otra cosa sino una precaucion cual todo el mundo observa en sus negocios mas familiares y proyectos mas limitados."

"Tan cierto es, Filemon, que este esfuerzo de huir de todo el universo y de recogerse en su interior, es el primero y mas natural movimiento de un corazón en quien Dios reside, que así que el tuyo vino á hacerse el trono de su gloria, inmediatamente te dejaste llevar de él solicitándole como el único asilo que te ofrecia verdaderos placeres. Bien viste cómo una luz extraordinaria resplandecia dentro de tí, con la cual te encerraste, sin que nadie te advirtiese la obligacion que tenias de adorarla en un lugar donde nunca la habias percibido, y en donde tú mismo no te habias hallado."

"¿Oh qué resolucion tan prudente la tuya de destinar la primer hora del dia á la adoracion de Dios y á la meditacion de su santa ley! Pero no cures jamas de saber qué método es preciso en el cumplimiento de esta obligacion gloriosa y consoladora; librate de sujetarte á fórmulas y prácticas, que no harian sino esclavizarte, y turbarte en una accion que debe ser toda del corazón y del sentimiento. No hay ninguna regla para amar, y todo debe ser amor en los obsequios que tributemos á nuestro

Dios. Todo es bien hecho, grande, heróico y divino, con tal que proceda de un alma que no quiere sino á su Dios, y que desea con ardor perseverar íntima y eternamente unida con él. El que ama, adora siempre, invoca, da gracias, cree, espera, se arrepiente y lo hace todo. Cuando te postres ante la Magestad soberana, no pienses en lo que has de decirle, ó cómo debes hablarle. El avaro, inmóvil al lado de su tesoro, le mira, calla y le goza. Dios es tu tesoro, Filemon, y si tu corazon se complace en repetir sin cesar esta idea, déjale que se entregue á las dulzuras de un sentimiento tan bello y tan puro; y cree que quien pasase toda su vida en penetrarse de este solo pensamiento, la habria empleado en el ejercicio mas perfecto y mas sublime. Llégate á Dios, y busca su presencia, como un hijo busca la de su padre, á quien ama y necesita. Este hijo no cuida jamas del modo con que deberá presentarse delante del autor de su vida, no estudia el método con que le ha de hablar; su corazon le basta, y se encomienda á su ternura para expresar lo que siente y pedir lo que desea.”

“La única y verdadera preparacion para adorar á Dios, es un sentimiento vivo, habitual y profundo de la necesidad que tenemos de unir y encadenar nuestra flaqueza con aquella gran fuerza en que reside el principio de todos los seres; una vigilancia impenetrable en alejar todo cuanto puede debilitarnos la impresion de las verdades santas sobre lo venidero; una atencion continua á este pensamiento, muy poco meditado y menos conocido, á saber; que el seno de Dios es tan necesario para la verdadera vida de nuestras almas, como lo es la madre de los rios para el aumento y conservacion de cuanto ha nacido en ellos.”

“Dichoso, oh Filemon, el hombre que contempla y adora sin cesar aquel admirable y primer poder que crió el cielo y la tierra. ¿Qué mayor gloria que la de anegarse

en medio de aquel bien infinito é inmutable que se comunica á todos sin dividirse, y alimentarse con aquella verdad soberana y universal que ilumina á todos los espíritus, y es el sol de todas las inteligencias? Aquel, dice el sábio é inmortal Fenelon, que no ha visto nunca esta luz pura, está ciego como un ciego de nacimiento; pasa su vida en una profunda noche, como aquellos pueblos que habitan regiones donde el sol no alumbra en meses enteros; cree ser sábio, y es un insensato; cree verlo todo, y no ve nada; muere sin haber visto cosa alguna; cuando mas, solo ha palpado sombras, falsas apariencias, vanas tinieblas y fantasmas que no tienen nada de realidad. No hay, añade este grande escritor, sobre la tierra hombres verdaderos fuera de aquellos que consultan, aman y siguen la razon eterna. Ella es la que nos inspira cuando pensamos bien, y nos reprende cuando pensamos mal. De ella nos viene la razon, igualmente que la vida, y es como un gran Océano de luces de donde nacen nuestros espíritus, como pequeños riachuelos, y á donde vuelven á confundirse.”

¿Qué progresos tan rápidos harías, Filemon, en la ciencia de los elegidos, si te alimentases sin cesar con estas grandes reflexiones tan propias para elevar nuestras almas, y si cumplieses exactamente con aquellos deberes privados y domésticos de la religion, que son la esencia y realidad de nuestro cristianismo! Conserva con todo esmero aquel hermoso carácter de la verdadera sabiduría, que consiste en una estimacion sincera de todo cuanto puede servir á fijar nuestro amor en las cosas divinas, y en un respeto inviolable por todo aquello que tiene alguna relacion con Dios y con la gloria de su culto. No mires jamas como pequeño é indiferente nada de cuanto pertenece á la religion, pues en su economía todo es de una importancia infinita. Sujétate con simplicidad á lo que veas practicar por los mas pequeños discipulos de la

fé, y no te olvides de que los grandes hombres no se hicieron grandes santos sino poniéndose al nivel de la porción mas oscura y mas ignorante del rebaño del Señor.”

“Este candor y esta inocencia evangélica fueron siempre el carácter mas milagroso de la gracia del Redentor, y el triunfo mas brillante de la virtud de la cruz. Jamas la religion ostentó con mayor pompa y magestad toda la gloria de su divinidad y de su poder, como cuando se la vió abatir á los sábios y á los oráculos del mundo hasta la clase de los ínfimos hombres, y sujetarlos á respetar como doctores y maestros á los labradores y artesanos. Cuanta mayor fuese la energía y elevacion de una alma inspirada por el espíritu de Dios, tanto mas propia seria para conocer vivamente que lo que parece escándalo y locura á los ojos del mundo, es sin comparacion mas profundo y mas sábio que toda la sabiduría de los hombres; y siempre será la miserable medianía de un espíritu limitado y comun, la que no pudiendo remontarse hasta la altura de la ciencia de Dios, osará sustituir sus frias y locas ideas á los principios y á las prácticas consagradas por el voto y conducta de los únicos hombres de la tierra, que tienen un derecho incontestable á la veneracion y confianza de todas las edades.”

“Cuantos han querido conservar en el cristianismo la libertad de examinarlo todo, y de añadir á las prácticas y á las obligaciones que todo el cuerpo de los fieles respeta, las modificaciones y excepciones de su vana filosofía, han venido á parar siempre en despreciar y abjurar hasta sus leyes mas fundamentales, formándose unos principios tan destructivos de toda religion, como funestos á la conservacion del orden público. Por todas partes han sido los sofistas el azote de la verdad y los enemigos de la armonia social. ¿Y quiénes son hoy, Filemon, los hombres mas turbulentos y mas peligrosos? No son ciertamente aquellas gentes del pueblo que viven en

lo interior de los campos y provincias; de aquel pueblo que no sabe razonar, pero que sabe obrar; de aquel pueblo tan humilde, tan laborioso y tan moderado, que asiste frecuentemente á oír la voz de su pastor, y paga gustoso el tributo á su soberano. Los verdaderos perturbadores de la religion y del Estado, son aquellos falsos sábios que á fuerza de analizar las verdades sagradas, y de querer disminuir nuestras obligaciones religiosas, destruyen el Evangelio: aquellos que en vez de servirse de sus talentos y de su razon para fortificar en el corazon de sus conciudadanos el santo amor de la justicia, y para asegurar las potestades de la tierra contra las agitaciones de la independencian y del orgullo, se atreven á erigirse públicamente en jueces de sus soberanos, á arreglar los limites de su potestad, determinar hasta qué grado les deben prestar obediencia sus súbditos, y hacer balancear, con las sediciosas máximas que esparcen en medio de los imperios, el único fundamento de todas las sociedades de la tierra.”

“No conserves, Filemon, ninguna señal de tu antigua semejanza con los hombres mas perversos del mundo. Tú los has tratado con bastante intimidad, y habrás tenido mil ocasiones de conocer su profunda corrupcion. Tambien sabes la justicia que se les debe hacer por lo útiles que son á los demas hombres, y por la sinceridad de los sentimientos que ostentan. Cuál sea la solidez de sus principios y de su carácter, lo deducirás de la idea que te formabas de tí mismo cuando usabas el propio lenguaje, y hacias profesion de su misma filosofía. Decían, y decias tú tambien, que era preciso adorar al ente infinito, y ser bueno para con sus semejantes; que toda la religion y la moral se reducía á estos dos puntos; que esta es una ley grabada en lo íntimo de todos los corazones, y que lo demas era supersticion y fanatismo. Con todo, tú sabes que este sistema de conducta, que es lo

menos que puede salvarse del naufragio de la fé, era entonces para ellos y para tí una especulacion vana y estéril; que ni tú ni ellos tuvisteis jamas el pensamiento de cumplir con los deberes respectivos á la divinidad; nunca se vió en vosotros una accion que pareciese religiosa; y que no hubiera sido posible señalar en ninguna circunstancia de vuestra vida aquella diferencia casi imperceptible que distingue al discípulo de la religion natural, del impío que no conoce á Dios."

"He aquí una verdad de hecho, justificada por el testimonio de tu conducta y el sentimiento de tu propia conciencia, cuyo efecto es tan evidente que no se puede eludir con ningun artificio, y cubre con un oprobio eterno á todos los desertores de la fé, á saber: que el abandono del cristianismo no es sino una renuncia disfrazada de todo principio, de toda virtud y de todo deber; y que las palabras *razon, conciencia y culto natural*, en boca de aquellos que han despreciado el Evangelio, no son mas que unas consideraciones prescritas por la decencia y por la necesidad de encubrir á la vista de los hombres la mas gran depravacion de que es capaz la naturaleza humana."

"Así, pues, Filemon, acuérdate de que cuando oprimido con el peso de tus vicios y remordimientos, conociste la necesidad de volver al camino de la virtud, el primer paso que diste no fué abrazar la religion natural, sino que volaste directamente á Jesucristo, sin esperar para estrecharte con la cruz que salvó el universo, á que fuese vencida esa dificultad de creer que afectaste siempre y no sentiste jamas. Tal es la espantosa alternativa en que se ven y verán hasta el fin de los siglos aquellos hombres sistemáticos, que son el escándalo de la generacion presente; porque ó perseveran hasta el sepulcro en la estúpida costumbre de no adorar nada en el cielo, y de no depender de nadie en la tierra, ó se refugian directamente al Evangelio, cuando ya no pueden sostener

la vista de su oprobio, ó mueren blasfemando, ó estrechando contra sus labios la señal adorable de la salud del mundo. En vano los partidarios de esta filosofia infernal se esfuerzan á presentarla con el colorido de la indulgencia; nadie ha desertado de Jesucristo sino para librarse de todas las religiones, y todos recurrieron á Jesucristo si quisieron volver á ser hombres y salir de la brutalidad de sus pasiones."

"Despues de lo que debes á Dios y á la religion, nada te encargo como mas sagrado ni precioso, que lo que debes á tu estado y á la dignidad que obtienes de la sociedad. Por decirlo mejor, el cuidado de su salvacion y el de su estado no son para el hombre de un cristianismo bien entendido sino un solo cuerpo de obligaciones y un mismo orden de respetos. La exactitud en cumplir lo que nos impone nuestra situacion civil es tan esencial para nuestra satisfaccion, que Dios desecharia las adoraciones y los sacrificios que le ofreciésemos en los momentos que son debidos á nuestros hermanos, á nuestra familia ó á nuestros conciudadanos, porque nada de cuanto turba el orden puede servir al aumento de nuestra justicia, y no seria razon que glorificásemos á Dios con obras hechas fuera de tiempo."

"Feliz el hombre que ama su estado. ¡De cuántas penas y disgustos liberta á su alma esta preciosa disposicion! Pero la religion sola es la que nos da aquella virtud, porque es la única que aprecia infinitamente todas nuestras obligaciones, y por consiguiente les comunica un placer real y efectivo. El verdadero cristiano se cree dichoso dentro de los limites de las ocupaciones que la Divina Providencia le ha señalado; sabe que solo allí puede encontrar las verdaderas riquezas, y que aunque esté destinado á la mas humilde de todas las clases de la sociedad, es mas grande en su estado oscuro y abatido, que si participase con los señores de la tierra del

brillante cuidado de gobernar los imperios; porque está colocado segun la voluntad de Dios, y así disfruta la mas noble y la mas honorifica dignidad que puede tener criatura en el mundo; pues aquel es el centro de su vida, á quien se le debe y pertenece la gloria y el poder que hay en los cielos y en la tierra; y un solo instante de su duracion equivale al inmenso peso de toda la eternidad de Dios. Repara, Filemon, en aquellos operarios que se dedican á beneficiar los metales que encierran los subterráneos. Mientras que los veas, los oigas, y sientas trabajar en la superficie de la tierra y á la luz del dia, no nos presentan sino masas informes y arenas inútiles; pero cuando sepultados en las cavernas profundas, que abandonaron con sus manos laboriosas, ya no se ven ni dejan tampoco sobre sí ningun vestigio de su existencia y de aquel confuso bullicio y estrépito que antes los hacia observar desde muy lejos, tanto que nadie puede saber ni pensar que existan en el mundo semejantes personas; ¡ah! entonces es cuando su sudor riega montones de oro, y sus manos recogen inmensas riquezas. He aquí la imágen de la realidad y solidez de la vida que hace un cristiano modesto, y del valor que la religion da á sus acciones domésticas, á sus continuos cuidados en la educacion de sus hijos, á sus obras mas comunes, y á sus obligaciones mas familiares y pequeñas."

"Buenos y fieles siervos, decia Jesucristo á los hombres cuyos empleos no les daban grande consideracion en el mundo, vuestro estado parece nada á los ojos de las criaturas, pero lo que es ínfimo para ellos, fija en vosotros la atencion y los cuidados de vuestro eterno Remunerador: y porque vosotros habreis sido cuidadosos en no omitir nada, y vuestra exactitud se habrá extendido hasta los mínimos ápices de vuestra administracion, yo os constituiré un dia depositarios de las cosas mas grandes, os sentareis sobre tronos resplandecientes, vereis á vues-

tros piés todas las tribus de la tierra, y sereis introducidos en medio de la pompa y magnificencia de mi último triunfo entre los hombres, en la alegría eterna de vuestro Señor y de vuestro Padre."

"A vista de esto, Filemon, es preciso confesar que aquellos hombres que profesan públicamente la religion de Jesucristo, y no están contentos con el trabajo y sujecion de su estado, no entienden todavía lo que es el espíritu de Dios; que carecen de toda disposicion para hallar el verdadero camino que conduce á la santidad, y que aun ignoran los primeros rudimentos del misterio del reino de Dios. ¿Por ventura el primer paso de la virtud no es el amor al cumplimiento de sus obligaciones? ¿no es el apreciar con toda sinceridad nuestro respectivo estado, y sacrificarnos inviolablemente á las funciones que trae consigo? ¿No es esto el fundamento de la justicia y la esencia de toda virtud? ¿Por ventura el mundo mismo, tan indulgente con todos los que siguen sus bagatelas y vanas máximas, se atreve á conservar en su estimacion á los que no cumplen las obligaciones y cargos que se les confian? Todos quieren que cada uno cumpla con los deberes que exige su estado; que el militar se mantenga en campaña, el cortesano al lado de su príncipe, el sacerdote en el templo, el magistrado en el santuario de la justicia, la madre de familias recogida en su casa cuidando de sus hijos, el labrador en el campo y el artesano en su taller; porque la exactitud en cumplir cada uno sus obligaciones, constituye una parte esencial de la providencia; y el que es enemigo de su obligacion, lo es tambien del orden y del bien público. ¿Cómo, pues, podria un hombre, que abriga en su corazon las esperanzas eternas, persuadirse de que estaba en el camino que conduce al cumplimiento de ellas, cuando tiene en sí un defecto que le hace despreciable á los ojos mismos de las personas mas indulgentes y que todo lo disculpan?

Aquella criatura que ha de tener unas miras tan altas, y unas luces tan superiores á todos los principios de la moral humana; aquel hombre que sabe que hay un tesoro eterno escondido en este campo misterioso, y que todo es ganancia en las obras y en las menores acciones de los hijos de Dios, ¿podrá, con tan grandes motivos para amar su destino, permanecer todavía expuesto á la desgracia de los que viven sin fé y sin esperanza, y á ser, como ellos, el mártir de una inquietud y de una inconstancia que perturba todos los estados de la vida? ¡Oh vida eterna! palabra repetida tantas veces y tan poco entendida! ¡Divina y halagüeña perspectiva que nos abres el inefable abismo de la felicidad soberana! ¿Qué son en tu presencia todos los miserables intereses de nuestra inconstancia, y de la vanidad de nuestros placeres? Fortalecednos, pues, Dios mio, para siempre, en el santo amor de nuestras obligaciones, supuesto que todos los bienes se encierran en ellas, y que no hay en la tierra otro camino que pueda conducirnos hasta alcanzar la palma de la vocacion excelsa que está en Jesucristo.

“Si esta virtud te se hubiera propuesto, Filemon, cuando todavía no habias oido el trueno de la voz de Dios, y antes que hubieses experimentado la verdadera felicidad que comunica á todos los que la siguen, sin duda te hubiera parecido demasiado austera. Entonces no conocias ni el espíritu de la religion, ni la solidez de sus preceptos, ni la grandeza de sus promesas: entonces vivias sin principios, sin fin determinado, sin religion, sin esperanza, y no sabias qué hacer ni del tiempo, ni de tí mismo. En ninguna parte estabas contento, y tu alma, destituida de un punto de apoyo y de todo recurso, se impacientaba al ver la triste inaccion que la consumia. De todos los objetos que se presentaban á tu vista, desde el momento de tu melancólico despertar hasta el de tu triste y penoso descanso, nada te affigia tanto como el

ver tu casa, tus negocios y trabajo; porque esto era lo que se oponia mas que todo á tu inconstancia y á la necesidad que tenias de huir de tí mismo. ¡Ah! cuánto debes admirar el poder del Evangelio, que da al hombre otro carácter y otro corazon. A la verdad la virtud de la gracia, que nos renueva y trasforma en unos seres nuevos, no consiste precisamente en aficionarnos á un género de vida incompatible con las distracciones y placeres del mundo; su principal triunfo es criar en nosotros nuevos afectos, haciendo que encontremos nuestra alegría y felicidad en los objetos que antes nos disgustaban y nos eran de una repugnancia casi invencible. El mundo, que advierte que le has abandonado, quizá hace justicia á la firmeza del partido que acabas de tomar de vivir solo para tí, cumpliendo con las obligaciones que te prescribe tu estado. Pero este mismo mundo cree que te has hecho una gran violencia, y que usurpas á tu propia felicidad lo que empleas en el cuidado de tu salvacion y de tus obligaciones. Mas entre tanto que te compadece, sin duda como si te hubieras condenado á las mas amargas privaciones y dolorosos sacrificios, te admiras tú delante de Dios de haber podido permanecer por tanto tiempo sujeto á sus usanzas, y á las locuras de este siglo inquieto y miserable: tranquilo en lo interior de una morada, que tu religiosa aplicación convierte en un templo, miras todo ese torbellino de pasiones y miserias humanas con la superioridad de un alma refugiada en la inmensa luz de la soberana razon, y preparada ya para descansar con ella eternamente.”

“¿No has visto alguna vez, Filemon, desde la orilla del mar el combate de los vientos disputándose el imperio de las aguas? ¿Aquel bramido espantoso de las olas, que chocando consigo mismas van á estrellarse con tanta fuerza contra las rocas? ¿Aquellas montañas de aguas y de espuma que levantándose hasta el cielo, se preci-

pitan de repente hasta el fondo del abismo? ¿No te ha inspirado aquella vista no sé qué terror, mezclado de cierto placer, que te obligaba á recogerte profundamente dentro de tí mismo? Tales, pues, son las agitaciones, los tormentos, y los furoros implacables de las pasiones y de los intereses humanos. Mas para descubrir y juzgar de este sombrío y tempestuoso espectáculo, es preciso estar colocado fuera del horizonte que le encierra, y mirar desde la altura de la eterna verdad, las alegrías, los afectos, los ódios, las amistades, las querellas, las reconciliaciones, las prosperidades y las desdichas de los hombres: aquel flujo y reflujó de sus placeres, disgustos, temores, esperanzas, planes y empresas, cómo hacen y deshacen, edifican y demuelen, huyen y vuelven á buscar los mismos objetos; cómo se despedazan, engañan y chocan unos con otros, y cómo se suceden las generaciones unas á otras, sustituyéndose al abuelo el padre, y al padre el hijo, sin que ninguno de ellos advierta la espantosa rapidez del movimiento universal que los arrastra al abismo de la muerte. He aquí lo que es el mundo, Filemon, con todas sus desigualdades, inconsecuencias, escándalos y desórdenes. Por lo que á tí toca, no será ya agitada tu vida con estas tempestades; sino que correrá apaciblemente, como el tranquilo riachuelo que lleva por el valle solitario sus aguas cristalinas con una lentitud suave y magestuosa. Mira con cuánta serenidad serpean sus ondas, que parece que no se mueven, y cómo se multiplican por los campos que fertilizan y enriquecen. Aquí en medio del silencio mas profundo, representa su tersa superficie, como la de un espejo resplandeciente, la imágen de los arbolillos y jarales que coronan sus orillas. Allí, corriendo entre pedriscos, con ligero murmullo, convida al fatigado caminante á entregarse á las dulzuras del sueño. Nada tienen de penoso los rodeos de este benéfico arroyuelo, nada de

violento su caída, nada de sospechoso la profundidad de sus aguas, nada de despacible el ruido de su curso; su vista no admira, pero complace; no asombra, pero lisonjea y hechiza los oios que van siguiendo su camino y variando la uniformidad de su perspectiva agradable, al mismo tiempo que inspira una dulce melancolía, y un género de languidez que absorbe los sentidos. Tal es la imágen del trascurso de los años y de las obras consagradas al espíritu de la religion y de la verdadera filosofía; tales las ocupaciones de una vida retirada y cristiana en su modo de caminar siempre apacible y uniforme. Los hijos del Señor, nunca fatigados con el tiempo presente por emplearlo en llenar sus obligaciones, ni inquietos por el futuro por reservarlo para nuevos ejercicios, disfrutan el placer de ver revivir sus pasadas horas, y reproducirse en lo íntimo de sus conciencias, con el dulce recuerdo de no haberlas empleado en vano, y con la certidumbre de hallar su premio al fin de su amable é inocente carrera."

"Ya ves, Filemon, cuán sencillos son los caminos de Dios, puesto que para asegurar nuestra salvacion no hay necesidad de recurrir á prácticas misteriosas, ni de formarse un plan de vida sobre ideas nuevas y extraordinarias. La religion nos deja en la sociedad, no nos arranca de nuestra familia ni estado, ni menos nos prescribe otra cosa, que lo mismo que teniamos que practicar todos los dias; únicamente arregla nuestros designios, purifica nuestras intenciones, y nos ayuda á imprimirles aquel gran carácter de excelencia que las hace útiles á nuestra eterna felicidad. Tampoco nos aterra proponiéndonos que sigamos unas sendas no trilladas, y una especie de singularidad y ostentacion incompatibles con la humildad evangélica y muy impropia de la verdadera penitencia. Los hijos de Jesucristo temen todo cuanto puede hacerlos singulares: su mayor mérito consiste úni-

camente en hacer las cosas mas comunes con unos fines superiores y divinos; en conservar en el cumplimiento de sus obligaciones un corazon magnánimo y noble; y en practicar en lo interior de su casa, ó ante el santuario del Señor, cuando la religion los llama, lo que el Evangelio les enseña mas sublime, olvidándose, digámoslo así, de que viven en medio del mundo. Así todo es verdad y sustancia en el conjunto de sus acciones, todo espíritu y vida en lo íntimo de su alma; y sin que parezcan salir del camino ordinario que siguen los demas hombres, se distinguen delante de Dios por un carácter invisible que los eleva sobre los solios y los tronos. ¿Ves aquella *muger fuerte*, de quien el Espíritu Santo hace un elogio tan magnífico en los libros sagrados? ¿En dónde, dice, *se la hallará?* Si alguno la encuentra, es preciso admirarla y colmarla de alabanzas; porque *todo el oro y todas las riquezas de la tierra no pueden ser comparadas con el valor de un tesoro tan grande y tan raro.* A vista de estas palabras, cualquiera creeria que se trataba de una criatura extraordinaria y destinada á asombrar el mundo por lo prodigioso de su conducta, y por la singularidad de sus famosas acciones: pues no hay nada de eso; y para que nadie pudiese equivocarse, el mismo Espíritu Santo nos presenta clara y distintamente los títulos del mérito y grandeza de esta muger, cuando nos dice *que está retirada y aplicada continuamente en lo interior de su casa*, que cuida de todas las menudencias domésticas, que vela y lo dirige todo, que hace reinar el orden en todo, y que en los intervalos que le permiten la direccion de sus negocios, el cuidado de sus hijos, y el arreglo y distribucion de los labores entre los criados, prepara con su mano industriosa la lana y el hilo: de modo que mientras su esposo ejerce las funciones serias en la ciudad, y sostiene un carácter digno y respetable *en la asamblea de los gran-*

des y jueces del pueblo, ella se recrea con un trabajo tranquilo y útil, y no se desdén de hacer dar vueltas al huso con sus dedos. Esta es, pues, una muger que en nada se distingue por el exterior de sus mas humildes conciudadanos, que sin causar ningun estrépito vive en la paz y en el silencio de su casa, que camina delante de Dios en la inocencia y simplicidad de su corazon. He aquí la que se verá *en el día postrero nadar en la alegría*, y adelantarse, por medio de la multitud innumerable de generaciones humanas, con una tierna y noble confianza hácia aquel tribunal, cuyo aparato solemne y terrible hará temblar á todas las potestades del universo, y ocupará un lugar *en la ciudad de Dios*, juntamente con los héroes de la gracia y de la eternidad.”

“No, Filemon; el espíritu y los preceptos de la fé, nada ofrecen que pueda desalentar á quien conserva algunas impresiones naturales de virtud, de orden y de prudencia; y nuestra conciencia misma es el mejor testigo de la verdad, necesidad y justicia de la moral de Jesucristo. Muy bien conocemos, cuando la meditamos de buena fé, que se hizo para el hombre, y que cuando no nos viniese de un origen tan puro y tan augusto, la prudencia nos aconsejaría que la tomásemos por regla de nuestra vida y costumbres; porque no hace mas que restituir nuestra razon y entendimiento á su suelo nativo, trayéndonos unas luces y unos principios que nacieron con nosotros mismos. Si alguna cosa tiene de singular y extraordinario, solo es para nuestra mayor dicha, gloria y cumplimiento de nuestras mas amadas esperanzas. Esto es á lo que nos conduce la revelacion y la promesa de su premio, y un destino que por nosotros mismos nunca podíamos imaginar ni atrevernos á desealarle. La sabiduría eterna no descendió á la tierra á fin de enseñarnos á hacer milagros, ni á superar la esfera de las fuerzas humanas; “sino que la gracia de un Dios Salva-

“dor, como dice San Pablo, vino á resplandecer en medio de todos los hombres, para enseñarnos á arrojar los ojos de nosotros, toda impiedad y todos los deseos impuros de las pasiones y sentidos, y á vivir en la sobriedad, en la justicia y en la caridad, esperando el cumplimiento de la bienaventurada esperanza, y el advenimiento de la gloria del gran Dios, y de Jesucristo nuestro Salvador, que se sacrificó por nosotros para purificarlos carnos de toda mancha, y con el fin de consagrar para sí un pueblo escogido, que no se emplease sino en la práctica de lo bueno, justo y loable.” En estas pocas palabras se encierra la filosofía mas pura y sublime que jamas se ha propuesto á los hombres, y nada tienen, digámoslo así, de sobrenatural, sino el sello de una sancion divina, y la union de una eterna felicidad en los sentimientos impresos naturalmente en el corazon de todos los hombres de bien.”

CAPITULO VI.

CONTINUACION DEL ANTECEDENTE.

Filemon refiere aquí una particularidad que dió motivo, por parte de su director, á una segunda instruccion, tan llena de la uncion del espíritu divino como la primera.

“Las lecciones de este santo sacerdote, dice, formaban las delicias de mi corazon, y yo las meditaba sin cesar, sintiendo cada vez nuevos hechizos que hermoseaban el dulce yugo de la religion. Recorriéndolas por la memoria un dia que me estaba paseando por los claustros de los cartujos, llegué á ver en lo mas oculto de un pabellon que formaban unos árboles enramados, á un religioso hincado de rodillas con un Crucifijo en la mano, en quien tenia clavados sus ojos con la mayor ternura, y

que aplicaba repetidas veces á su boca. Me acerqué á él silenciosamente para no interrumpirle, y mirando con particular cuidado sus facciones por entre los frondosos ramos que formaban aquel oculto retiro, me pareció distinguir el rostro del infeliz Oronte, cuya trágica historia dejo referida. Quedé del todo turbado y conmovido al ver una semejanza tan perfecta, y me mantuve inmóvil por largo rato, sin saber si seria él mismo el que estaba presente á mis ojos, ó acaso era ilusion de mi fantasía. ¡Qué es esto, Dios mio! exclamé. ¿Si será Oronte? ¡Mas ay! ¿Cómo el que ya duerme en el sepulcro podrá adoraros entre los vivos? Pero ¿puedo dudar de que es Oronte? . . . Pronuncié sin querer estas palabras en voz bastante alta, cuando levantándose precipitadamente me dijo: No te engañas, Filemon (porque en efecto era él mismo). ¡Ay amigo! continuó, juzgué, sin que nadie llegase jamas á saberlo, sepultar aquí los restos de una vida manchada con los mayores vicios y desórdenes. ¿Por qué raro acaso has venido á descubrir un secreto que debía morir conmigo en este profundo retiro? ¿Pero qué es lo que veo? ¿lloras? . . . ¡Tú con las señales del hombre justo? . . . ¡Gran Dios! ¿habrá herido á un mismo tiempo dos corazones endurecidos con iguales desarreglos, el rayo de vuestra divina voz? Acaba, Filemon, explicame este arcano. Una misma admiracion nos ocupa, y sin duda la divina bondad me reservaba este consuelo, el único que me faltaba despues de tantos como ha derramado incesantemente sobre mi.”

“Luego que volví de aquella primera sorpresa y recobré la tranquilidad de mi ánimo para poderle hablar, le conté cuanto me habia sucedido desde la última mañana que nos vimos, y en la que vinieron á decirme que le habian hallado muerto en su cama. Oronte escuchó toda mi relacion lleno de una admiracion y alegría inexplicable; y si pretendiese descubrir su conmocion y afecto

“dor, como dice San Pablo, vino á resplandecer en medio de todos los hombres, para enseñarnos á arrojar los ojos de nosotros, toda impiedad y todos los deseos impuros de las pasiones y sentidos, y á vivir en la sobriedad, en la justicia y en la caridad, esperando el cumplimiento de la bienaventurada esperanza, y el advenimiento de la gloria del gran Dios, y de Jesucristo nuestro Salvador, que se sacrificó por nosotros para purificarlos carnos de toda mancha, y con el fin de consagrar para sí un pueblo escogido, que no se emplease sino en la práctica de lo bueno, justo y loable.” En estas pocas palabras se encierra la filosofía mas pura y sublime que jamas se ha propuesto á los hombres, y nada tienen, digámoslo así, de sobrenatural, sino el sello de una sancion divina, y la union de una eterna felicidad en los sentimientos impresos naturalmente en el corazon de todos los hombres de bien.”

CAPITULO VI.

CONTINUACION DEL ANTECEDENTE.

Filemon refiere aquí una particularidad que dió motivo, por parte de su director, á una segunda instruccion, tan llena de la uncion del espíritu divino como la primera.

“Las lecciones de este santo sacerdote, dice, formaban las delicias de mi corazon, y yo las meditaba sin cesar, sintiendo cada vez nuevos hechizos que hermoseaban el dulce yugo de la religion. Recorriéndolas por la memoria un dia que me estaba paseando por los claustros de los cartujos, llegué á ver en lo mas oculto de un pabellon que formaban unos árboles enramados, á un religioso hincado de rodillas con un Crucifijo en la mano, en quien tenia clavados sus ojos con la mayor ternura, y

que aplicaba repetidas veces á su boca. Me acerqué á él silenciosamente para no interrumpirle, y mirando con particular cuidado sus facciones por entre los frondosos ramos que formaban aquel oculto retiro, me pareció distinguir el rostro del infeliz Oronte, cuya trágica historia dejo referida. Quedé del todo turbado y conmovido al ver una semejanza tan perfecta, y me mantuve inmóvil por largo rato, sin saber si seria él mismo el que estaba presente á mis ojos, ó acaso era ilusion de mi fantasía. ¡Qué es esto, Dios mio! exclamé. ¿Si será Oronte? ¡Mas ay! ¿Cómo el que ya duerme en el sepulcro podrá adoraros entre los vivos? Pero ¿puedo dudar de que es Oronte? . . . Pronuncié sin querer estas palabras en voz bastante alta, cuando levantándose precipitadamente me dijo: No te engañas, Filemon (porque en efecto era él mismo). ¡Ay amigo! continuó, juzgué, sin que nadie llegase jamas á saberlo, sepultar aquí los restos de una vida manchada con los mayores vicios y desórdenes. ¿Por qué raro acaso has venido á descubrir un secreto que debía morir conmigo en este profundo retiro? ¿Pero qué es lo que veo? ¿lloras? . . . ¡Tú con las señales del hombre justo? . . . ¡Gran Dios! ¿habrá herido á un mismo tiempo dos corazones endurecidos con iguales desarreglos, el rayo de vuestra divina voz? Acaba, Filemon, explicame este arcano. Una misma admiracion nos ocupa, y sin duda la divina bondad me reservaba este consuelo, el único que me faltaba despues de tantos como ha derramado incesantemente sobre mi.”

“Luego que volví de aquella primera sorpresa y recobré la tranquilidad de mi ánimo para poderle hablar, le conté cuanto me habia sucedido desde la última mañana que nos vimos, y en la que vinieron á decirme que le habian hallado muerto en su cama. Oronte escuchó toda mi relacion lleno de una admiracion y alegría inexplicable; y si pretendiese descubrir su conmocion y afecto

tos, debilitaría sin duda la idea de una pintura original que no admite copia. Entonces comenzó así la historia del acontecimiento que causó la mudanza de su corazón, y le determinó á renunciar al mundo." ¿No reparaste, me dijo, la última vez que nos vimos, que una persona que habia cerca de nosotros esperaba que te fueses como para decirme un secreto? Pues con efecto, luego que me dejaste solo, llegándose á mí me dijo: Usted se ha atrevido á desmentirme injuriosamente delante de muchas gentes, y V. ha de saber á lo que se obliga el que me ultraja. Aquella persona era Valmont, hombre soberbio y vano, que tenia el insoportable defecto de sostener con una inflexible obstinación, las proposiciones mas absurdas, sin mas que por ser él quien las proferia. A la verdad, el dia antes le contradije agriamente las falsedades y desafinos que proferia con un tono magistral y aun ofensivo para cuantos teniamos la desdicha de escucharle. Despreciaba demasiado á aquel hombre orgulloso para que difriese para el dia siguiente la aceptación de su desafio, y así nos fuimos inmediatamente á medir las espadas á la luz de la luna. A las primeras embestidas advertí correr sangre del brazo de mi competidor; compadécime, y le propuse que dejásemos ya de reñir; pero su respuesta fué mirarme con unos ojos encendidos y furiosos. Conocí entonces su empeño en que habiamos de quedar uno ú otro en el campo, y así empecé á defenderme con aquel ciego valor que inspira necesariamente en el hombre la terrible alternativa de haber de matar ó morir. Mi enemigo, en medio del feroz delirio que le privó de todo sentido, se precipitó casi por sí mismo en la punta de mi espada, pasándose con ella el pecho, y cayó en tierra bañado en su propia sangre. Aunque yo no habia recibido herida alguna, caí tambien en tierra atónito y desmayado; pero tuve la felicidad de que mi pariente Belzors, habiendo llegado á traslucir al-

guna cosa del desafio, por un conducto que ignoro, llegó en aquel punto, y recogíendome en su berlina me trajo á este monasterio de cartujos. Era conocido del prior, y contándole mi desgracia, le suplicó que me refugiase en el convento mientras que se calmaban los primeros resentimientos, que no dejaria de excitar aquel suceso trágico en la familia del difunto. Tomada esta primera precaucion, pasó Belzors á mi casa á verse con mi mayordomo, y le hizo creer que mi enemigo y yo habiamos quedado muertos en el desafio; cuya diligencia hizo con el fin de extender esta voz por cierto tiempo para precaver las informaciones y pesquisas; y es muy probable que el primero que te participó esta noticia, no habiendo oido decir sino que yo habia muerto, juzgó y afirmó que habia amanecido muerto en la cama. Además de que la vida retirada y religiosa que has tenido desde entonces en el convento de San Lázaro, te ha imposibilitado de saber la verdad de estas y otras novedades; ni tampoco extrañaria que las ignorases hasta ahora, aunque vivieras en el mundo, pues todavía están los mas en el error de que entrambos quedamos muertos de resultas de aquel duelo."

"Ocupado yo únicamente en pensar en la irreparable desgracia de haber manchado la tierra con la sangre de un hombre, no tomaba el mayor interés en el éxito favorable del artificio que se empleaba para librarme de la severidad de las leyes y de la venganza de su familia; y aunque hice cuanto estuvo de mi parte para conservar la vida del que procuraba mi muerte, sin embargo, aquella espantosa imagen de un cuerpo revolcado en su misma sangre y cubierto con el polvo, me perseguia por todas partes y me inundaba en un océano de reflexiones lúgubres. Con este motivo meditaba profundamente sobre los excesos á que conducen el orgullo, el ocio, el olvido de la religion, y todo el desorden de una vida frívola y

vana. Temblaba al pensar en el triste y eterno destino de los que mueren de repente, respirando todavía el furor de sus extremadas pasiones, y á impulsos de su último crimen. La idea de lo que yo mismo seria, si la muerte que ví tan cerca de mí no hubiese engañado el deseo que tenia Valmont de la venganza, acabó de desengañarme de la perfidia de los placeres, y de las máximas y costumbres del mundo. Ví con horror la profundidad del abismo donde iba á ser precipitado, y así cuanto habia querido hasta entonces, vino á serme odioso é intolerable.”

“En una situacion tan favorable para recibir los demas impulsos de la divina gracia, hubiera sido difícil resistir á la fuerza del grave y magestuoso espectáculo que la religion presenta todos los dias en este augusto retiro. ¡Qué hombres, Filemon! ¡Qué silencio! ¡Qué felicidad tan pura! Habia visitado este santo lugar en otro tiempo con Belzors, y me acordaba que desde entonces la vista de esta austera armonía elevaba mi alma, y comenzaba ya á sospechar que habia otras delicias sobre la tierra á mas de las que encontraba en vivir siguiendo las pasiones y costumbres humanas.”

“Esta es, Filemon, la causa de que viva aquí, y de que hayas hallado á tu antiguo compañero en las locuras y desórdenes, con el hábito de la penitencia; y para mí es un nuevo consuelo saber que el mismo suceso que me restituyó á la virtud y al arrepentimiento, ha sido la ocasion de que se sirvió la misericordia de Dios para conducirte á la religion. ¡Cuán admirable es esta combinacion de los designios de la bondad infinita! ¿Y quién hubiera esperado jamas que estuviese señalado un mismo instante en los consejos del Todopoderoso para la salud de los hombres, tan locamente entregados á la perversidad de las mas imperiosas é indelebles pasiones?”

‘Hizome Oronte otras muchas reflexiones sobre esta

inspiracion tan extraordinaria y celestial. Por lo que á mí hace, no podia volver en mí de la profunda sorpresa que me poseia, y al retirarme de aquellos jardines en que acababa de oír sucesos tan inesperados, exclamé de este modo: ¡He aquí, oh Dios mio, unas revoluciones que el mundo no admirará jamas, y que sin embargo son las únicas en que se manifiesta la accion de una fuerza superior é invisible, sin que en ellas intervenga nada de humano, y de las cuales, si queremos descubrir el origen, tenemos que recurrir á vos! ¿Pero por qué este encuentro no podrá ser un nuevo llamamiento que me advierta que aun no están cumplidos en cuanto á mí, todos los designios de vuestra divina misericordia? ¿Y por qué, Señor, mis esfuerzos para recobraros han de ser menores que los que ha hecho aquel á quien he igualado en la carrera del vicio? No, Dios mio; yo juro delante del cielo, que fué el único testigo de tan pasmoso descubrimiento preparado por vos, de venir á expiar los desórdenes de mi vida, siguiendo los pasos de Oronte, y sepultándome con él en un mismo sepulcro. ¡Qué! ¿mientras el compañero de mis antiguos vicios llora su iniquidad con el hábito austero de los mártires de la abnegacion, é incorporado en la severa sociedad de los atletas de la cruz, pasa su vida *meditando los años eternos*, y junta su lamentable voz á los graves cánticos que resuenan en el silencio de las noches por las solitarias bóvedas de un templo consagrado á los suspiros y á las lágrimas, mientras que yo tenga siempre presente esta idea, podré vivir en un magnífico palacio, en el seno de las comodidades y de los placeres? Sin duda el sábio director de mi alma aprobará una resolucion tan conforme á sus principios, y tan indispensable á la estabilidad de los sentimientos que me ha inspirado. Escríbele lo que me acababa de suceder en el monasterio de los cartujos, y la resolucion que fraguaba en mi espíritu. Su respuesta fué

la siguiente: “¡Cuán digno es, Filemón, de ser adorado aquel gran Dios, que en el mayor silencio, y en medio de todas las pasiones y trastornos mundanos, dispone y prepara las almas que ha escogido con el fin de elevarlas hasta el esplendor impenetrable de su reino! ¡Y cuán grande y magnífico viene á ser este mundo, aunque tan pequeño y despreciable por la puerilidad de los intereses que le agitan, cuando dirige la eterna sabiduría sus acaecimientos, y hace salir de lo profundo del lodo unas criaturas en quienes reverbera su gloria, conduciéndolo todo por unos medios profundos é inexplicables, al gran desenlace de la aparición de su reino, y á la ascension triunfante del cuerpo de los elegidos, al lugar de su alegría, de su descanso, y de su eternidad! Lo que tus ojos acababan de ver en aquel oculto retiro, á donde solo fuiste á buscar el inocente placer de un paseo solitario, es un ejemplo bastante admirable del poder que Dios ejerce continuamente, á pesar de los extragos de la corrupcion humana, para separar de ella lo que desde la eternidad habia resuelto glorificar en su morada sublime, y para exaltar con una rapidez, que admiran las potestades celestiales, á la dignidad mas augusta y venerable en la tierra, á los mas viles y perversos de los hombres. ¿Por qué medio ha llegado Oronte á ser repentinamente tan apreciable á los ojos de Dios? ¿Qué fuerza seria aquella, con que sin pensarlo se sintió fortalecido, cuando en el tiempo que menos esperaba le hizo superior al mundo, á sus pasiones y tinieblas, y á todo el inmenso peso de desordenadas costumbres que le constituian un perfecto modelo de depravacion y de impiedad? ¿De dónde le vino aquella luz que con tanta prontitud le iluminó sobre la vanidad de la vida y sobre las maravillas del siglo venidero? Esta es, Señor, vuestra gran obra, y solo vuestro dedo invisible es el que ejecuta en la tierra unas transformaciones tan inverosímiles á la creencia humana.”

“Tú mismo, Filemón, te has hallado, cuando menos lo pensabas, con una viva repeticion de aquel gran milagro de misericordia que viste obrar en tí mismo; y tu Dios solamente proporcionó un descubrimiento tan extraordinario, á fin de completarte la alegría que tuviste de haber salido del abismo de miserias en que estabas sumergido, y para calmar aquella pena amarga que se mezclaba con ella siempre que te acordabas de que Oronte habia muerto sin haber tenido tiempo de arrepentirse de sus vicios, y de purificar sus últimos suspiros. Pero la imagen terrible de una muerte precipitada é imprevista no pierde nada de su verdad y de su fuerza, porque no fuese sino una ilusion cuando obró sobre tu alma una impresion tan violenta y tan saludable; porque la desgracia que no le sucedió á Oronte se realizaba en aquel momento en todas las partes del mundo con otras criaturas tan culpables como tú, y tan mal dispuestas para comparecer ante la luz de Dios.”

“Mucho me alegro, amigo mio, al pensar en la noble y firme emulacion que te ha causado el ejemplo de Oronte; porque esta disposicion supone que tu alma está pronta á todo, y que es capaz de los mayores sacrificios. Si, los tabernáculos del Señor son infinitamente amables; mas sin embargo, debemos consultar las reglas prescritas por la moderacion, la prudencia y la sobriedad, hasta en la ocasion de buscar á Dios y á la verdadera sabiduría. Yo quiero, dice San Pablo, que seáis reservados y discretos en el bien. Todos somos llamados á la severa justicia del Evangelio; pero la eleccion de los medios que nos conducen á nuestra santificacion, no han de ser causa de un entero rompimiento con la sociedad, cuando la naturaleza nos une á ella con ciertas obligaciones de una importancia superior á los mas santos institutos; como por ejemplo, si estamos revestidos con el augusto y sensible carácter de ser padres de familia. Tu amable y virtuosa

compañera, cuando descendió al sepulcro, dejó unos hijos á quienes debes el amor, el amparo, la instruccion y el buen ejemplo. Oronte se hallaba aislado en medio del mundo; su retiro no turbaba en nada el órden social, y por consiguiente le era permitido entregarse sin reserva al ardor de su celo por la penitencia: mas por lo que hace á tí, ya Dios te ha señalado la ocupacion que debes tener en esta vida, cuidando de esta tierna y preciosa descendencia que crece y se alimenta á tu vista. Si este magestuoso y sensible espectáculo no ha contenido algunas almas extraordinarias que se retiraron á lo mas oculto de los desiertos, á pesar de los gritos de la desconsolada naturaleza, y rompieron la valla que les oponia su propia sangre, estas almas, digo, son unas raras excepciones reservadas á los divinos misterios, que no deben servir de norma para arreglar por ellas el curso de las obligaciones de la vida, ni para determinar el género de nuestras expiaciones y penitencias. Cuando vivias sin ley y sin principios, hubiera convenido á tus hijos que los hubieses abandonado, á fin de excusarles la vista de tus costumbres desenfrenadas é irreligiosas; pero ahora que encuentran en tí la virtud, con cuya imitacion serán dichosos, tu abandono les seria funesto, privándoles del mas seguro recurso que la bondad divina les ha preparado *contra el contagio de este siglo*. Tampoco has sido, Filemon, verdaderamente padre, sino desde que temes al Señor, y eres capaz de contar su gloria á las inocentes criaturas que llevan tu imagen sobre su frente y tu sangre en sus venas. Aquella esposa que era tan digna de tu amor y respeto, murió sin haber visto cumplidos sus mas preciosos deseos y mas tiernas esperanzas, rogando al santo Dios que la habia de juzgar, que mudase tu corazon y te hiciese digno del sagrado título con que te dejaba condecorado en este mundo. ¡Ah! Haz que goce en sus hijos de sus últimas lágrimas, y consué-

late tú mismo de las amarguras que causaste á su alma tan inocente y pura, sacrificándote á la instruccion y felicidad de los que llevó en su seno con tantos cuidados, y estrechó tantas veces contra su corazon."

"¡Ah! jamas debemos oponernos á la naturaleza sino cuando se conoce que está depravada; porque procede de Dios, así como la religion y el afecto que nos une á nuestra familia se grabó en nuestros corazones por la misma mano que escribió en ellos la obligacion de adorar y de respetar al Ser supremo; ó por mejor decir, los principios de las obligaciones naturales y religiosas se confunden de tal suerte en su origen, que el mismo Dios nos presenta en los libros sagrados, como una verdad de sentimiento, la necesidad de amarle, nacida de aquellas impresiones mas íntimas é indelebles que se encuentran en nuestra alma; y para atraernos al cumplimiento de este deber tan consolador y tan santo, nos anima con el poderoso y vivo interés de la naturaleza y del corazon. ¡Oh hijos de Israel! decia Moisés á un pueblo ingrato y rebelde, ¿por qué os habeis olvidado de un Dios que tiene unos derechos incontestables á que le ameis y le seais agradecidos? ¿Por ventura no es él quien os ha criado, quien os ha dirigido é ilustrado, quien os ha escondido en su pecho y conservado como las niñas de sus ojos? ¿Y aquella admirable madre, en quien alaba el Espíritu Santo la sabiduria y la fuerza de sus palabras, sabes de qué medio se valió para que naciese en el corazon de sus hijos un sentimiento de amor divino, mas enérgico que todo el aparato de los suplicios preparados en su presencia? Pues renunció y cedió en favor de Dios su carácter de madre, dirigiendo toda su sensibilidad filial hácia aquel gran poder *de donde procede toda paternidad en el cielo y en la tierra*, en donde reside el principio y la perfeccion de cuanto la naturaleza tiene de mas tierno y amable. Les hace ver que participan de esta inmensa

magestad por medio de una correspondencia y una conexión infinitamente mas extensa é íntima que cuantos vínculos les unen con la madre que les dió la vida. Hijos míos, exclama, yo no sé quién os colocó en mi seno; ciertamente vuestra madre no os comunicó el alma é inteligencia que teneis, ni tampoco inventó el maravilloso orden de esos miembros, ni menos formó este tejido tan delicado, y esa organizacion tan admirable en que resplandecen los rasgos de la suprema sabiduría: vosotros sois la obra del gran Dios que crió los cielos, produjo la tierra, ahondó la concavidad de los mares, conoce el origen de las criaturas y formó al hombre; obra la mas acabada y perfecta de cuantas salieron de sus manos: últimamente, de aquel gran Dios que es la luz de las inteligencias, la antorcha de la sabiduria, el principio del movimiento, y el último y eterno asilo de todo lo criado.”

“Permanece, pues, Filemon, en medio de esas tiernas y sagradas prendas de una union, cuyo largo olvido debes enmendar de este modo. No hay sobre la tierra un empleo mas honorífico que el de enseñar á los hombres el conocimiento de Dios y el amor á la virtud; ni en ella se encuentra ocupacion de tanto interés y dulzura, como la de emplearse en este tan alto ejercicio, principalmente con los que tienen enlazada y pendiente de nosotros su felicidad, y que amándolos amamos á nuestra propia sustancia. ¡Qué delicia es pensar que aquella criatura que tanto nos interesa y es tan preciosa, *es el santo de Dios, y será llamada el hijo del Altísimo*, y elevada á la posesion de un imperio que ninguna revolucion podrá destruir jamas! ¡Oh religion divina! Tú sola satisfáces y coronas todos los deseos de la naturaleza, y solo para aquellos á quienes comunicas tu gran luz, está reservado gozar en toda su extension del placer de ser padre. Verdaderamente no se puede concebir de qué modo un corazon sensible, atendido el tierno interés que inspiran

los hijos, puede vivir sin las esperanzas de la fé, si las conoce; ni que pueda haber incrédulos entre los padres de familias. ¿Hay por ventura idea mas cruel ni mas capaz de emponzoñar en un corazon paternal el contento que causa la vista de los hijos, que no conocer entre ellos otra existencia real y cierta, sino aquel corto y triste intervalo que media entre la cuna donde oimos sus primeros gemidos, y el sepulcro donde todo es horror, polvo y ceniza? ¿Y quién podrá persuadirse que el paternal amor, mirando al fruto de sus entrañas, no quedará inconsolable si no cree que es inmortal y eterno? ¿Ni cómo su incomparable ternura podrá figurarse que las promesas del Evangelio son un sueño, y que aquel corazon tan cariñoso é inocente no amará algun dia á nadie; que aquellas manos tan suaves y acariciadoras no se asirán á nada, y que nada verán aquellos ojos, en los cuales brilla tanto candor, y á quienes anima una alegría tan amable al encontrarse con los de su querido padre? ¿Cómo, en fin, podrá explicarse á sí mismo la causa de aquel cuidado y amor tan irresistible que la naturaleza le imprimió hácia su hijo, y el deseo tan ardiente que tiene por la conservacion, aumento y felicidad de una cosa tan pequeña y de tan poco valor? Ignoro, á la verdad, Filemon, de qué modo se conduce un impío para consolar á otro á quien encuentra regando con sus lágrimas el sepulcro que oculta las frias cenizas de su hijo único; bien que el consolador debe temer semejantes encuentros, y no puedo dejar de persuadirme que en estos momentos tan crueles el incrédulo mas obstinado cree engañarse secretamente, y espera que el fruto de sus entrañas, cuyas memorias le son indelebles, viva en alguna otra parte mas que en su corazon. ¡Qué triunfo tan grande para la religion que sola ella en el mundo justifique nuestras mas amadas inclinaciones, y que no se la pueda abandonar sin entristecer á la naturaleza en su mas dul-

ce y pura pasión! No, Filemon, nuestro corazón, nuestros afectos, nuestros deseos, y todo lo que más vivamente sentimos en nosotros, nos dice que las relaciones que tenemos con la sociedad, con nuestra familia y con nuestros hijos, son perpetuas, y que nada de cuanto vemos bajar á lo profundo de los sepulcros cesa de existir y de vivir. Los escritores de la religión solamente nos anuncian que los deseos de todo el linaje humano se hallan cumplidos cuando nos revelan, en nombre del Dios eterno que los inspira, que la sociedad infinitamente perfecta de la eternidad es el origen y el modelo de la profunda idea que Dios concibió de formar la sociedad temporal; y que el cuerpo de todas las generaciones humanas es una unidad representativa de aquella que hace de las personas divinas un solo ente, en donde nada se opone ni disuena: unidad que no puede circunscribirse en el círculo estrecho de la duración del mundo, porque lo precedero no puede corresponder á la magestad de un plan trazado por Dios, ni al carácter divino que dió al hombre: unidad por ahora imperfecta, conmovida y agitada por la oposición de los intereses humanos; pero que se adelanta todos los días hácia su origen, sin embargo del conflicto de las pasiones, y se perfecciona con una insensible graduación en medio del trastorno y tumultuoso desorden que causan los que nacen y mueren, hasta que vuelva á ser incorporada en la gran unidad de quien recibe la fuerza que la sostiene en su tránsito admirable."

"¡Cuán bello es, Filemon, ver descender de un origen tan sublime el principio de las virtudes y obligaciones que nos impone el respectivo carácter de ciudadano, de padre, de esposo y de amigo! ¡y qué objeto tan sagrado y tan digno de nuestra veneración y amor es la sociedad mirada bajo de este augusto respecto! Mas ¿qué utilidad se le sigue de la irreligiosa filosofía, cuando hace ésta sus mayores esfuerzos para borrar de ella aquel

gran sello de perpetuidad y de gloria, impreso por la misma religión, queriéndola reducir á una masa aislada, informe y arrojada sin destino, en medio de la duración infinita que le precedió y debe seguirla? ¿No despoja esta filosofía extravagante á la sociedad, en cuyo bienestar pretende ocuparse, de toda la fuerza, verdad y santidad de los derechos que tiene á nuestro amor y sacrificio? Las leyes que nos unen con nuestros semejantes, y que nos hacen personales los bienes y los males de nuestros hermanos, ¿no pierden su más sólida y única sanción? Y esta peligrosa y falsa sabiduría, desnudando así el cuerpo social de su más gloriosa prerrogativa, que es no morir jamás, ¿no le hace titubear hasta en sus más profundos cimientos?

"Nunca, pues, confíes en la sinceridad, y mucho menos en la amistad de esos pretendidos apóstoles de la humanidad, que reducen todo nuestro destino al espacio de una apariencia rápida en medio de los demás hombres. Aquel que después de haber consolado á sus infelices hermanos, ó haber hecho algún servicio importante al público, no espera más recompensa que anonadarse irrevocablemente en un sepulcro, jamás apreciará á los que navegan con él hácia el mismo abismo, y estimará en nada á los que le han precedido, y han de seguirle en esta noche de horror y muerte eterna. La sociedad será para él un vil simulacro á quien, como de paso y casualmente, incensará alguna vez para cumplir con lo que exige la decencia, aunque interiormente lo desprecie y ultraje, y únicamente será un espectáculo respetable y augusto para el hombre religioso, acostumbrado á vivir en la presencia de aquel gran Dios para quien nada muere; de aquel gran Dios que hará que encuentre en su ciudad á sus parientes, hijos, conciudadanos, y á su patria; y que trasladará esta sociedad terrena al lugar de donde ya existía otra eterna, antes de la creación del universo, en los innumerables decretos del Altísimo."

“Así, pues, Filemon, esta gran familia, que nosotros llamamos *sociedad*, si la entendemos bien, y la consideramos en aquella total extension que tiene delante de Dios, que es el Padre, el centro y el vínculo de ella no se compone solamente de los que viven en nuestra edad y con nosotros, sino también de todas las generaciones que ya han desaparecido de la tierra, de todo lo que ahora es glorificado *en el esplendor de los santos*, de todos los justos que vivieron *en los siglos antiguos*, y de quienes decía San Pablo, como hablando con sus verdaderos conciudadanos y verdadera y única familia: *Vosotros habeis llegado ya á la montaña de Sion, en donde está la ciudad del Dios vivo, á la celestial Jerusalem*; en fin, de todo cuanto naciere de la estirpe de Adán, *hasta el fin de los tiempos*, y mereciere ser contado entre los *redimidos del Señor*. Esta es la causa porque la religion ofrece sus oraciones al Eterno, tanto por la felicidad de los que esperan la resurrección en lo más hondo de los sepulcros, cuanto por la salvación de los que están presentes á sus ofrendas y sacrificios, no haciendo de unos y otros sino una sola generacion, de la que nadie ha perecido jamás, y en la que durarán todos tanto como Dios. No se limita tampoco á recordar solamente la memoria de los que dejaron señales indelebles de sus virtudes, como si los que les sobreviven no tuviesen ningun comercio con ellos; sino que presenta al Dios á quien adora, nuestra unidad y nuestra comunicacion íntima *con todas las que nos han precedido en la señal de la fe*, que es el motivo de la tierna confianza *con que nos presentamos delante del trono de la gracia*. Ella nos habla en sus templos, y en medio del grande y tremendo sacrificio que ofrece al Dios de los ejércitos, del justo Abel, de Adán, nuestro padre, del gran sacerdote Melchisedech, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, y de las santas vírgenes, como si fuesen expectadores de cuanto pasa entre nosotros,

é interviniesen en todo cuanto se hace actualmente para perfeccionar el cuerpo de Jesucristo, y completar el número de sus hermanos.”

“¡Qué manantial de consuelo y alegría para los hijos de Dios! ¡y qué recurso no encuentra la tierna y sensible naturaleza en medio de las separaciones y privaciones con que no cesa la muerte de afligirla! ¡Oh vosotros los que sois verdaderos padres, esposos, hermanos, hijos y amigos! vosotros que conoceis la ternura, entendedis lo que digo, y comprendéis cuán amable debe ser la religion á todos los buenos corazones, si se mira por este aspecto tan tierno y delicioso. ¡Oh fé divina! obra la más perfecta y adorable, ¡cuán grande es tu poder para disipar el horror que nos causa la vista del sepulcro donde la inexorable muerte tiene encerrado el dulce objeto de nuestro cariño! ¡Qué luz tan brillante vemos resplandecer de lo alto de aquella gloria, á la cual ya á parar el que ha espirado en nuestros brazos! ¡Oh tierno objeto de mis deseos! La felicidad de mi vida consistía en verte, conservarte y hacerte dichoso. . . . Tú desapareciste como un sueño, pero aun vives. . . . Mis ojos te miraban con singular complacencia en otro tiempo. . . . Ahora te contemplo enagenado; en tí amaba á mi misma sangre, te estrechaba contra mi corazón como una porcion preciosa y amable de mí mismo. Pero en el día, postrado en tu presencia, te tributo una especie de culto al ver en tí un ser divinizado, incorruptible y eterno. Y vos, gran Dios, ante quien todo está vivo, ¿no es cierto que siempre que adoro vuestra magestad inmensa, vuelvo á poseer todo lo que me parecía haber perdido? Sí, en vos encuentro aquel hijo perdido, en vos le veo, le oigo, le halago y le abrazo en la misma fuente de la vida.”

“Te he hecho, Filemon, estas reflexiones para fijar en tí más y más el deseo que te anima de dedicarte á la edu-

cacion de tus hijos, con el fin de manifestarte, aunque brevemente, el punto de vista, bajo el cual debes enseñarles el espíritu y el designio del cristianismo. La religion, bien entendida, es el preservativo mas eficaz que puedes procurarles contra el contagio de la incredulidad, cuya rapidez en los progresos funestos que ha hecho en este siglo, dimana del vicio de la educacion, y de la profunda ignorancia en que vivimos, abismados sobre lo que hay mas digno en la tierra de ser incesantemente estudiado. La juventud entra en el mundo sin ningun principio de creencia, y sin haber comprendido el espíritu y obligaciones prescritas por la fé, de suerte, que tiene una alma enteramente dispuesta á dejarse corromper, y pasa de un golpe, de la indiferencia al aborrecimiento sistemático de la religion, llegando á ser incrédula antes de empezar á creer. Los principios de nuestra educacion doméstica, se reducen á darnos á conocer grandes ridiculeces, en vez de grandes verdades. En los colegios se nos enseña con una prolijidad fastidiosa, lo que aun en edad mas madura no somos capaces de entender, lo que en ningun tiempo nos interesa saber, ó por lo menos, no puede contribuir á hacernos ni mas virtuosos, ni mas felices. Los teólogos examinan en sus escuelas las magestuosas verdades de la religion con unas fórmulas áridas y desabridas, y nos hacen pasar en sistemas frios y especulaciones inútiles, un tiempo que estaria mas bien empleado en trazarnos el cuadro de la fé con toda su hermosura y viveza, en descubrirnos aquel manantial inagotable de grandezas y luces que contiene el depósito de las revelaciones divinas, y en hacernos inmutables en el conocimiento y posesion de todo el cuerpo de la santa doctrina. Los oradores evangélicos, sin exceptuar aquellos á quienes los bellos rasgos de su elocuencia distinguen de la turba de los predicadores, no pueden tampoco lisonjearse de que nos enseñan la ciencia de la reli-

gion, y de ser los preceptores de los hombres en esta vasta y magnífica carrera; porque el que mas hace, nos presenta en sus discursos solo una ú otra pequeña parte de doctrina aislada, y por consiguiente, destituida de la gran fuerza que recibe de su correspondencia y conexion con el plan universal dispuesto por Dios: y despues de haber pronunciado dos ó tres palabras, deducidas de la Sagrada Escritura, únicamente nos proponen y explican un punto de moral cristiana, recogiendo todo lo que juzgan oportuno para la instruccion de sus oyentes. Por este medio se logra conservar el amor de la religion en el corazon de los que la conocen; pero el conocimiento de ella no se enseña á los que no la saben. Esto es tan cierto, como que si un salvage nos preguntase en dónde aprenderia nuestro culto y religion, nos encontraríamos muy confusos por no poder responder á semejante pregunta; y el salvage se admiraria mucho mas al ver que en un pais en donde todo se enseña, y se encuentran tantos establecimientos para todas las ciencias y artes útiles á la felicidad de los hombres, no hay una escuela abierta siempre para todas las clases de la sociedad, en que se enseñe metódicamente la religion (1)."

(1) En efecto, estamos tan faltos de una perfecta educacion en esta parte, que no tenemos obra ninguna que nos trace con toda la exactitud, conexion, grandeza y sencillez el magnífico y sábio plan de la religion en toda su extension y relaciones, como quisiera nuestro autor. Hay excelentes obras y tratados particulares de todas especies, y sobre todos los puntos de religion; pero éstos sirven mas para defender su verdad y dignidad, que para darla á conocer con todo su espíritu y en todas sus partes. Las demas obras, como son: los catecismos, instituciones, &c., bien se ve que no son mas que una suma de los dogmas, y verdades reveladas que debemos saber y creer. Nos falta, por decirlo así, un plan metódico de esta excelente y magnífica obra, y que haga lo que los modelos y los planos elevados en la arquitectura. Una obra, pues, que explicase, si nos es permitido decirlo así, el orden arquitectónico de la religion, es

“No te hablo de esta suerte, amigo mio, animado de un espíritu de crítica y murmuración. ¡Ah! todo es imperfecto en la tierra, y al paso que me lamento al ver la insuficiencia de los arbitrios públicos, para evitar la ignorancia y el olvido de la religion, conozco las grandes dificultades que se oponen á la mejora y mudanza de las cosas. Mi fin solamente ha sido demostrarte la necesidad indispensable que tienen los padres de familia de ejercer un género de sacerdocio doméstico, y constituirse en medio de sus hogares los maestros y apóstoles de sus hijos. Verdaderamente no puede concebirse cómo un padre que conoce la fé, y que vive con la esperanza de sus promesas, puede mirar los tiernos renuevos que crecen á su vista sin derramar lágrimas de admiración, de alegría y de ternura; principalmente si contempla lo que deben ser algun dia aquellos preciosos objetos de sus desvelos y cuidados. Cuando vemos á los hijos de los reyes, siendo aun niños, entretenerse al lado del trono, sin hacer caso de toda la pompa que le rodea, ni pensar todavía en la gloria de su nacimiento, ni en la gran elevación de su destino, no podemos mirarlos sin admirarnos de que á unas criaturas tan pequeñas y débiles estén

decir, su grande y magnífico plan, su sábia economía, su objeto y espíritu, es á mi ver, lo único que nos queda que desear en materia de religion, y lo que haria á esta un gran obsequio. El autor da bastante idea de ella, y aun la trabajó con el título de *Pensamientos sobre la filosofía de la fé*; pero, segun nos dice él mismo, habiendo consultado su trabajo con algunos amigos suyos de buen gusto y delicadeza, le hicieron algunas observaciones, y queriendo aprovecharse de ellas, meditó refundir su trabajo y volverla á hacer de nuevo. No sabemos si lo habrá dejado hecho. Sin embargo, creo pueda servir mucho al intento otra que dice publicó con el título de *Pensamientos sobre la filosofía de la incredulidad*, para hacer ver, por contraposición, la verdadera y sólida filosofía de la fé, y dar una idea de su magnífico y bien arreglado plan. Esta obra quedó concluida, segun indica el autor. T.

reservadas tantas grandezas. Pero si pudiésemos, Dios mio, descubrir todo el valor del carácter con que está marcado el inocente niño que acaba de recibir á los piés de vuestro santuario el sello de la generacion celestial, ¿qué vendria á ser en su presencia toda la pompa y todas las coronas que los hombres dejan cuando descienden á los sepulcros? ¿Dónde está el heredero de los príncipes de quien puede decirse: este niño será grande, porque su poder es eterno, y su imperio jamas padecerá ninguna alteracion? Si solo á los hombres sublimes está reservado el presidir á la educacion de los soberanos, engrandecer su alma, y hacer que sus costumbres adquieran una forma y modales nobles y reales, ¿cuál debe ser la elevacion y la superioridad de aquella persona destinada á desenvolver en las tiernas criaturas el germen de la divinidad que reside en ellas, amoldándolas, por decirlo así, segun la forma del infinito? ¡Oh preciosa infancia! ¿quién podrá verte sin amarte? ¿y quién podrá amarte sin llorar la inconcebible ceguedad de aquellos padres crueles que no aprecian en tí sino las instrucciones que te dan para pervertirte, atormentarte y perderte como ellos?”

“Así, pues, Filemon, para decirte en pocas palabras mis ideas relativas á los medios de que debes valerte para que hagas amar y conocer la religion á tus hijos, la primera y principal es, que nunca olvides que todo el buen efecto de tu celo, depende de que comprendan bien el espíritu y verdadero designio de la fé; y para conseguirlo, debes alimentarte y empaparte en la lectura y meditacion de los libros santos; y cree que solo de esta fuente podemos sacar aquella abundancia, altura, unción, dignidad y autoridad toda divina, que nos hace capaces de las cosas mas grandes. Cree que allí solamente se encuentra el verdadero principio que fija nuestras ideas de órden, de justicia y de felicidad: y por último, cree que

allí únicamente se hallan los espectáculos dignos de la inmensidad de nuestra imaginación, los objetos proporcionados á la necesidad que tienen las grandes almas, y los sentimientos propios para excitar toda la ternura del corazón menos sensible.”

“Porque si analizamos bien á los hombres, conoceremos que lo que mas los aparta de buscar los bienes que propone la fé, es una enfermedad superior á todo el poder del raciocinio; y solo el que sabe hacer que tome parte la naturaleza en los intereses de la religion, es el verdaderamente destinado para hacérsela adorar. Muy rara vez vemos que la razon sola determine nuestras costumbres, estimación, elección y conducta. De todas nuestras potencias, sola la imaginación y el corazón deciden de nuestros gustos, de nuestras opiniones y de nuestras costumbres; porque los objetos nos arrastran, segun la impresión que nos causan. Mas esta disposición inherente á la imperfección de toda la naturaleza humana, es principalmente el carácter particular de la juventud. Sus almas inexpertas no saben en cierto modo sino mirar y sentir, y no tienen por reales y verdaderos, sino los objetos que perciben los sentidos del tacto y de la vista. Fuera de esto, todo es nada para ellos. Nosotros mismos, Filemon, somos tambien jóvenes en este particular toda nuestra vida; y cuando queremos excitarnos al amor de la religion, conocemos la necesidad de tocarla y tenerla en nuestras manos, porque así se presenta mejor al alcance de nuestra imaginativa y de nuestro corazón, y tiene por su parte mas proporción con lo que mas nos mueve y hierde en la economía de la naturaleza y de la sociedad. El gran secreto de hacer amable la fé, es el de hacernos admirar la perfección y el último grado de cuanto buscamos por todas partes y con mas pasión; es decir, el manifestarnos en la gran salud que Jesucristo trajo á la tierra, la suma total de todo lo que el hombre

desea, las verdaderas riquezas y la gloria sólida, la soberana prosperidad y la gran fortuna. No es esto decir que el establecimiento del reino de Dios pueda ser jamás obra de la prudencia humana; sino que, supuesto que Dios confia á los hombres la función honorífica de preparar sus caminos para el triunfo de la gracia, deben servirse de todo, hasta de nuestras pasiones y debilidades, á fin de conducirnos á entrar en aquella gran luz, en donde ya no hay necesidad de lecciones ni preceptos.”

“De esta suerte el Señor, que llama igualmente á la vida eterna á los mas rudos de los hombres que á los de mas elevados talentos, circunscribió toda la religion á una regla y orden de sucesos que la hacen palpable á todos, y le dan un ascendiente victorioso sobre las almas rectas y sensibles. Todo es en ella imágenes que hablan á los ojos, y accesibles á la comprensión de las personas menos cultas y ejercitadas. Desde aquel instante en que Dios, rompiendo su eterno silencio, mandó á la luz que saliese de la noche del caos, hasta el establecimiento de su pueblo en la tierra de promisión, y el triunfo de su culto en medio de Jerusalem, todo es una serie de hechos y prodigiosos acaecimientos, que siempre excitarían la curiosidad de los hombres, aun cuando aquel magestuoso aparato no se dirigiese á un fin que tanto nos interesa. Verdaderamente no puede leerse la historia sagrada, sin advertir que en otro tiempo hallaban los hijos de los patriarcas y profetas el consuelo de sus largos deseos, el premio de sus esperanzas y el apoyo de su fé en la memoria continua de las maravillas obradas por Dios para la fundación de su eterno imperio, á pesar de las extraordinarias vicisitudes que alteraban su plan frecuentemente. Los padres no enseñaban la religion á sus hijos, sino mostrándoles los monumentos de todo aquello que Dios habia hecho en favor de sus mayores, y exponiendo á sus ojos aquella larga serie de acaeci-

mientos y milagros que preparaban desde tanto tiempo la venida del gran día en que todo debía ser consumado con la muerte del Cristo del Señor. “¿Qué cosas tan grandes, exclamaba David, encomendó Dios á nuestros padres para que las trasmitiesen á sus hijos, con el fin de que nuestra posteridad no ignorase lo que se nos había referido! Los hijos que nacerán de nuestros descendientes anunciarán los mismos prodigios á los suyos, y así se conservará siempre la memoria de las obras de Dios, y los hombres de todas las edades pondrán en él su esperanza y perseverarán fieles á sus preceptos.”

“Mucho tiempo hace, Filemon, que algunos escritores, llenos del espíritu de la sana y venerable antigüedad, se esfuerzan todo lo posible para que se reconozca este método tan natural, tan fácil, y tan seguro de enseñar y hacer amable la religion. En efecto, ¿no es una de las mayores pruebas de su divinidad, su admirable historia y la magestad de su espectáculo? ¿Cómo, pues, un medio de instruir, que con tanto fruto emplearon nuestros padres, se ha abandonado en nuestros días, y todo el arte de la única enseñanza necesaria á los hombres se ha reducido solamente á abrirnos de tiempo en tiempo las puertas del templo, en donde encontramos un ministro de la religion, exponiendo sus propias reflexiones sobre un punto aislado y escogido casualmente del cuerpo de la santa doctrina? ¿Cómo puede haberse olvidado el sagrado depósito de las divinas Escrituras, que pertenece á todos los hombres, que es el patrimonio de todos los hijos de Dios y la gran riqueza del universo? ¿Y cómo no nos admiraremos al ver la profunda ignorancia en que están todos los fieles de la union é íntimo enlace de las cosas que componen la esencia de la religion? ¡Ah! cuando un israelita religioso queria recogerse á admirar en su interior la conducta de los profundos fines de la divina sabiduría, le bastaba repasar

en su memoria lo que se le habia enseñado de Noé, Abraham, Isaac y Jacob; y David se presentaba ante la magestad santa con una alma asombrada y sorprendida al considerar la grandeza de los planes de Dios. Entonces era cuando entonaba aquel sublime cántico: “¡Oh eterno Dios! nosotros hemos escuchado con nuestros oídos, y nuestros padres nos han referido tambien la obra que vuestro poder ejecutó en sus tiempos y en los siglos antiguos.”

“Ahora que la historia de la religion está ya completa, y que vivimos en unos tiempos en que están ya aclarados todos los misterios antiguos y nuevos; en el día que no tenemos que presenciar ninguna otra mudanza, porque el estado actual de la religion permanecerá el mismo hasta el momento de la ascension triunfante de la Iglesia al seno de la gloria de Dios; en el día que todo el secreto de los arcanos divinos se nos ha descubierto con toda la claridad posible, que todo anuncia el fin de la consumacion de los designios de Dios, que el leon de la tribu de Judá ha vencido, que los templos de Cristo se elevan sobre todos los monumentos humanos, y que innumerables torres tocan al cielo con la cruz que selló la salud del universo; en el día, finalmente, en que todo está revelado y explicado, nada desconocido, viven los cristianos llenos de preocupaciones confusas, no han visto toda la magestad del edificio de la fé, ignoran aun el origen y fin de todo lo criado, no han percibido tampoco el inexplicable concierto, correspondencia, é íntima conexión que reina en las obras de Dios; ni menos se les ha demostrado las relaciones que unen el antiguo testamento con los misterios de la última alianza. ¿Y qué ha resultado de esta negligencia en el estudio y enseñanza de la religion? Que el perfecto conocimiento de las divinas Escrituras casi se ha perdido enteramente, y que la lectura de ellas ha llegado á ser la mas in-

grata y fastidiosa para el comun de los hombres; que no se tiene idea del designio y verdadero espíritu de la fé, y que se miran como extraños todos los acontecimientos anteriores á nosotros. Ya no pensamos en que Dios nos tuvo presentes desde el principio del mundo; que nosotros somos el objeto de todas sus determinaciones, la realidad de todas las figuras y cumplimientos de las profecías; que por nosotros hubo un Abrahan y Patriarcas, un Moisés y Profetas, una Jerusalem y un templo; y que todo ha sido criado y subsiste para los santos. De aquí proviene el poco aprecio de nuestra vocacion; el ascendiente casi siempre victorioso de nuestras pasiones é intereses, la inestabilidad de nuestra justificacion, la facilidad con que los hombres sacrifican todos los dias sus esperanzas eternas, y las promesas del Evangelio al péfido placer de vivir á voluntad de la ambicion y del orgullo. De aquí dimana el deplorable éxito con que una filosofia perversa se ha atrevido á emprender el descrédito de la religion, y la ruina de toda creencia y de todo deber. En el nacimiento del cristianismo bastaba que un Apóstol refriese en medio de numerosos concursos la conexion íntima que tenian los misterios de Jesucristo con todos los acontecimientos aparecidos en la inmensidad de los tiempos que precedieron á su resurreccion, para que millares de hombres se postrasen al punto delante de su cruz, y pudiesen ser incorporados en su alianza. No habia resistencia á un órden de tanto embeleso y tan digno de quien era su centro y su fin. En el dia los impíos no se convierten, y los buenos no perseveran; porque aquellos no han visto la verdadera luz, y éstos solo la han columbrado. Unos y otros viven *sin conocer el don de Dios* en la verdad y extension de su grandeza. Solo así puede concebirse cómo es fácil que puedan desecharle y renunciar á él.”

“¿No es verdad (decian entre sí los discipulos á quie-

nes habló Jesucristo despues de su resurreccion del modo con que se cumplió cuanto se habia escrito de él), no es verdad, que mientras nos manifestaba el sentido de las Sagradas Escrituras sentiamos abrasados nuestros corazones con un fuego todo divino? Ahora bien: cuando el Salvador les enseñaba sobre los misterios de su abatimiento y de su gloria lo unia con todos los acontecimientos, profecías é historia de los tiempos figurativos, comenzando, dice el Evangelio, por Moisés y por todos los profetas. Y este enlace de la antigua y nueva alianza que presenta un mismo cuerpo de religion, una misma serie de designios, una armonía en que brilla toda la magnificencia de la sabiduría infinita, y una imágen llena de sustancia y magestad, es el que infunde en el corazon de los discipulos aquel arrobamiento y fuego celestial que los penetra y trasforma en otros hombres.”

“Estéban, dicen los hechos de los Apóstoles, lleno de gracia y fuerza divina, asombraba á cuantos oian sus discursos, y nadie podia resistir á la abundancia y excelencia del espíritu que hablaba por su boca. *Hermanos míos*, les decia, *estadme atentos*. ¿Qué es lo que quiere anunciarles? Manifiéstales las maravillas de Dios, y compará los acontecimientos mas ocultos de los siglos antiguos con los que acaban de ver cumplidos en la persona, muerte y resurreccion de Jesucristo. Una voz del cielo fué la que arrancó á Abrahan de los brazos de la idolatría. Dios le acompaña en su fuga, le colma de bendiciones, hace que le admiren los extrangeros, y que su nombre vuele hasta los términos del universo, y honra su vejez con el nacimiento de un hijo milagroso. Esta familia amada del Señor se extiende y multiplica como las arenas del mar. No es ya una familia, es una nacion la que llega á ser el único objeto de los continuos cuidados del Omnipotente. . . . Dios le da un gefe á quien reviste con todo su poder y autoridad: habla

Moisés, y los milagros siguen sus pasos, las olas braman en su presencia, el Océano separa en dos montañas sus espumosas ondas, y el abismo levanta al cielo sus enormes manos. . . . El Eterno llueve de lo alto de las nubes el alimento para un pueblo innumerable. Del seno de las rocas, levantadas en medio de un árido desierto, nacen torrentes que se precipitan y derraman por las ardientes arenas. . . . Está decretado en el consejo del Altísimo, que libertados los hijos de Abrahan, Isaac y Jacob de la esclavitud de Faraon, entren en la tierra de sus mayores, y al solo nombre del valeroso Josué, tiemblan los enemigos del pueblo de Dios. A su voz los astros se paran, las fortalezas y baluartes se arruinan, titubean los tronos, se destruyen los imperios, é Israel canta en paz, en el templo mas magnífico que jamas ha existido en todo el universo, las misericordias eternas del Dios que los sacó de Egipto. . . . He aquí los augustos preparativos del gran día del Evangelio. He aquí el espectáculo que hace brillar con un resplandor divino el rostro de Estéban, y que mucho tiempo antes ofreció á David el asunto de la poesia mas rica y sublime que han visto los hombres.”

“Ved tambien pintado, con los enérgicos pinceles de San Pablo, el descenso de la eterna religion á la tierra desde lo alto de la inmensidad divina; como viene á habitar en Adan, que es su primer templo entre los hombres, y á explicarle, por qué Dios acababa de criar un mundo y una criatura inteligente capaz de adorarle. Ved cómo la virtud divina conserva siempre á la religion un santuario en medio de la degradacion del linage humano; cómo nada con Noé sobre las ondas que se han tragado la tierra con todas las pasiones y desórdenes, y con qué magestad y sábia lentitud se encamina por medio de los siglos, las revoluciones, los choques y los trastornos de los imperios hácia el último de los dias. . . . Ved cómo insensiblemente y por grados se desprende del velo

misterioso que la cubre, al paso que se adelanta hácia su fin; y cómo necesariamente cede todo en el universo á la fuerza del que quiere que triunfe en él de toda soberanía y de todo poder. Ved cómo todos los hombres y todos los reinos, con todas sus vicisitudes, empresas, victorias, ruinas, y con todos los grandes movimientos que los agitan, preparan, sin pensarlo, los caminos á la aparicion de la gran luz que trae consigo, y cómo en la plenitud de los tiempos viene al fin para el cumplimiento del gran misterio de piedad, profetizado y esperado desde el principio del mundo, subsistente y visible en medio de nosotros. Ved en qué Océano de dones y riquezas hace la religion que se engolfe todo el linage humano: cómo se incorpora con nosotros, deifica nuestra naturaleza; cómo hace que todos sus hijos participen de la alianza, inmortalidad y gloria de Cristo Hijo de Dios; y cómo hace del siglo futuro, y de todos los que han recibido sus promesas, un solo cuerpo, una misma familia, que el Dios de la eternidad recogerá el último día en su esplendor, y vivirá en ella por los siglos de los siglos.”

“¿Qué padre serás tan respetable y digno de amor, Filemon, si aciertas á poner á tus hijos en posesion de esta gran sabiduría, que no he hecho mas que bosquejarte rápidamente, y los conduces sobre este plan al conocimiento y aprecio de esta religion tan maravillosa y adorable, cuyo angusto sello han recibido!”

“Tales cuales sean las consideraciones que acabo de comunicarte, las creo suficientes para que ames la mas santa, la mas sublime, y la mas dulce de las obligaciones, y para convencerte de que Dios no te llama á un estado incompatible con las obligaciones y cuidados que la naturaleza y religion te imponen con un grito tan unánime y tan vivo. Es verdad que no hay vida tan afortunada y feliz como la de un buen cartujo; pero tambien es cierto que no hay cosa tan divina como formar los di-

chosos herederos de la eternidad; así como á la ternura paternal nada le es tan dulce y delicioso como asegurar á quien le es tan amada la posesion de unos bienes que nunca perecen. Vos, Señor, lo habeis dicho. El hombre que huye del tumulto de las ciudades, y escondido en lo mas enmarañado de una tranquila soledad, estudia y medita para su propia utilidad los preceptos de vuestra santa ley, brillará como un astro del firmamento delante del trono de vuestra adorable magestad. Pero el que al cuidado glorioso de su instruccion y santificacion personal añade el de ilustrar y salvar á sus semejantes, hermanos, parientes é hijos, á manera de aquella estrella que vemos correr en el vasto azul de los cielos, deramará en la inmensidad de los siglos eternos todo el gran resplandor de su luz y de su gloria.”

CAPITULO VII.

REGLAS PARA LA CONDUCTA EXTERIOR DEL HOMBRE RELIGIOSO.

Al llegar á este pasage, exclamó así Filemon: Yo me someto, oh Dios mio, á esta tan cuerda y luminosa decision, como á un oráculo de vuestra voluntad suprema y adorable; y bendigo mil veces en mi corazon al hombre virtuoso que de todo se vale para afirmar mi fé, y que al trazarme el plan de educacion para mis hijos, me ilustra al mismo tiempo acerca de las bellezas y caracteres de excelencia que estaba yo bien distante de percibir en la religion. Tiene razon, me decia yo á mí mismo, para admirarse de que haya malvados é impíos sobre la tierra, desde que la luz del Evangelio ha venido á brillar en ella á la vista de los hombres. Quién mire la religion del modo que él la miraba, debe tener por imposible el crimen de desconocerla y profanarla.

Insinúele que queria vivir solo en el centro de mi casa, y que separado del mundo, en medio del mundo mismo, pasaria el resto de mis dias dedicándolos únicamente á Dios y al cuidado de mis hijos.

“No apruebo, me respondió, las resoluciones demasiado severas. La de romper enteramente el trato con los demas hombres, no la dicta el espíritu de la verdadera y amable piedad, y acaso no serviria mas que de hacer despreciable á los ojos del mundo su carácter interesante. Tiene esta clase de rompimientos repentinos no sé qué de molesto y enfadoso, que la malignidad no pierde la ocasion de hacer notar para desacreditar la virtud y ridiculizar los rectos sentimientos de los hombres de bien. Los talentos frívolos y disipados que no tienen un verdadero conocimiento de la religion, no juzgan de ésta sino por las costumbres é indole de los que se dedican á ella. Suponen siempre que la conducta del Evangelio no puede ser otra que la práctica de su doctrina, y si llevamos á muy alto punto la austeridad de nuestras precauciones y desconfianzas, dirá el mundo que el cristianismo destruye todas nuestras cualidades sociales; que no es bueno sino para hacer hombres misántropos é inútiles á los demas; y los que sientan cualquier deseo de abrazar la virtud, vivirán alerta, por decirlo así, contra sus remordimientos y temores, por no hacerse tan sombríos é intratables como nosotros. Entre los verdaderos cristianos es donde deben hallarse los hombres mas amables y los ciudadanos mas perfectos. El gran timbre de la religion es el de que, siendo bien entendida y practicada segun su verdadero espíritu, da un humor dulce y atractivo, un corazon benéfico y afable, y unas inclinaciones amistosas y humanas á las personas mas intratables y salvages. Muchos santos hay que han debido el primer movimiento que motivó la obra de su conversion á la dicha de haber encontrado con

chosos herederos de la eternidad; así como á la ternura paternal nada le es tan dulce y delicioso como asegurar á quien le es tan amada la posesion de unos bienes que nunca perecen. Vos, Señor, lo habeis dicho. El hombre que huye del tumulto de las ciudades, y escondido en lo mas enmarañado de una tranquila soledad, estudia y medita para su propia utilidad los preceptos de vuestra santa ley, brillará como un astro del firmamento delante del trono de vuestra adorable magestad. Pero el que al cuidado glorioso de su instruccion y santificacion personal añade el de ilustrar y salvar á sus semejantes, hermanos, parientes é hijos, á manera de aquella estrella que vemos correr en el vasto azul de los cielos, deramará en la inmensidad de los siglos eternos todo el gran resplandor de su luz y de su gloria.”

CAPITULO VII.

REGLAS PARA LA CONDUCTA EXTERIOR DEL HOMBRE RELIGIOSO.

Al llegar á este pasage, exclamó así Filemon: Yo me someto, oh Dios mio, á esta tan cuerda y luminosa decision, como á un oráculo de vuestra voluntad suprema y adorable; y bendigo mil veces en mi corazon al hombre virtuoso que de todo se vale para afirmar mi fé, y que al trazarme el plan de educacion para mis hijos, me ilustra al mismo tiempo acerca de las bellezas y caracteres de excelencia que estaba yo bien distante de percibir en la religion. Tiene razon, me decia yo á mí mismo, para admirarse de que haya malvados é impíos sobre la tierra, desde que la luz del Evangelio ha venido á brillar en ella á la vista de los hombres. Quién mire la religion del modo que él la miraba, debe tener por imposible el crimen de desconocerla y profanarla.

Insinúele que queria vivir solo en el centro de mi casa, y que separado del mundo, en medio del mundo mismo, pasaria el resto de mis dias dedicándolos únicamente á Dios y al cuidado de mis hijos.

“No apruebo, me respondió, las resoluciones demasiado severas. La de romper enteramente el trato con los demas hombres, no la dicta el espíritu de la verdadera y amable piedad, y acaso no serviria mas que de hacer despreciable á los ojos del mundo su carácter interesante. Tiene esta clase de rompimientos repentinos no sé qué de molesto y enfadoso, que la malignidad no pierde la ocasion de hacer notar para desacreditar la virtud y ridiculizar los rectos sentimientos de los hombres de bien. Los talentos frívolos y disipados que no tienen un verdadero conocimiento de la religion, no juzgan de ésta sino por las costumbres é indole de los que se dedican á ella. Suponen siempre que la conducta del Evangelio no puede ser otra que la práctica de su doctrina, y si llevamos á muy alto punto la austeridad de nuestras precauciones y desconfianzas, dirá el mundo que el cristianismo destruye todas nuestras cualidades sociales; que no es bueno sino para hacer hombres misántropos é inútiles á los demas; y los que sientan cualquier deseo de abrazar la virtud, vivirán alerta, por decirlo así, contra sus remordimientos y temores, por no hacerse tan sombríos é intratables como nosotros. Entre los verdaderos cristianos es donde deben hallarse los hombres mas amables y los ciudadanos mas perfectos. El gran timbre de la religion es el de que, siendo bien entendida y practicada segun su verdadero espíritu, da un humor dulce y atractivo, un corazon benéfico y afable, y unas inclinaciones amistosas y humanas á las personas mas intratables y salvages. Muchos santos hay que han debido el primer movimiento que motivó la obra de su conversion á la dicha de haber encontrado con

hombres justos, llenos de amenidad, de dulzura, de misericordia y de indulgencia para con todos los hombres; que no se movieron en un principio sino de la saludable emulacion que excita en nuestros corazones la vista de aquel que es mas amable y dichoso que nosotros; y que no empezaron á imitarlo sino por deseo de enriquecer su alma con tan bellas cualidades, y adquirir un carácter igual al suyo. Jesucristo no dijo á los que recibieron su nombre y su espíritu que viviesen apartados de todo y que no se dejasen ver de los demas hombres: por el contrario, quiso que la luz brillase en medio de los profanos, á fin de que el mundo admire el poder de su doctrina para hacernos buenos y útiles, y porque sintamos la necesidad de buscar en su mismo origen lo que hace los verdaderos sábios y dichosos de la tierra. Compara su Iglesia á un campo, en el cual deben crecer y perseverar juntos el trigo y la neguilla hasta el dia de la siega; y esta mezcla forma de tal suerte parte del plan de la divina sabiduría, que lo que mas nos hará admirar su profundidad en el dia de la revelacion de su gloria, será el ver cómo todo habrá servido para la formacion, aumento y consumacion del cuerpo eterno de los escogidos, y cómo los mas grandes males y los mas deplorables escándalos han contribuido al triunfo de la gracia de Jesucristo en sus santos.”

“Amemos á los hombres, Filemon; la religion no entibia el amor que debemos profesar á nuestros semejantes; pues ella es quien da un buen corazon á los mas pervertidos, y humaniza el natural mas duro y feroz: parece que se les desprecia siempre que se hace estudio de huirlos; y no es lícito darles una idea tan melancólica é injusta de los sentimientos y de los principios que la fé inspira á aquellos que la profesan. Lo que ella nos prohíbe, no es la vista, ni la sociedad de nuestros hermanos, que no han sido ilustrados de lo alto, y que aun yacen

bajo el yugo de las ilusiones y de los errores humanos; tan solo nos advierte que no nos conformemos con el espíritu de este siglo, y que cuidemos de no contagiarnos con los malos ejemplos. Las miras de Dios en la conversion de los pecadores, no se limitan precisamente á la libertad y salud personal de aquellos á quienes aparta del camino de la perdicion; tienen un objeto mas extenso, y mas digno de la inmensidad de su misericordia. Quiere que cada conquista de su gracia, sea como una *semilla de escogidos*, y que aquel á quien su poderosa voz ha hecho salir del fondo del sepulcro, sea colocado en medio de los que aun yacen en las tinieblas para ser el instrumento de su resurreccion. ¡Oh Filemon! un hombre es un ente tan grande, por la excelencia de su naturaleza, y sobre todo, por su aptitud para poseer y conocer al infinito, que aun debemos respetar y amar en los mas depravados la posibilidad misma de su conversion á la soberana verdad, y honrar en ellos aquel venerable germen de santificacion que reside en medio de su corrupcion, y al cual puede reanimar y desenvolver de repente el espíritu de Dios, para manifestar su gloria y la superioridad de su sabiduría sobre el orden de las verosimilitudes humanas.”

“Acuérdate de que la fé nada ha venido á alterar de nuestras relaciones y de nuestra correspondencia con los demas hombres: que la sociedad es obra de Dios, así como la creacion: que el Evangelio, que es uno de sus mas firmes vínculos, no puede ser contrario á su conservacion: que él ha venido á ilustrarnos y santificarnos en nuestro estado de conciudadanos: que por consecuencia, nuestra santidad, así como nuestra existencia, debe servir á la utilidad de nuestros semejantes, y ser una parte esencial de todas las cualidades que nos hacen perfectos para con nosotros mismos, y buenos para con los demas. ¿Qué seria del mundo si no hubiese en él mas que hom-

bres sin religion, sin ley, sin costumbres, y sin principio alguno estable de sociabilidad? ¿Sabeis por qué el vicio observa en él ciertas medidas, y no osa traspasar ciertos limites? Es porque la virtud le impone en todas las cosas la necesidad de observar decencia, y porque el contraste de los hombres de bien, opone por todas partes una resistencia sorda é invisible á la intemperancia de todas las pasiones. Aunque el espíritu de libertinage y de impiedad hace alarde de ostentar una loca independencia, es, no obstante, muy cierto que en la clase de los siervos fieles de Dios hay una fuerza secreta que modera la osadía, contrabalanza los escándalos, y resiste incesantemente á los esfuerzos que hacen por corromperlo y trastornarlo todo sobre la tierra. Si se destruyese esta cohabitacion de los hijos de Dios con los hijos de los hombres, y éstos se viesen libres del freno de las atenciones, de las condescendencias y de ciertas decentes exterioridades, no se hallaria un solo principio de seguridad y de consistencia social; se perderia el último recurso que resta en medio de la decadencia de las virtudes sociales, esto es, el freno de las costumbres públicas."

"Tú mismo puedes hacerte muy palpable esta reflexion, con el solo recuerdo de tus antiguas costumbres. ¿No es verdad que cuando vivias solo con Oronte, formábais una compañía seguramente bien depravada? ¿que vuestras máximas eran abominables, vuestros discursos escandalosos; y que vuestras acciones, vuestros proyectos, vuestros paseos, vuestrar locas extravagancias, y toda vuestra correspondencia libertina, estaban marcadas con el horrible sello del abandono y de la corrupcion? ¿que estábais prontos á sacrificar el mundo entero á vuestra desenfrenada pasion de gozar? ¿que cualquiera de los dos habria inmolado al otro á su felicidad personal? ¿que habríais trastornado todo un imperio, si vuestro poder hubiese igualado á vuestra perversidad, y si un trastorno

semejante hubiera podido servir á la satisfaccion de un solo deseo vuestro? Pero únese á vosotros un tercero, un hombre tal como me has pintado á Teófilo: he aquí ya una sociedad que ofrece un aspecto enteramente distinto; he aquí tres hombres decentes, honestos, benéficos y modestos; he aquí un lenguaje, una conducta y unos principios del todo nuevos: la apariencia es tan uniforme, que no se distingue el que la ha ocasionado y posee la verdad de la sabiduría de los que solo imitan el acento y los modales. Te es bien fácil, Filemon, aplicar este ejemplo á todo el cuerpo de la sociedad, y formarte una idea de las ventajas y los recursos de que es deudora á la dicha de tener en su seno fieles discípulos de la religion."

"No hay decir, Filemon, que todo el fruto de esta suerte de apostolado mudo é imperceptible, que ejercen en medio del mundo los hombres de bien que viven mezclados con los perversos, se reduce á formar algunos hipócritas y embusteros, y que las falsas apariencias jamas podrán producir un verdadero bien."

"Porque, en primer lugar, nada honra tanto á la religion, como la necesidad en que se ven los violadores de sus preceptos de contradecirse á sí mismos, por contrahacer su carácter, ó de ocultarse á la vista de los demas hombres, para atropellar impunemente las virtudes y las obligaciones que ella nos prescribe. Los ciudadanos religiosos son los que desacreditan é infaman la audacia de ser impio; y nada atrae mas eficazmente los corazones perversos al camino del Evangelio, como el verse precisados á aparentar respeto por las leyes, si quieren parecer buenos y apreciables."

"En segundo lugar, la hipocresia es un mal personal de aquel que profana la verdad dentro de su corazon; pero es un bien público por cuanto imita los sentimientos y las acciones útiles á la sociedad; en cuanto hace,

por lo menos, horrorosos y abominables los vicios, y no perturban éstos la circulación de los servicios y de las obras que mantienen la unidad y armonía social; en cuanto obliga á los mas depravados á llevar al comun depósito su contribucion de justicia y de prudencia para el mantenimiento del orden y de la seguridad universal; y en fin, en cuanto contiene al malvado en medio de sus turbulentas excursiones, y en el momento en que empieza el estrépito y la publicidad de su degeneracion y de su infamia.”

“En tercer lugar, es muy raro que el estragamiento de un espíritu que ha abandonado la religion, sea tan extremado que todo sea falsedad en las acciones y en el lenguaje de aquel á quien la presencia de un hombre virtuoso contiene en los limites de la moderacion y de la decencia. Por lo comun, llega á percibir una impresion real é íntima de virtud, de religion y de sabiduría; no se siente desmentido por su razon y por su conciencia en los esfuerzos que hace para hablar y obrar como hombre justo, ni halla en sí otra cosa contraria á lo que aparenta, que el grosero desmentimiento de sus sentidos y de sus hábitos brutales. Por el contrario, siente en el fondo de su alma un no se qué de sano y razonable, que le advierte que hay en su corazon alguna semilla de virtud. Tú has hecho, Filemon, la prueba de este estado en la compañía del virtuoso Teófilo, cuando aun vivias, segun el espíritu de esta filosofía que cree apartarnos de Dios y de nuestra conciencia; y te acordarás muy bien de que habia algo mas que ficcion en el modo y en el tono prudente que su presencia te obligaba á tomar. Bien te acordarás de lo que pasó en aquel templo en que la casualidad os hizo entrar una vez: acaso yacerias el día de hoy en las tinieblas, si no hubieras visto hombres justos en los dias de tus errores, y no hubieses tenido amigos en la clase de los amigos de Dios.”

“No corrias tú mas riesgo en conservar las relaciones que te prescriben, como indispensables, tu clase y tu estado, que Teófilo en tratarte en un tiempo en que tan poco te parecias á él. Si el espíritu y las costumbres del mundo se redujesen, como en otro tiempo, á derramar sobre la austeridad de las obligaciones evangélicas las dulzuras de la sensualidad y de la indolencia, y á querer conciliar el cristianismo con nuestros defectos y flaquezas; nuestro comercio con él presentaria un obstáculo mas temible á nuestra perseverancia en la alianza de Jesucristo: entonces sí que seria necesario huir y buscar en las montañas y en las cavernas de la tierra un asilo contra la seduccion de un artificio tan pernicioso. Pero el mundo, á fuerza de depravarse, ha dejado de ser peligroso, y hay una gran distancia de las costumbres de un verdadero cristiano á las de un insensato del presente siglo, para que la vista del desarreglo que nos rodea, pueda hacer vacilar nuestra adhesion al Evangelio. Por el contrario, este espectáculo no sirve mas que de afirmar nuestra fé, y de apretar mas los nudos que nos unen con Jesucristo; y no hay hombre sensato, que al salir de las ocurrencias donde se ven y oyen las locuras de los hijos de la tierra, no diga para sí como Salomon: *¡Oh sabiduría! al entrar en mi morada, voy al fin á reposar en tu seno amable. Tú sola eres la que nos das los verdaderos placeres, y cuyo comercio está exento de todo disgusto y amargura.* Jamas fueron los hijos de Israel mas celosos ni mas religiosos observadores de la ley santa, que en medio de los escándalos y abominaciones de Babilonia. Desde este pais extrangero tuvieron sus llorosos ojos fijos siempre en los muros de Jerusalem, y recogíendose dentro de sí mismos, á vista de la impiedad que ofrecia sus inciensoes á los dioses de oro y plata, exclamaban con un tierno ardor: *Solo vos, oh Señor, debéis ser adorado.* Por el contrario, su comunicacion con los

escribas y fariseos en medio de Jerusalem, era para ellos un escollo mil veces mas temible y peligroso que todos los excesos de la idolatria. Esto consiste en que nosotros tenemos mas horror á renunciar desafortadamente á la virtud, que fortaleza contra la tentacion de alterar las reglas, y acomodarlas á nuestros gustos y á nuestra indolencia. Cuando en los tiempos de la Iglesia naciente no veian los fieles al rededor de sí mas que judíos endurecidos y ciegos que blasfemaban del nombre de Jesucristo, ó paganos que desconocian al solo Dios verdadero, y se abandonaban á todos los excesos de la mas vergonzosa y brutal corrupcion, no tenian los apóstoles necesidad de precaver á sus discípulos contra el efecto de semejantes ejemplos, ni jamas fueron conocidas y practicadas las virtudes del cristianismo en un grado tan admirable y tan heroico. Los hijos de Dios se juntaban sin temor y sin desconfianza con unos hombres cuyos desórdenes no podian serles contagiosos. San Pablo dirige sus cartas instructivas y consolatorias, no solo á los cristianos que viven juntos en familias, y que se dedican únicamente á la práctica de las santas virtudes y de su vocacion, sino tambien á los domésticos del César, que tienen á su cargo el manejo de los negocios públicos, junto con los infieles."

"No es, pues, la necesidad de huir de los impíos, y evitar la vista del trastorno de las pasiones, la que produjo en el cristianismo la idea de alejarse del mundo y retirarse á habitar en los desiertos; la decadencia de las costumbres evangélicas en el mismo seno de la Iglesia de Jesucristo, fué la que escandalizó y movió á tomar semejante determinacion á los primeros anacoretas. Cuando despues de publicada la religion, se empezó á ver desfigurado el Evangelio con formas profanas, y el espíritu del mundo hizo sus esfuerzos para oscurecer con interpretaciones y paliativos la severidad de su doctrina; en

tonces fué cuando el fervor de los santos se asustó del peligro que le amenazaba, y los fieles siervos de Dios trataron de separarse de sus hermanos, desprenderse de sus posesiones, y sepultarse en el seno de los bosques, para conservar, con toda su pureza, el eterno é incorruptible depósito de la doctrina y de los preceptos de Jesucristo. He aquí el origen de los establecimientos monásticos. Así que, no fué el temor de imitar á los perversos, ó de ser seducidos por el espectáculo de la extrema corrupcion, la que pobló de improviso los páramos ocultos, y condujo á los hombres á las horribles cavernas de las fieras; sino el riesgo de prevaricar bajo el signo mismo de la cruz, y en medio de los abusos y relajaciones de un cristianismo que habia llegado á tocar en el ápice de la imperfeccion y miseria humana. Solo las falsas virtudes de los que viven entre nosotros, son las que nos exponen al peligro de estragarnos y de perdernos. La evidencia y el exceso de los vicios, son por el contrario, causa de que la virtud se fortifique dentro de sí misma y tome nuevo aliento."

"Nosotros, Filemon, no vivimos en unos tiempos en que la corrupcion del corazon se consuela con sus males, conservando sus costumbres cristianas, y esforzándose en conservar la unidad de sus principios y conducta con todo el cuerpo de los discípulos del Evangelio. En tal caso, todo es peligro y tentacion en el mundo. Mas en el dia se consuelan los impíos con la infamia de haber renunciado á la virtud, y viven satisfechos de la osadía que tienen para oponerse á todas las obligaciones, y destruir todas las verdades. En el dia, la disolucion de las costumbres sigue al mismo tiempo el sistema de la incredulidad y de la irreligion: es decir, que al presente, el mundo es demasiado escandaloso para ser seductivo; que los hombres de bien que viven en él, no pueden hallar en su comercio sino motivos de aprecio, de amor á

la práctica del Evangelio; que á cada paso se ven precisados á repetir en su interior: *¡Oh Señor! solo vos debéis ser adorado*; que hallan á cada instante nuevas delicias en recogerse á sus sosegados asilos, y en hablar con los amigos de Dios de la belleza y de la dulzura de su ley santa; muy semejantes á aquellos viageros, que habiendo caminado por países de entes extraños y deformes, se regocijan al fin cuando llegan á ver semblantes humanos y amables. *Los insensatos, ¡oh Dios mio! exclamaba el mas santo de los reyes, me han contado sus fábulas; mas qué diferentes son éstas de vuestra adorable ley!*"

"No es esto decir, que debas mezclarte entre el tumulto y torbellino de las compañías mundanas; sino solo que evites toda afectación de alejar de tí aquellos que te conocen; que no rompas groseramente con las compañías á que has acostumbrado asistir; que te prestes con bondad y dulzura á todo cuanto la buena armonía en la sociedad te prescriba y sea compatible con tus deberes, mirándolo todo con indulgencia, y tolerándolo por lo mucho que Dios tolera; esto es, que no seas el primero en cesar en la comunicacion con tus antiguos conocimientos, y sepas, como Jesucristo, ese adorable modelo de condescendencia, recibir á los pecadores y comer con ellos. Los que continúen amándote, no te servirán jamas de obstáculo á tu perseverancia en la práctica de la vida evangélica; y aquellos á quienes disguste tu compañía, se retirarán por sí mismos y te liberrarán de la incomodidad de verlos y oírlos, sin que puedan jamas tacharte de haber faltado á la buena correspondencia."

"Ademas de que, Filemon, tú eres de una clase en la cual la religiosa delicadeza de los hombres de bien, es siempre bien atendida y respetada; y en la que tu piedad no tiene que temer el amargo disgusto de verse maltratar y blasfemar de lo que adora. Las personas de tu clase, sean los que fuesen sus principios y sus costumbres,

son siempre reservadas, circunspectas y decentes; y el hábito que tienen de mantener en todo cierto aire de urbanidad atenta y amable, hace que sean condescendientes y acomodadas á todas las circunstancias, é incapaces por tanto, de desagradar. Las mofas y disputas impías, están desterradas de toda sociedad respetable, y en ella no se tolera á los detractores de la religion, porque el respeto del culto nacional, forma una parte de la probidad, y aun los menos delicados en este punto, viven al fin persuadidos de que el descrédito de la creencia pública no puede menos de ser siempre perjudicial al bien comun, ni proceder de otro origen que de la corrupcion de un mal ciudadano. Tú mismo sabes que en el tiempo que seguiste el espíritu del mundo, ni tu presencia ni tus discursos ofendieron jamas á las personas piadosas que se hallaban en las mismas concurrencias que tú. Por tanto, debes tener la misma reserva y los mismos miramientos para con los de tu misma clase y estado, que te tratan y han recibido la misma educacion y los mismos principios de circunspeccion y honestidad. Los verdaderos grandes, es decir, los que han nacido tales, tienen de ordinario un talento tan natural para conciliar el deber de ser buenos para con todos los hombres, con la desdicha de ser injustos é ingratos para con Dios, que no puede menos de sentirse que unas cualidades tan dignas de adornar la religion, no sean mas que una especie de etiqueta de estado, y un procedimiento de costumbre."

"¿Por qué no has de participar con tus conciudadanos, tus prójimos y tus amigos de todo cuanto sus recreaciones tienen de inocente y moderado? ¡Ah! Filemon, alégrate, sí, alégrate en el Señor. La virtud nada tiene de triste; no es sombría, impertinente, ridicula, ni desconfiada: por el contrario, es franca, dulce, paciente, condescendiente y pacífica; todo lo sufre, todo lo perdona, y de todo se alimenta y fortifica. Es cierto que un

humilde penitente de Jesucristo debe llorar hasta el sepulcro la desgracia de haber dejado reinar la iniquidad en su corazón; mas este dolor es por sí mismo un sentimiento tan tierno, y con el cual se halla tan bien el corazón, que es mas bien una efusión de reconocimiento de amor, que una verdadera pena, y se confunde con la alegría de la virtud: no es mas que un arrepentimiento filial de haber conocido demasiado tarde á un Padre que nos engrandece tanto y nos hace tan felices. En efecto, nuestro arrepentimiento es la perfección de nuestra alegría, y como el recuerdo de una grande escasez y miseria forma el hechizo y las delicias de una libre y gustosa posesion. Los que han pasado por los tormentos del amor profano, son capaces, mas que ningun otro, de sentir vivamente esta verdad.”

“He aquí en suma, Filemon, una idea de los principios que pueden servirte de norma en la conducta que debes observar con tus semejantes. Espero que la misma sabiduría, que me inspira lo que escribo por tu verdadera felicidad, me proporcione ocasion de hablarte de lo que la religion te prescribe en orden á tus inferiores. Jamas siento un placer mas verdadero, que cuando mis diarias ocupaciones me dejan libres algunos instantes que dedicar á la edificacion de un hombre que debe serme tan apreciable, y que tiene unos derechos tan santos á todas las solicitudes de mi celo y ternura.”

No tardaré mucho, responde aquí Filemon, en ver cumplida semejante promesa. He recibido la siguiente instruccion.”

CAPITULO VIII.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.

Los deberes del hombre religioso para con sus semejantes.

Empezaré, Filemon, por los criados, pues tienen contigo relaciones domésticas y diarias. A éstos, se seguirán los pobres, á quienes encontramos por todas partes, y concluiré con algunas reflexiones sobre la mansion que te prometes hacer durante una gran parte del año en el tranquilo retiro de los campos, y en medio de tus obreros y vasallos.

“Si alguno, dice San Pablo, no cuida de aquellos que le pertenecen, y sobre todo, de los que habitan en su casa, éste ha renegado de la fé en su corazón, y es peor que un infiel. Esta advertencia es terrible, Filemon, mas á ninguno asusta; porque los amos irreligiosos, que han renunciado por sí mismos á las promesas de la religion, están bien lejos de sospechar que ella les prescriba obligaciones para con los demas, y que Dios castigará en ellos la condenacion de los que les sirven. El hombre justo, que solo tiene necesidad de su corazón para velar sobre la salud de cuantos le rodean y están adictos á él, ha cumplido en este punto con todos los preceptos de la fé, antes de saber que ésta amenaza con tan terrible anatema al que descuida de ellos.”

“No es mi desigñio hacerte una menuda relacion de todo lo que debes á tus domésticos. Dios, que te ha hablado tan clara y eficazmente sobre todo el resto de su ley santa, sin duda no habrá dejado de darte sobre este artículo, tan fundamental de las obligaciones evangélicas, mayores luces que las que puedes sacar de las lecciones de todos los directores de la tierra. Al ilustrarte sobre

humilde penitente de Jesucristo debe llorar hasta el sepulcro la desgracia de haber dejado reinar la iniquidad en su corazón; mas este dolor es por sí mismo un sentimiento tan tierno, y con el cual se halla tan bien el corazón, que es mas bien una efusión de reconocimiento de amor, que una verdadera pena, y se confunde con la alegría de la virtud: no es mas que un arrepentimiento filial de haber conocido demasiado tarde á un Padre que nos engrandece tanto y nos hace tan felices. En efecto, nuestro arrepentimiento es la perfección de nuestra alegría, y como el recuerdo de una grande escasez y miseria forma el hechizo y las delicias de una libre y gustosa posesion. Los que han pasado por los tormentos del amor profano, son capaces, mas que ningun otro, de sentir vivamente esta verdad.”

“He aquí en suma, Filemon, una idea de los principios que pueden servirte de norma en la conducta que debes observar con tus semejantes. Espero que la misma sabiduría, que me inspira lo que escribo por tu verdadera felicidad, me proporcione ocasion de hablarte de lo que la religion te prescribe en orden á tus inferiores. Jamas siento un placer mas verdadero, que cuando mis diarias ocupaciones me dejan libres algunos instantes que dedicar á la edificacion de un hombre que debe serme tan apreciable, y que tiene unos derechos tan santos á todas las solicitudes de mi celo y ternura.”

No tardaré mucho, responde aquí Filemon, en ver cumplida semejante promesa. He recibido la siguiente instruccion.”

CAPITULO VIII.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.

Los deberes del hombre religioso para con sus semejantes.

Empezaré, Filemon, por los criados, pues tienen contigo relaciones domésticas y diarias. A éstos, se seguirán los pobres, á quienes encontramos por todas partes, y concluiré con algunas reflexiones sobre la mansion que te prometes hacer durante una gran parte del año en el tranquilo retiro de los campos, y en medio de tus obreros y vasallos.

“Si alguno, dice San Pablo, no cuida de aquellos que le pertenecen, y sobre todo, de los que habitan en su casa, éste ha renegado de la fé en su corazón, y es peor que un infiel. Esta advertencia es terrible, Filemon, mas á ninguno asusta; porque los amos irreligiosos, que han renunciado por sí mismos á las promesas de la religion, están bien lejos de sospechar que ella les prescriba obligaciones para con los demas, y que Dios castigará en ellos la condenacion de los que les sirven. El hombre justo, que solo tiene necesidad de su corazón para velar sobre la salud de cuantos le rodean y están adictos á él, ha cumplido en este punto con todos los preceptos de la fé, antes de saber que ésta amenaza con tan terrible anatema al que descuida de ellos.”

“No es mi desigñio hacerte una menuda relacion de todo lo que debes á tus domésticos. Dios, que te ha hablado tan clara y eficazmente sobre todo el resto de su ley santa, sin duda no habrá dejado de darte sobre este artículo, tan fundamental de las obligaciones evangélicas, mayores luces que las que puedes sacar de las lecciones de todos los directores de la tierra. Al ilustrarte sobre

tu propia grandeza, te ha dado á conocer el precio y la excelencia de toda criatura que tiene el mismo origen y el propio destino que tú, y cuán vanas y pequeñas son todas las distinciones, que ponen tanta distancia entre los amos y los criados, en comparacion del grande y eterno carácter, que es comun á unos y á otros, y que aniquila, á los ojos de Dios, todos los intervalos que les separan á los de los hombres. Jesucristo, considerando esta unidad de gloria y de inmortalidad, que eleva á sus apóstoles hasta la altura de su propio destino, exclama mirándoles con una especie de admiracion: *¡Ah! ya no os llamaré mas siervos, sino amigos míos.* Así, la religion apoya y consagra la fraternidad en que la naturaleza hace nacer á todos los hombres. Mas aunque la voz de la naturaleza nos clame á todos que somos hermanos, no basta consolar á nadie en las penas, en las miserias, y en la dependencia con que la imperfeccion inevitable de la sociedad de los hombres, decaídos de su primitiva felicidad, tiene sojuzgada la mas numerosa porcion de los que la componen. La religion es la única que nos hace imperceptibles todas las desproporciones, absorviéndolas en la unidad é inmensidad de la hermosa perspectiva que descubre á todo el género humano. La naturaleza no sabe acallar las murmuraciones del endeble, del pobre y desdichado, ni suprimir el orgullo del que se arma de su poder y riquezas, sino diciendo á unos y á otros: *Vuestros huesos serán algún dia dispersados y confundidos en el mismo polvo.* La religion sola es la que hace olvidar al desgraciado y al esclavo, de que hay sobre la tierra mas grandeza que la de ser eterno, y ella es quien desvanece á los ojos de los grandes todos los títulos que les dan la superioridad sobre otros hombres, intimando á todos: “Los que yacen en el seno de la tierra, despertarán algún dia y romperán sus sepuleros, y entonces los justos subirán á la gloria de Dios, y los impíos caerán en el suplicio eterno.”

“Tú, Filemon, á quien la fé ha dado sus ojos, sus sentimientos y su espíritu, y que sabes bien que sola la virtud es la que puede asegurar al hombre un grado de superioridad sólida y verdadera sobre otro hombre; tú que aprendes todos los dias en la escuela del Evangelio, que nada de cuanto hay humano, es menos que tú, y que la menor porcion de la gracia divina en el corazon del mas infimo de tus criados, le da mas excelencia que todos los cetos y las coronas, ¿cómo podrás mirar jamas como ajenas de tu celo y cuidado unas criaturas á quienes la eternidad pertenece igualmente que á tí, y que tienen de comun contigo la sola cosa por la cual eres verdaderamente grande, es decir, el poder ser del número de los santos, y el derecho de reinar con Jesucristo en su imperio perdurable? ¡Oh hombres! cualesquiera que seais, grandes y pequeños, ricos y pobres, amos y criados, todos sois reyes; ¿á qué la pena que os tomáis por esas diferencias pueriles y pasajeras, que os distinguen en este rápido viage que haceis para llegar á vuestros tronos?”

“Así que, Filemon, es inútil decirte en particular lo que debes hacer. No es el conocimiento del modo con que se debe obrar el que falta á los que descuidan de sus obligaciones privadas y domésticas: nuestra falta de religion y de miramiento á los grandes motivos que nos da la fé para ser arreglados, es la causa de nuestras mas culpables omisiones, y nos endurece hasta el punto que vemos, sin concebir la menor inquietud al mirar que todo cuanto nos rodea, se descompone y corre á su eterna perdicion. ¡Eh! ¿cómo un hombre que se estima á sí mismo tan poco que limita todo su destino á la vida presente, y que no conserva ninguna esperanza de la inmortalidad, puede ser capaz de tomar ansia por la conducta, las costumbres y la salud de sus criados? Cuando el hombre es malo para sí, dice el Salvador, ¿para quién podrá ser bueno? Segun esto, para formar idea del carác-

ter y de los principios de los que habitan esos suntuosos edificios, en los cuales todo es grande é impone respeto, no es necesario penetrar hasta el íntimo recinto en que están ocultos, ni examinar por menor lo que allí pasa. No hay mas que mirar de paso esos soberbios pórticos, en los cuales un grupo de hombres desocupados é insolentes, hace alarde todos los dias de su estúpida indecencia y de su orgullo grosero; en donde una multitud de criados sin poder, sin ningun principio de conducta, y cuya sola inutilidad es un escándalo público, osa insultar á la miseria del artesano y del pobre, y no se avergüenza de imitar la altanería de sus dueños, afectando todos sus vicios y extravagancias. He aquí el verdadero retrato del espíritu y de las costumbres de los grandes. Para conocerlos, no es necesario verlos, basta pasar por delante de sus palacios.”

“Nada me has dicho, Filemon, de la innovacion y reforma que ha producido en tu casa y en la conducta de los que viven bajo tu dependencia, la mudanza de tu corazon y costumbres. Mas yo sé cuál es el rumbo de las almas á quienes la gracia ilustra, y preveo bien que tu primer paso, en el restablecimiento del orden y de la religion doméstica, habrá sido apartar de tí todos aquellos á quienes no te quede esperanza de hacer mejores, y dirigir tus miras, como el santo rey de Judá, hácia los fieles de la tierra, para llamarles á tí, y no confiar el servicio de tu casa sino á hombres de corazon recto y que anden por caminos inocentes. Ya no se oirá mas en los ángulos y alrededores de tu palacio resonar incesantemente los gritos y las locuras de una tropa de criados ociosos y extravagantes, que á favor de tu indiferencia por todo lo bueno, pierdan bajo el distintivo de la librea de tu vana grandeza, el hábito al trabajo, la modestia y la sobriedad, preparándose por este medio unos dias desgraciados ó acaso su último y mas vergonzoso oprobio.

Habrás escogido criados dignos de tu estimacion, que sepan amar y respetar á los hombres de bien.”

“Figúrome que tu casa, teatro en otro tiempo de una libertad desenfadada y de una perpetua disipacion, ha venido á ser el domicilio de la armonía, de la tranquilidad, del buen orden y de la cordura; que ya no se hallan en ella hombres inútiles; que están cercenadas todas las necesidades del fausto y la vanidad; que ya no tienes, como los poderosos del siglo, el capricho é injusticia insufrible de quitar los labradores del campo, los soldados á la patria, y los artesanos á la sociedad, para formar con ellos el miserable cortejo de tu orgullo, siendo por esta razon la causa de uno de los mas desastrosos abusos del lujo y de la opulencia; que en tu casa cada criado tiene su destino, y á cada hora su ocupacion; que todo está prevenido, arreglado y sábiamente administrado; que ya no te desdeñas de tomar á tu cargo el cuidado tan digno y esencial de un gefe de familia, como es el de estar al frente del gobierno doméstico, de presidir por tí mismo al manejo de los negocios, y de verlos y verificarlo todo por tus propios ojos. Esto es lo que llama el Espíritu Santo saber gobernar una casa. El amor del orden y de la justicia es inseparable de esta vigilancia y de todas estas menudencias; el que descuida de ellas, confiando á otro un cuidado que le pertenece tan personalmente, aun no ha conocido la sabiduría del Evangelio, y merece le suceda lo que siempre sucede á los que su orgullo y su pereza hacen incapaces de toda vigilancia, que es ver la decadencia y la ruina de los recursos necesarios para sostener su estado, la tranquilidad de su vida, y la prosperidad de sus hijos.”

“En fin, Filemon, yo me represento tu casa con todos aquellos rasgos edificantes y amables con que los apóstoles nos han descrito las santas familias de la primera edad del cristianismo. Llamábanse *iglesias* ó *juntas* de

escogidos. Los amos de ellas eran buenos, afables, moderados é indulgentes, porque miraban y amaban en sus criados, á otros tantos *hermanos de la vocacion celestial*. Los criados eran dóciles, humildes, laboriosos y fieles, porque temian mas las reprensiones de su propia conciencia, que la ira y reconvenciones de sus dueños. Las horas de oracion doméstica desvanecian todas las diferencias de clases y edades, y congregaban en un mismo lugar los esposos, los hijos, los amos y los criados. Estos últimos eran siempre llamados á las santas lecturas, y á las saludables instrucciones que cada padre de familias hacia á ciertas horas á sus tiernos y amables hijos. ¡Oh Filemon! solo un gran corazon puede apreciar y sentir cuán gloriosa es la práctica de una sabiduría tan sublime, y cuán feliz es el hombre que es para los otros de una utilidad tan sólida y extensa. ¡Qué espectáculo tan bello es ver á la religion anonadar todas las preocupaciones humanas, y dar á los grandes de la tierra un modo de pensar y de ver, que les hace respetar unos seres eternos y divinos en aquellos á quienes el infortunio y la pobreza reducen á la servidumbre, y que son menos que hombres á los ojos de esos amos soberbios y orgullosos, tan sordos á la voz de la naturaleza, como á la del Evangelio! Yo he hallado alguna vez estas costumbres antiguas y venerables en los palacios de algunos señores retirados al centro de sus haciendas; y debo asegurar, que jamas han visto mis ojos una tal imágen sin derramar copiosas lágrimas, y sin sentir que mi vida no sea una cadena de instantes iguales á los que he pasado en estas moradas en que Dios es tan grande, y los hombres tan buenos y tan felices.”

“Penétrate, ó Filemon, continuamente del espíritu de los tiempos apostólicos; no olvides jamas que los que te sirven son hombres, y que si ellos sirven al Señor, son reyes, y juzgarán algun dia con Jesucristo á los jueces

de la tierra y á los señores del mundo; que el mas gran monarca de la tierra, si no es un hombre justo y religioso, es infinitamente inferior á los mas ínfimos y mas oscuros siervos de Dios; que no es mas que su hermano, si es un cristiano fiel; y que toda criatura recibe todo su valor y estimacion de sus relaciones con el Hombre Dios y de su comunicacion con la soberana Santidad. San Pablo, ocupado todo de esta verdad tan gloriosa y consoladora para los pequeños y desvalidos, se emplea con tanto celo y hace un negocio tan sério é importante de la felicidad de un simple doméstico, como del destino de los césares, y de la salud de naciones enteras. Quiero referirte un pasage que me ocurre al intento.”

“Onésimo era dependiente de la casa de un cristiano de Colosa; mas él no confesaba á Jesucristo, ni conocia su doctrina y promesas. Pronto llegó á experimentar cuán vacilantes é inciertos son todos los principios de virtud y de justicia en los *que no siguen mas que su propia sabiduría*. Onésimo vino á ser un infiel administrador, y engañó á su amo. En este estado, apela á la fuga, y abandona el lugar de su delito y de su deshonra. Es apresado, y cargado como estaba de cadenas en la cárcel de Roma, da en las manos de San Pablo. Este gran Apóstol, se dedica á enseñarle la fé de Jesucristo, y hace un santo de un desgraciado, que estaba pronto á abrazar la delincuente carrera de los bandidos. Admira con qué fuerza y ternura le recomienda á su antiguo señor, y en qué términos solicita la gracia para un criado que ha llorado á los piés de Jesucristo su infidelidad y su desercion. “Yo imploro, dice, tu bondad á favor de “mi querido hijo Onésimo, á quien he engendrado en el “Señor estando en la prision, y al cual te devuelvo como un bien que te pertenece, y como un hombre que “se ha hecho apto para servirte útilmente. Recíbele como á mi sangre, y como un objeto precioso y amado de

“mi corazón. Acaso Dios ha permitido que se aleje de
“tí por algún tiempo, para que se haga más digno de tu
“amor y pueda permanecer unido á tí con vínculos eter-
“nos. El me ha servido con una tierna puntualidad en
“el tiempo que he sufrido mi cautiverio por el Evange-
“lio, y yo le miro menos como un criado, que como un
“hermano respetable, y á quien amo ardientemente. Si
“es que me amas, recíbele como á mí mismo, é impúta-
“me á mí todos los delitos. Este es el consuelo más
“dulce que puedes darme en medio de los males que su-
“firo. Así harás que respire gustoso este corazón oprimido
“con tantas contradicciones y penas.” Este es S. Pablo, aquel hombre divino, terror de las potencias romanas, el destruidor de la idolatría, el reformador del culto y de las costumbres del mundo entero, la gran antorcha que ha hecho lucir la verdad en medio del universo, la admiración de Atenas, el oráculo de los cesáres, el más venerable de todos los doctores y de todos los bienhechores de la tierra; un hombre como éste es el que se interesa afectuosamente, y habla así de un miserable fugitivo de la casa de su señor. ¡Ah, Filemon! es muy dulce repetirlo; solo en el seno de la religión cristiana se encuentra la reparación de la injusticia que las costumbres sociales hacen inevitable; y la porción más miserable de la humanidad hace muy bien en ser la más religiosa y la más inviolablemente adherida al Evangelio, el cual les restablece tan gloriosamente en su dignidad de hombres, y en su igualdad original con todo lo que el mundo llama grandeza y poder.”

“En efecto, aunque la religión no hiciese más bien que éste á los hombres, y aun cuando todo el efecto de su poder sobre nuestro corazón se limitase á excitar en él los sentimientos de bondad, de dulzura, de humanidad, de estimación y de ternura que debemos á todo lo que es de nuestra naturaleza y de nuestra sangre, ¿no se debería

decir que Jesucristo y los apóstoles, á quienes somos deudores de una doctrina que nos hace tan buenos y humanos, han sido los verdaderos amigos de los desgraciados; y que los filósofos de nuestro siglo, que se quejan sin cesar del orgullo y la dureza de los grandes, deberían muy bien hacer consistir su sabiduría en persuadir y mover á todos los hombres á que reciban y adoren la del Evangelio?”

“El amor y el cuidado de los pobres se derivan de los mismos principios de humanidad y de religión, que acabo de exponerte. Porque no puede brillar la fé en un corazón, sin excitar en él al mismo tiempo los dulces sentimientos é inclinaciones de la naturaleza, que acaso podrán subsistir con la ignorancia involuntaria de la doctrina de Jesucristo; pero que se ven siempre alterados en aquellos que abandonan el Evangelio, después de haber adorado su gran luz y reconocido su profunda sabiduría.”

“Yo no diré que los que han caído en esta desgracia, tengan cerrado su corazón á todo sentimiento de misericordia y de beneficencia. Por el contrario, debemos reconocer que muchos infelices son deudores todos los días de una parte de los recursos que sostienen su trabajosa existencia á cierta clase de hombres, á quienes la fatalidad del espíritu de este siglo ha sepultado en el abismo de la irreligión; y es muy reprochable el celo amargo que quisiere disminuir el bien que hacen, ó desacreditar los motivos que les animan. Es muy acreedora al respeto y á la estimación toda criatura que consuela á otra, sin que deba indagarse la intención que determina su obra; pues la principal mira de un corazón sólidamente cristiano, es que el desvalido sea ayudado, y el indigente socorrido.”

“Pero es necesario confesar que todo buen corazón que se halla asociado al partido de la incredulidad, pertenece aun al cristianismo, más de lo que él piensa, por

lo que conserva de virtuoso, de honesto y de humano; que ha nacido para permanecer fiel al Evangelio; que ha desmentido su carácter abjurando á Jesucristo; y en fin, que no es propio para adoptar el espíritu del partido que se le ha hecho abrazar. Porque el espíritu de impiedad, que no es otra cosa que el esfuerzo del vicio contra la evidencia y necesidad de las obligaciones, se dirige por su naturaleza á abolir toda idea de sujecion y de sacrificio, á aislar al hombre lejos de toda relacion incómoda, á hacerle el centro y último fin de todas sus acciones, y hacer que no busque mas bien que el personal, y por consiguiente, que no estime á sus semejantes sino por el partido que puede sacar de ellos para su propia dicha, y á armarle, si es necesario, para la destruccion de todo cuanto se opone á sus empresas y á sus pasiones insaciables. El que no llegue á este grado de extrema depravacion, y conserve las impresiones de cualquiera virtud, no debe pretender el honor de ser contado entre los espíritus fuertes de este siglo, y habrá sufrido todas las penas y remordimientos que le cuesta el sacrificar los consuelos y esperanzas de la religion, sin haber obtenido plenamente las alabanzas y el sufragio de sus nuevos corifeos.”

“Ademas de que, Filemon, yo siempre atestiguo con tu experiencia, y ninguno es mas competente que tú para apreciar la diversidad que hay entre la caridad cristiana y la humanidad filosófica, y juzgar cuánto mas deben interesarse los pobres en desear que todos los filósofos se hagan cristianos, que en que todos los cristianos se vuelvan filósofos. ¿Ha enjugado acaso demasiadas lágrimas esa humanidad filosófica, cuando no has tenido mas guía que ella en el sistema de beneficencia? ¿Qué comparacion puede haber entre algunas liberalidades raras, cortas y pasajeras, hechas á instancias de las lágrimas y la indignancia, y esos montones de oro, sacrificados tantas

veces al lujo y á la venalidad del vicio? No tengo reparo, Filemon, en recordarte tus extravíos, pues sé que te alegra su recuerdo, y te hace admirar y reconocer incesantemente la gran fuerza de Dios, que te ha restablecido en los caminos y en la luz de la verdadera sabiduría. Tú sabes á cuántos desgraciados podrias haber hecho felices, si hubieses repartido entre ellos los tesoros que has disipado en los ruinosos é insaciables objetos de tus falsos placeres. Tú sabes cómo viven todos los de tu clase que siguen los mismos principios, y á qué se reducen las liberalidades de un poderoso que solo se gobierna por las consideraciones de la filosofía.”

“¡Mas ay! si las ruidosas necesidades de un lujo que todo lo devora no tuviesen cerrados los corazones y los recursos á las necesidades del infortunio, ¿cómo no les habria de interesar un espectáculo que tan raras veces se presenta á su vista? Porque en efecto, ¿no es tan raro que la opulencia que rodea á los ricos, sea accesible á la pobreza, como que la adulacion que cerca los tronos, lo sea á la verdad? ¿En qué circunstancias se puede enternecer un rico de la suerte de un miserable? El goza de la abundancia en el centro de su magnífico palacio, sin sospechar siquiera que mientras el arte y la profusion agotan todos sus recursos para excitar su cansado apetito, y crearle nuevos gustos y agradables sensaciones, millares de madres tiernas y condolidas se ven rodeadas de hijos, que tienden sus inocentes manos hácia ellas, y perecen entre el horror del hambre y la desnudez. Cuando sale á la calle, la velocidad de la ruidosa carroza que le arrastra, le oculta por todas partes á la vista de los míseros humanos; y el pobre, lejos de mirar este tumultuoso y magnífico aparato como un presagio de su consolacion, procura, desde que le avista, huir de él lo mas lejos que puede, temeroso de que su encuentro le haga mas infeliz de lo que es. Solo para la clase sensible de

los ciudadanos que viven en la medianía, está reservada la vista de los males y de las amarguras del indigente. Los que viven trabajosamente, son los que tienen que sufrir la imagen desconsoladora de la extrema miseria, y oír los gemidos de los que viven en la tribulación y la mendiguez: los que son mas semejantes á los pobres, son los perennes testigos de sus penas, y el socorro mas seguro y mas continuo de sus infortunios. Si el miserable, que ignora al acostarse por la noche sobre su austero lecho dónde buscará el pan á la mañana, conserva alguna esperanza de hallarlo, no se funda en los suspiros que irá á exhalar ante los pórticos de los poderosos de la ciudad; sino en el encuentro que la casualidad le proporcione de algunas personas desconocidas, sencillas y ordinarias, siempre prontas á enternecerse y dividir con el infeliz su frugal sustancia y el limitado producto de sus trabajos y de su sudor. Para desconsuelo de la desgraciada humanidad, parece que no pueden hallarse personas sensibles á las solicitudes y trabajos del pobre, sino entre aquellos mismos que sienten una parte de las amarguras de la pobreza.”

“Solo la religion es la que sabe atraer á los grandes al cumplimiento de las obligaciones que nos prescribe la humanidad, y hacerles sensibles á los clamores de la naturaleza; porque ella sola es la que les desprende de sus riquezas, y la que restablece al pobre en su dignidad. Detengámonos por algunos instantes á contemplar este gran carácter de divinidad que brilla en esta profunda doctrina, cuya base fundamental es el menosprecio del oro y de las prosperidades humanas. Tú comprenderás mejor cuál es la fuerza del Evangelio para hacernos buenos y generosos, y producir y mantener esta mútua circulación de servicios y socorros, de que depende la dicha del género humano, y forma la seguridad y la consistencia de todas las sociedades de la tierra.”

“Con efecto, ningun filósofo, sino Jesucristo, imaginó jamas un sistema de felicidad y de grandeza, fundado en el desprecio de las riquezas y la abnegacion de todos los placeres de las pasiones. Unas miras tan elevadas y tan extrañas á todos los intereses y juicios humanos, no habian ocurrido nunca á persona alguna; y el Autor del cristianismo es el primer sábio que comparece en el mundo diciendo: *Bienaventurados los pobres*; y el que osa decirnos que desciende del seno de Dios y nos trae su doctrina desde lo alto, donde habita la verdad eterna. Los que antes de él se habian dedicado al estudio y enseñanza de la sabiduría, no hacian descender sus preceptos de un origen tan augusto, ni nos ofrecian una perspectiva tan rica y tan clara, fuera de los que ofrecen los placeres temporales, para que les ocurriese proponer á los hombres el sacrificio del lujo y de las vanas superfluidades de la vida. Dejábannos demasiado asidos á la tierra para que el mundo, con toda su gloria y grandezas, no nos pareciese un espectáculo encantador y lisonjero.”

“Mas Jesucristo, que pretendia indemnizarnos abundantemente de las abnegaciones y sacrificios que venia á prescribirnos; Jesucristo, que traía al género humano tan grandes esperanzas, y le revelaba cosas tan admirables y profundas; Jesucristo, que nos anunciaba que éramos de la familia de Dios; que nuestro reino, lo mismo que el suyo, no era de este mundo; que el universo, con todo su oro y todos sus tronos, no era mas que un grano de arena ó un átomo imperceptible, comparado con la inmensidad y eternidad de un alma humana; que el hombre tenia la misma razon que Dios para menospreciar todo lo que es reputado por precioso en la tierra, porque es eterno como Dios, y sobrevivirá con él al trastorno de todas las fortunas, de todas las prosperidades y de todos los principados: Jesucristo, vuelvo á decir, manifestándose á nosotros, cercado de todo el resplandor y embe-

leso de una luz tan bella y divina, tenia un carácter bien distinguido para hablarnos con el lenguaje que ningun hombre habia usado antes de él. Si la austeridad de sus preceptos hace gemir á nuestros sentidos, y si nos sujeta á un desprendimiento y unas privaciones que consternan nuestra debilidad, es advirtiéndonos que somos demasiado grandes para fijarnos en cosas perecederas, y que amasados, por decirlo así, á imágen de Dios, solamente lo infinito corresponde á nuestra capacidad de gozar y de ser felices. De este modo, el mas pobre y desnudo de los hijos de los hombres, es tambien el mas apto para soportar el inmenso peso de esta gloria y regalia eterna, prometida á todos los mártires de la abnegacion y de la penitencia.”

“Esta es la causa porque los profetas, que nos han mostrado desde tan lejos las bendiciones y las promesas del Evangelio, no cesan de trasportarnos á los lugares incógnitos y á las pobres chozas, en donde habita la inocencia, la pobreza y la sencillez; como si Dios hubiese escogido especialmente estos tristes asilos para cumplir en ellos los mas grandes designios, y derramar los tesoros de su infinita magnificencia. ¡Oh montañas! preparaos para recibir de lo alto de los cielos esta paz tan deseada, que vuestras cimas, elevándose hasta las nubes, parece están implorando para los afligidos y los indigentes que habitan vuestras cercanías. Por todas partes los divinos oráculos hacen correr en el seno de las campiñas, y junto á la humilde morada del pobre, de la viuda affigida, del laborioso labrador, esas aguas misteriosas y vivificantes que la misericordia eterna habia de hacer brotar en el tiempo prefijado por su divina sabiduria, de las fuentes inagotables del Salvador del mundo. . . . Entonces los valles, los collados, los apriscos, los desiertos, las montañas y las selvas saltarán de alegría ante la presencia del Señor que llega, y se regocijarán con todos

los desgraciados de la tierra al oír la gran nueva de su libertad y elevacion; porque este Libertador, tan necesario á todo el universo, será especialmente el protector de los desvalidos, el apoyo de los débiles, el padre de los huérfanos; y los nombres de los pueblos serán para él nombres amados y respetables.”

“Llegó en efecto este instante tan memorable, señalado para la redencion del género humano, y el gran misterio de clemencia, oculto desde la eternidad en los abismos de los decretos divinos, es revelado, y se ejecuta en el seno de la pobreza y en el silencio de las tinieblas. Cuando la noche estaba á la mitad de su curso, dicen los Libros sagrados; cuando la prepotencia de los cesares tenia encadenada toda la tierra, y todas las naciones del mundo se veian reducidas á guardar ante ella un tímido y respetuoso silencio; cuando todo estaba tranquilo en el universo, y una paz general y profunda era como la señal del gran acontecimiento que debia mudar la faz de todos los imperios; el Cristo de Dios vivo, á presencia de los señores del mundo y desde la oscuridad de un ignorado retiro, viene á coronar de repente la expectacion de cuatro mil años, y terminar por medio de la manifestacion de la vida eterna, que solo habia existido en el seno del Padre, todas las revoluciones y todos los espectáculos, que no habian aparecido en el universo desde el principio del mundo, sino para preparar este gran desenlace. *María* da al mundo su Hijo Primogénito, y le pare en un pesebre por no tener otro asilo en la posada.”

“Así Abraham y todos los patriarcas, Moisés y todos los profetas, Jerusalem y toda la magnificencia de su culto y de su templo, toda esta economía tan antigua y magestuosa, esas ceremonias en que todo era tan venerable y divino, todo ese largo y rico aparato, todas esas predicciones, todas esas figuras, todos esos preparativos tan

de antemano dirigidos, todo, todo se halla cumplido y recopilado en esta corta y humilde relacion del Evangelista: *María da al mundo su Hijo, y le pare en un pesebre.* Así el lugar mas miserable de la tierra viene á ser el primer templo del Santo de los santos, consagrado por su presencia: y el deseado de las naciones trae al seno de la indigencia y de la escasez, las primicias de todos los tesoros con que debe enriquecer al universo.”

“Los primeros confidentes de esta gran novedad, que interesa á todos los pueblos, serán asimismo escogidos en el fondo de los campos, y entre la clase de los pequeños y de los pobres. *Habia en aquella comarca unos pastores que guardaban sus ganados;* á estos es á quienes anuncia el cielo la venida del reino de Dios. He aquí cómo unos pastores, desconocidos de toda la tierra, son mas grandes y mas dignos de entrar en el eterno secreto de la divina sabiduria, que todos los depositarios del poder romano, que creian tener en sus manos el destino de todas las cosas. Muy justo era, ¡oh Dios mío! que bajando vuestra eterna santidad de lo alto de los cielos á destruir la iniquidad sobre la tierra, eligiese para su primera morada la que hallase menos desfigurada y menos corrompida, y que hiciese brillar los primeros rayos de la gran luz que salia al mundo sobre los corazones mas rectos é inocentes. En todos tiempos, oh Filémon, ha huido la gracia del estrepitoso aparato de la prosperidad. Siempre para hallar á los santos ha sido preciso buscarlos, por decirlo así, en las grutas y en los sepulcros. Es preciso penetrar estas incógnitas moradas, donde en medio del austero aparato de una vida penosa, amarga y atribulada, forma silenciosamente el dedo del Altísimo las piedras firmes de su eterno edificio. Es preciso internarse en estos templos solitarios y rústicos, donde la sangre del Cordero marca y consagra mayor número de elegidos, que delante de esos altares tan magní-

ficos de nuestras ciudades, que la fastuosa profusion del orgullo profana todos los dias. ¡Oh divina antorcha! ¡qué augusta y venerable eres cuando, inaccesible á todos los sábios del presente siglo, haces brillar en el alma de los mas pobres y rudos esa hermosa luz que eleva nuestras inteligencias sobre los tronos y las dominaciones! ¡Y vos, oh solo, verdadero y adorable bienhechor de los hombres! ¡cuán digno sois del amor de toda la tierra, cuando os vemos buscar y consolar á los pobres, manifestándonos en el cuidado que os tomáis de instruirlos, el mas glorioso y mas brillante carácter de vuestra mision divina!”

“Con efecto, si queremos seguir al hombre Dios en la trabajosa carrera que anduvo por la tierra, para reunir y santificar los ciudadanos del cielo, veremos que los lugares mas humildes y desconocidos fueron el principal teatro de sus predicaciones y fatigas; y los hombres mas infelices, los mas amados y los mas ordinarios objetos de su cuidado y ternura. Si alguna vez compareció ante los grandes y poderosos del mundo, se le vió suspender en su presencia, por decirlo así, toda la actividad de su amor y de su celo. Un profundo y austero silencio parecia anunciar á cuantos le rodeaban, que los afortunados del siglo son poco á propósito para recibir la doctrina de la eternidad; ó si alguna vez desplegaba sus labios, sus discursos eran rápidos y breves; conociéndose desde luego, que su gracia no podia hallar en unas almas corrompidas por la prosperidad y la abundancia, un resto de razon y de sabiduria en que poder sembrar y hacer fructificar los tiernos sentimientos de la fé.”

“Mas en medio de los pobres se ve renacer toda su serenidad, y se cree mirar en él un padre que vuelve á hallar su amada familia, y explaya su corazón en el seno de la naturaleza; con lo cual indica manifestamente que de esta afligida porcion del género humano es de donde

debe sacar los coherederos de su reino y de su gloria. En compañía de los pobres recorre las provincias de Judea y de Galilea, en compañía de éstos toma su inocente y frugal alimento. En medio de ellos hace resplandecer con milagros la divinidad de su persona y de su doctrina. De la clase de los pobres escoge sus cooperadores en la obra de la salud del género humano. A los pobres es á quienes ha prometido que un día se sentarán sobre tronos, desde donde juzgarán á todas las tribus del mundo; ellos son á quienes ha dicho: Vosotros sois mis prójimos, mis amigos, mi sangre y mi verdadera é inmortal sociedad. En fin, ellos son sobre quien están fijos sus ojos y tendidas sus manos cuando dice á su Padre: “Oh Padre santísimo! mi mas vivo deseo es “que los hombres que me habeis concedido se hallen en “el seno de la misma gloria á que yo estoy destinado “desde la eternidad, para que vean mi esplendor, y co- “nozcan cuánto me habeis amado desde antes de la crea- “ción del mundo.”

“Si el encuentro de un pobre debe mover la sensibilidad de todo buen corazón, ¿esta sensibilidad no debe adquirir en un corazón cristiano todo el carácter de una especie de culto religioso? ¿Puede haber en la tierra un objeto mas respetable y sagrado para el hombre que conoce á Jesucristo? ¿Un pobre no es, por decirlo así, una repetición del humilde y doloroso misterio que salvó al universo? Oh Filemon, es muy íntima la unión del hombre Dios con todos los miserables á quienes vemos arrastrar desfalleciendo y sufriendo al rededor de nosotros! Ellos son otros tantos *Cristos hijos de Dios vivo*; y el hombre duro que los menosprecia y aparta lejos de sí, reniega de su sangre y de su Dios, es un desapiadado y un perverso á los ojos de la humanidad, es un profanador y un sacrilego á los ojos de la religión.”

“¿Por qué comunicó Jesucristo tan señalada y pre-

dilectamente con lo que halló mas desgraciado sobre la tierra? Porque veía en los pobres un ensayo de los mártires, unas criaturas enteramente dispuestas á recibir su espíritu, y cuya alma no esperaba mas que aquel *soplo de vida*, aquel calor evangélico que consagra todo lo que ella ama para ser elevada hasta la eternidad: porque hallaba pronto entre estos infelices, que solo están acostumbrados á estas penas, lo que es mas difícil de producir en el corazón de los otros hombres para trasformarlos y salvarlos, es decir, el hábito de las privaciones y de los sacrificios; pues nada nos dispone mas eficazmente para ser los penitentes del Evangelio, que el ser penitentes de la necesidad y del infortunio.”

“De estos principios, sacados del fondo y de la sustancia del cristianismo, resulta que tu alianza en la adopción con Jesucristo es esencialmente una unión de tu suerte con la de los infelices, y que vienes á ser miembro de la familia de los atribulados. He aquí el hijo de la cruz, y por consiguiente el hermano de todos los pobres. Ellos son, en el sentido mas verdadero, mas profundo y mas extenso, *la carne de tu carne y el hueso de tus huesos*. Por este parentesco evangélico, oh Filemon, que es el mas íntimo y el mas santo de todos, son los pobres, los hijos de tu casa, pues tú formas con ellos un mismo cuerpo y una misma familia inmortal en la casa de Dios. No derraman una lágrima, no exhalan un suspiro que no sea la queja de una preciosa porción de nosotros mismos; y la voz de la religión nos grita en este caso de un modo mas enérgico que la naturaleza. *Recibid*, dice, *á los necesitados y á los que andan errantes por vuestras casas, y no despreciéis vuestra propia carne*. Convirtiéndote á Jesucristo has entrado en la familia de los que lloran; y tus ojos, al fijarse en el pobre, deben reconocer en él lo que te pertenece, y lo que tiene contigo la mas estrecha unión. Tú eres *el renuevo de los santos*,

es decir, un descendiente de los que mas han sufrido y han sido mas pobres en la tierra. Los apóstoles, los profetas, los mártires, y todos los hombres divinos que han andado antes y despues de Jesucristo los caminos de la tribulacion; que han vivido en la indigencia, y errantes por las montañas, cubiertos con las pieles de los animales, sufriendo toda clase de aflicciones; que no hallaban asilo sino en las grutas y cavernas de la tierra, despreciados del mundo y de quienes el mundo no era digno; he aquí los augustos ascendientes que te ha dado la religion en el momento que te volvió á recibir en su seno, en virtud de tu sincero arrepentimiento.”

“Esta es, Filemon, la santidad de los vínculos que nos unen con todos los escogidos de los siglos anteriores, y la que forma la santidad de los que nos unen acá en la tierra con todo el cuerpo de los desdichados. O mas bien, esta es la misma correspondencia, es una unidad indivisible. En la clase de los que padecen la miseria, ó se imponen voluntariamente todas las abstinencias y privaciones de la vida evangélica, es donde residen los santos de la tierra. Solo en ella es donde se halla oculto *el resto de los escogidos*, y la verdadera posteridad de los patriarcas y de los apóstoles: de suerte que todo lo que altera nuestra union con esta porcion tan respetable y útil de nuestros hermanos que sufren las adversidades, deshonra nuestra gloriosa descendencia de los primeros predestinados, y nos aleja de la generacion de los justos.”

“Si se hallasen, pues, entre los que se glorían verdaderamente de despreciar el mundo y unirse á la religion, hombres insensibles á la miseria del indigente, seria preciso decir que el cristianismo es falso, y que Dios desecha sus adoraciones y sus sacrificios. Nuestra mas severa separacion del mundo y de sus vanidades, nuestras renunciaciones las mas universales, nuestro mas continuo re-

tiro al centro de nuestros oratorios ó de nuestros templos, nuestras oraciones, nuestras lágrimas, todas nuestras expiaciones, no ofrecen al cielo mas que un conjunto de obras desanimadas, y un mecanismo sin consistencia y sin valor, si es que nos ciñen á nosotros mismos, y nos separan de aquellos que necesitan de nuestros consuelos y de nuestros socorros. Una santidad mas austera es necesariamente un celo mas grande, un amor mas tierno, un cuidado mas vigilante y continuo, y un interes mas ardiente y mas vivo por los desdichados. Si hubiera en la tierra una religion que nos hiciese olvidar el clamor de la naturaleza y de la humanidad, no seria necesario ir á buscar fuera de este carácter la prueba de su impostura y de su ficcion. *La verdadera religion*, dice un apóstol, *la sola grata á Dios, que es el Padre y el supremo bienhechor de toda criatura, es enjugar las lágrimas de la viuda y del huérfano que se ven en tribulacion, y conservarse incorrupto en medio de los escándalos y los vicios del siglo.*”

“La muger fuerte, cuyo ejemplo te he recordado en otra ocasion, pasaba su vida en el centro de su casa, y enteramente separada del comercio del mundo. Mas el Escritor sagrado, que quiere proponerla como el modelo de las mugeres sólidamente sábias y verdaderamente respetables, no omite en el retrato que de ella hace, su ternura y beneficencia siempre atentas á ofrecer sus consuelos y liberalidades al desvalido. *Ella*, nos dice, *alimentaba á los miserables con el producto de su trabajo y de su industria. Su mano se abría para el indigente, y sus brazos se extendían sobre todos los pobres que se juntaban al rededor de ella, tanto para recibir sus limosnas, cuanto para admirar su prudencia.*”

¿Has reparado, Filemon, despues que la lectura y la meditacion del Evangelio forman tu mas dulce tarea, en una cosa bien digna de sentirse y notarse? Esta es que

Jesucristo en la pintura que nos hace de lo que sucederá en el último día, en aquel día de la solemne é irrevocable separacion de los buenos y los malos, hace depender de los pobres la resolucion que fijará el eterno destino del género humano, y que, confundiéndose personalmente con todos los desgraciados, se apropia los consuelos y las repulsas que estos hayan experimentado en la tierra. No recuerda en aquella ocasion al hombre justo sino las acciones y las virtudes por las cuales habrá sido útil á los miserables. Vosotros me habeis alimentado cuando padecia hambre, me habeis vestido en mi desnudez, y me habeis consolado en mi cautiverio: *He aquí por lo que sois los benditos de mi Padre, he aquí lo que va á abriros las puertas eternas y poneros en posesion del reino que os está preparado desde el principio del mundo.* Si por el contrario, el perverso es desechado y maldecido, no le representa ni su impiedad, ni sus disoluciones, ni sus escándalos, ni sus blasfemias: no le pone á la vista, para justificar la formidable sentencia que va á oír, sino la dureza de un corazon siempre cerrado á los sentimientos de la misericordia. Esto es lo que le separa para siempre de la familia de Dios, y lo que le arroja al horror de los fuegos devoradores.”

“Es preciso que Jesucristo tuviese muy en su corazon este precepto de la caridad y de la conmiseracion, para que se dedicase con un cuidado y una fuerza tan extraordinaria á grabarle en el de los hombres, y realzar con tan vivos colores la dignidad y la excelencia de los pobres, presentándolos como los héroes del gran día del Señor, como los príncipes de la eternidad y los árbitros de la suerte de todo el universo. Es justo, ¡oh gran Dios! que lo que es tan pequeño en la tierra, sea un gran espectáculo para vos; y que tantos suspiros exhalados por los órganos desfallecidos y agobiados con el yugo de la miseria, sean un presagio de grandeza y de poder para

el día en que todas las generaciones humanas, juntas y temerosas á los piés de vuestro trono, estarán en expectacion de su inmutable destino.”

“¿Has hallado, Filemon, ya sea en la bondad de tu espíritu, ó ya en los principios de algun sistema de moral y de filosofia, unos motivos é intereses tan grandes para ser el hombre generoso, compasivo y liberal? ¡Ah! no basta haber nacido bueno y sensible, ni estar convencido de la solidez, del honor y del placer que nos resulta de nuestros beneficios, para servir á los miserables de un asilo que corresponde á la extension de sus necesidades. ¡La sensibilidad humana se satisface con tan poco, y las leyes de la razon sola y de la mundana sociedad, piden tan ligeros sacrificios! . . . Asi es que el rico que en uno solo de sus festines consume la subsistencia de dos mil pobres, cree haber contentado bastante su corazon, y guardado las reglas prescritas por la naturaleza y la humanidad, con que se dé por su órden delante de sus puertas á uno ú otro anciano infeliz, transido de hambre, los miserables despojos de su sensualidad y de la glotonería de sus lacayos. Esto proviene de que en todos los sistemas las mas imperiosas consideraciones, en órden á la obligacion de ser liberal y humano, tienen siempre el doble defecto de dejar subsistir la ilusion que hace depender nuestra felicidad de nuestras riquezas, y de dar un precio muy ínfimo á los sacrificios de la beneficencia. Jesucristo es el único filósofo que ha sabido establecer en la tierra la mas necesaria de todas las virtudes, y tomar á los hombres por el solo lado que se dejan ablandar, cual es su interes de vivir mucho y de ser felices. Envilecer las riquezas y adjudicar un precio infinito y una dicha eterna al cuidado de hacerlas servir para alivio de los que sufren la pobreza; esto es vencernos hasta dentro de nuestro corazon, y obligar al hombre á mirar como suya la felicidad de sus hermanos.”

“Así, Filemon, aun cuando no hubiese fundamento para reprender á la incredulidad por la injusticia de haber atacado y combatido á la verdad, jamas podria sincerarse de la culpa de haber atentado cruelmente, desacreditando el Evangelio contra el refugio y esperanza de la desvalida pobreza; y no dejaria de ser menos cierto que es un sistema inhumano, y por sola esta razon digno de todos los anatemas de los buenos corazones y de las almas justas. Desde que los infelices están contentos con que el mundo sea cristiano, los que perturban al mundo en la posesion de su cristianismo, ejercen un ministerio terrible que costaria lágrimas y suspiros al hombre de bien que estuviese encargado de su cumplimiento; viviria éste inconsolable, contemplando la triste funcion que debía ejercer; y á pesar de todos los esfuerzos que hiciese para destruir una ilusion tan saludable y necesaria á la conservacion del pobre, siempre confesaria que adoraba en su corazon lo que su deber le impedía conservar. ¿Qué se debe, pues, pensar de esos filósofos, que desprovistos de toda prudencia y sebiduria, y sin mision ni carácter para mudar la religion pública, han intentado abolir un culto en el cual es Dios tan grande y el hombre tan bueno? ¿No es esto cerrar de un golpe al desvalido y miserable, la entrada al seno de Dios y al corazon de los demas hombres? ¿Podria darse un medio mas infalible y mas seguro de completar la desdicha de todas las víctimas de la adversidad y de la indigencia? Y si existiese en la tierra un alma bastante bárbara para calcular los grados de aumento de que es susceptible el continuo martirio del indigente, ¿podria inventar, para satisfacer su perversidad, un método mas victorioso y eficaz? Porque, á la verdad, el colmo del infortunio para un desdichado es la precision de haber de sufrir sus amarguras, sin tener asilo alguno en los hombres, ni esperar nada del cielo.”

¡Oh pobres! porcion respetable de mi sangre y de mi alma; ¡augustos y queridos compañeros de mi mas dulce, única y eterna esperanza! no, el Dios justo y santo que os ha hecho, no os ha sujetado á las inquietudes que agitan vuestra vida triste y laboriosa, sin un grande y profundo designio de bondad y de misericordia; y ese sentimiento tan vivo y tan dulce que experimentais en el fondo de vuestro corazon, siempre que fijais vuestros ojos, arrasados de lágrimas, en Jesucristo inmolido por la salud del mundo, os está diciendo que no es la casualidad la que preside á vuestro destino; que sois unas criaturas infinitamente preciosas á los ojos del Ser supremo y adorable que gobierna el universo; que cada uno de vuestros suspiros está escrito en su eterno libro; que se ocupa mas del cuidado de vuestra suerte que de todos los grandes sucesos y negocios de la tierra, y que vuestros mas mínimos sacrificios serán coronados con todo el peso de su eternidad y de su gloria. ¡Ah! no dejéis de besar con vuestros marchitos y desecados labios esa cruz que es la riqueza y la esperanza del mundo, y respirad en vuestras penas á vista de la gran víctima que da un precio infinito á todo cuanto sufris. Sí, Jesucristo es vuestro único y verdadero Padre; á él solo es á quien debéis el consuelo de esperar una futura felicidad, y hallar en el mundo almas sensibles y liberales. Del fondo de sus templos es de donde corren sin cesar hácia vuestro seno vuestros mas abundantes socorros, esos socorros inagotables que la caridad evangélica conserva y perpetúa para la subsistencia de los desgraciados. Una filosofia insensata pretende hacer ostencion de su humanidad; mas bien pronto experimentariais la mas desesperada mudanza en la circulacion de los beneficios que os sostiene, si os llegase á faltar el Evangelio, y no hubiese mas que la filosofia en la tierra. Y vosotros, pastores celosos y benéficos, venerables depositarios de los tristes clamores

de las miserias humanas; vosotros que recogéis en esas numerosas capitales los socorros con que alimentáis diariamente millares de desgraciados; vosotros sois quienes podeis decirnos si es bajo los pabellones de la filosofía, ó bajo los estandartes del cristianismo, donde reside el gran manantial de esos tesoros que esparcen incesantemente vuestras manos sobre la porcion indigente de vuestros rebaños, y van á buscar á la viuda desconsolada, al artesano enfermo, y al huérfano desvalido hasta los albergues mas oscuros é inaccesibles."

"Aquí pongo fin, amado Filemón, á mis reflexiones sobre este asunto tan importante. En vez de entrar en prolijos pormenores, te he presentado grandes y sublimes motivos. Un corazon noble solo necesita ser ilustrado; por lo demas, él sabrá arreglar el rumbo de sus obligaciones. Pronto cumpliré el último artículo de mi empeño."

CAPITULO IX.

CONCLUSION DEL ANTECEDENTE.

El hombre religioso en la campaña.

"Si la religion, Filemon amado, no formase al hombre sino para adorar á su Criador en espíritu y en verdad, este efecto imperceptible de su ascendiente sobre nuestro corazon y sobre nuestras costumbres, podria ser solo una prueba equívoca de la injusticia y de la mala fé de los que se esfuerzan en hacernos ignorar su excelencia y sus ventajas. Mas si al mismo tiempo que nos restituye á nuestra primitiva comunicacion con el Ser infinito, y á nuestras relaciones naturales y necesarias con el cielo, reproduce nuestra correspondencia esencial con todo el cuerpo de nuestros conciudadanos, y dirigiendo-

nos por la parte que somos eternos, nos da todas las inclinaciones y virtudes que hacen nuestra existencia temporal la mas apta para la prosperidad y dicha de la generacion á que pertenecemos; ¿no será necesario convenir en que la verdadera clave de la politica, igualmente que de la moral, no se puede hallar sino en el Evangelio; y que un filósofo que impugna la doctrina de Jesucristo, es tan mal especulador en materia de gobierno, como falso celador de los derechos de la razon y de la verdad?"

"Todos los que han escrito con acierto sobre lo que conviene á la gloria, á la felicidad y á la duracion de los imperios, han reconocido que el resorte y el alma de la fuerza pública se encierran en la perfeccion de la agricultura, y en los progresos y estimacion de las artes útiles á las verdaderas necesidades del hombre. Aun la filosofía de nuestros dias, á pesar de lo cómoda é indulgente que es sobre todos los puntos de las obligaciones humanas, no puede menos de confesar que el lujo, exaltado hasta el punto en que le vemos al presente, es una terrible señal de la ruina entera de las naciones; y que la capital que atrae y absorbe sin cesar el fruto de los sudores del labrador y del artesano, y á donde los que poseen los fondos y haciendas, van á devorar de una vez el producto lento y penoso de sus propiedades descuidadas y abandonadas, viene á ser insensiblemente el sepulcro de la industria y del trabajo, que son los que únicamente contribuyen al engrandecimiento y perpetuidad de una potencia."

"Mas sin internarme demasiado en estas consideraciones, que no son propias de mi asunto ni de mi estado, te haré observar, como de paso, que solo debe esperarse del Evangelio el remedio del mal que desola los pueblos, y la regeneracion de las costumbres que afianzan su felicidad; que hay una inconsecuencia y una contradiccion imperdonable en deplorar los desastrosos efectos de un

de las miserias humanas; vosotros que recogéis en esas numerosas capitales los socorros con que alimentáis diariamente millares de desgraciados; vosotros sois quienes podeis decirnos si es bajo los pabellones de la filosofía, ó bajo los estandartes del cristianismo, donde reside el gran manantial de esos tesoros que esparcen incesantemente vuestras manos sobre la porcion indigente de vuestros rebaños, y van á buscar á la viuda desconsolada, al artesano enfermo, y al huérfano desvalido hasta los albergues mas oscuros é inaccesibles."

"Aquí pongo fin, amado Filemón, á mis reflexiones sobre este asunto tan importante. En vez de entrar en prolijos pormenores, te he presentado grandes y sublimes motivos. Un corazon noble solo necesita ser ilustrado; por lo demas, él sabrá arreglar el rumbo de sus obligaciones. Pronto cumpliré el último artículo de mi empeño."

CAPITULO IX.

CONCLUSION DEL ANTECEDENTE.

El hombre religioso en la campaña.

"Si la religion, Filemon amado, no formase al hombre sino para adorar á su Criador en espíritu y en verdad, este efecto imperceptible de su ascendiente sobre nuestro corazon y sobre nuestras costumbres, podria ser solo una prueba equívoca de la injusticia y de la mala fé de los que se esfuerzan en hacernos ignorar su excelencia y sus ventajas. Mas si al mismo tiempo que nos restituye á nuestra primitiva comunicacion con el Ser infinito, y á nuestras relaciones naturales y necesarias con el cielo, reproduce nuestra correspondencia esencial con todo el cuerpo de nuestros conciudadanos, y dirigiendo-

nos por la parte que somos eternos, nos da todas las inclinaciones y virtudes que hacen nuestra existencia temporal la mas apta para la prosperidad y dicha de la generacion á que pertenecemos; ¿no será necesario convenir en que la verdadera clave de la politica, igualmente que de la moral, no se puede hallar sino en el Evangelio; y que un filósofo que impugna la doctrina de Jesucristo, es tan mal especulador en materia de gobierno, como falso celador de los derechos de la razon y de la verdad?"

"Todos los que han escrito con acierto sobre lo que conviene á la gloria, á la felicidad y á la duracion de los imperios, han reconocido que el resorte y el alma de la fuerza pública se encierran en la perfeccion de la agricultura, y en los progresos y estimacion de las artes útiles á las verdaderas necesidades del hombre. Aun la filosofía de nuestros dias, á pesar de lo cómoda é indulgente que es sobre todos los puntos de las obligaciones humanas, no puede menos de confesar que el lujo, exaltado hasta el punto en que le vemos al presente, es una terrible señal de la ruina entera de las naciones; y que la capital que atrae y absorbe sin cesar el fruto de los sudores del labrador y del artesano, y á donde los que poseen los fondos y haciendas, van á devorar de una vez el producto lento y penoso de sus propiedades descuidadas y abandonadas, viene á ser insensiblemente el sepulcro de la industria y del trabajo, que son los que únicamente contribuyen al engrandecimiento y perpetuidad de una potencia."

"Mas sin internarme demasiado en estas consideraciones, que no son propias de mi asunto ni de mi estado, te haré observar, como de paso, que solo debe esperarse del Evangelio el remedio del mal que desola los pueblos, y la regeneracion de las costumbres que afianzan su felicidad; que hay una inconsecuencia y una contradiccion imperdonable en deplorar los desastrosos efectos de un

lujo, en donde todo se abisma al mismo tiempo que se procura inspirar á los hombres el disgusto hácia una religion que une la felicidad de la vida presente y de la futura, y el hábito de reprimir sus insaciabiles deseos y de vivir en la sencillez, en la sobriedad y en la justicia, esperando el cumplimiento de la venturosa esperanza, y la venida de la gloria del gran Dios.”

“Ningun sistema, sino el de Jesucristo, destruye el lujo en su raiz y primer gérmen. Todos los demas dejan subsistir dentro de nosotros el principio que nutre y aumenta su tiranía; porque ninguno nos ofrece en el sacrificio de los placeres costosos y superfluos, en la práctica de la moderacion y de la frugalidad, la verdad y la plenitud de la grandeza y de la dicha que el hombre vano busca en el conjunto, variedad y multitud de objetos de que se cerca, y de los deleites de que se sacia. La tendencia esencial de la naturaleza humana, es resistir con toda su fuerza á su inestabilidad, á su declinacion y á su debilidad; esto es, asirse á todo, fortalecerse con todo, y apropiárselo todo, para hacerse de este modo poderosa, independiente y duradera. He aquí el foco de nuestra actividad y de todas nuestras pasiones. Este sentimiento es profundo é indeleble, porque está íntimamente unido con nuestra constitucion; y todo aquel que siente su existencia, quiere siempre mejorarse y aumentarse, si decirse puede, con todo cuanto juzga propio para sostener su fragilidad, ó distrae su vista de la muerte ó de la nada.”

“No se debe pensar en aniquilar en el corazon del hombre una disposicion que le era tan íntima como el movimiento y la vida. Toda naturaleza racional se esfuerza esencialmente á darse amplitud y consistencia, y aspira á la perpetua duracion. La pasion de haberlo todo, de poseerlo todo, y de devorarlo todo, no es mas que la ciega é irracional aplicacion de este esfuerzo por adquirir el complemento y la perpetuidad de la existen-

cia: de modo, que nuestra mas profunda miseria es una señal palpable de la grandeza de nuestro origen y de la alteza de nuestro destino, y el deplorable aparato de este lujo, que todo lo corrompe y mina sordamente los cimientos de los mas florecientes imperios, publica bien claro la necesidad que el hombre tiene de hacerse creer á sí mismo que es poderoso, inmortal y eterno. Porque á la verdad, el opulento que hace disponer y colocar al rededor de sí tantas alhajas preciosas y tantos muebles riquísimos, no se cree mas fuerte, mas estable ni mas feliz que el resto de sus semejantes, sino por la ilusion que le incita á mirar todo su boato y magnificencia como una extension de su ser, y como un segundo principio de vida que prolonga su existencia y duplica los recursos contra su destruccion.”

“El verdadero secreto para reducir al hombre á la moderacion y á la sencillez de los placeres tranquilos é inocentes, no es el de desvanecerle sus ideas de grandeza, ni sofocar sus deseos de poder, de permanencia y de infinitud; por el contrario, es el de afirmarle en su ardor y en su esfuerzo por llegar á esta elevacion, y adquirir este gran carácter de fuerza y de inmutabilidad á que se dirigen todos los proyectos, todos los afanes y todas las pasiones que le consumen; es el de sustituir á su vista la realidad y la sustancia de las cosas al fantasma que le engaña; es el de presentarle la verdad, en vez de su simulacro; aclararle el confuso deseo de su alma; dirigir su anhelo de ser y de tener conforme á un orden de fruiciones, en el cual no puede perecer realmente, en el que su propension la mas imperiosa y halagüena se halla coronada en toda la extension de su admirable energia, y en el que contribuye á su felicidad todo cuanto hay en el cielo y en la tierra.”

“Mira ya, Filemon, cómo estamos en el Evangelio. Jesucristo, en vez de clamar estérilmente, como han he-

cho en todos tiempos los que han ostentado una vana filosofía sobre la injusta repartición de las comodidades de la vida, y sobre la fatalidad que tiene esclavizados millones de hombres al capricho de un corto número de poderosos estúpidos é inútiles, acude directamente al origen de las pasiones destructivas de las sociedades, y hace servir la mas fuerte de todas, cual es la de adquirir la infinidad y la inmortalidad en el existir, para desengañarnos y distraernos de todos los anhelos y pretensiones del lujo y del orgullo. En vez de hacer resonar en nuestros oídos los fastosos nombres de *patria*, de *humanidad* y de *igualdad*, nos manifiesta claramente el engrandecimiento y el progreso de nuestro ser en aquello mismo que nos parece estar nuestra degradación, y nos conduce á todas las privaciones de la vida sencilla, frugal y modesta, por medio del mismo interés que nos anima al apetito de las superfluidades, y torna insaciable nuestra ansia de poseer. No se empeña en combatir esta propensión que nos arrastra en busca de un punto de apoyo en que podernos fijar, salvando nuestra existencia de la necesidad de disminuirse y acabarse; por el contrario, se vale de nuestra misma eternidad para justificar el rigor de las privaciones que nos prescribe. Aprueba y confirma la extension y ardimiento del deseo que nos estimula á fabricarnos asilos contra el poder destructor del tiempo, que pretende aniquilar nuestra naturaleza. Solo ataca al error que nos ilude en la ejecución de este gran movimiento de nuestra alma. Anima nuestros esfuerzos para elevarnos hasta la altura de un estado permanente, inmutable y defendido de todas las vicisitudes que padece las demas criaturas, anunciándonos que esta es una pasión que tiene su origen en la verdad de los planes de Dios, y que nosotros hemos nacido para una grandeza igual al deseo infinito de nuestro corazón. Solo nos advierte, que todo ese perecedero conjunto de co-

sas, á que nos adherimos con tanto afán, no es seguramente lo que nosotros buscamos; que no es esto todo lo que nuestro corazón nos pide; que no hacemos mas que recargarle y sofocarle; que queriendo fortalecer y aumentar su estabilidad, solo ocasionamos su decadencia y su ruina; que nuestro esfuerzo y anhelo por existir y durar, no puede sacar provecho de lo que no puede unirse ni incorporarse con nuestra sustancia; que ninguna causa perecedera puede darnos la consistencia y la eternidad; que solo hay un camino que nos conduce á este fin tan glorioso y tan vivamente deseado; que este camino es el gusto puro é íntimo de la soberana verdad, de esa gran luz que existía antes de la creación del tiempo, que todo lo llena, que lo ilustra todo, que se comunica á *todo hombre que viene á este mundo*, haciendo circular en nosotros el esplendor de Dios; y que nos ingiere en su infinidad, y en lo inmenso y perpetuo de su vida y de su gloria.”

“De este modo, el Legislador del cristianismo, ilustrándonos profundamente sobre el verdadero origen de nuestras pasiones, y sobre nuestros errores en la elección de los objetos en que nos sumergimos, por darnos una existencia mas amplia y mas sólida, nos fuerza, por decirlo así, á volver á entrar en la sencillez de la sobria é inocente naturaleza, y contribuye con un acierto, de que ningun filósofo ha dado ejemplo, á la felicidad de todos los estados y de todas las sociedades de la tierra, al mismo tiempo que parece que se ocupa tan solamente en formar la sociedad eterna de la otra vida.”

“Poned al hombre en un estado tal, que no cuide de que su deseo de existir, de gozar y de durar, se cumpla plenamente; vereis apagada de una vez en su alma esa sed de elevación, de riquezas y de placeres que causa la decadencia y la ruina de las naciones. El lujo no es mas que el mudo y confuso anhelo de la infinidad que la religión nos anuncia; es el suplemento estéril y engañoso de

la gran fuerza con que Jesucristo viene á incorporarse á todo el género humano. Todo cuanto forma nuestra noble especie, camina á adquirir poder; todo quiere engrandecerse, elevarse y mandar; todo quiere afianzarse y hacerse fuerte contra el torrente que lleva tras sí las generaciones y los siglos. De lo cual resulta, que reproducir en el corazón del hombre el claro sentimiento y la certeza inmutable de su unión con lo infinito, y de su inseparabilidad del Ser Supremo, en quien se halla la plenitud, la inmutabilidad y el complemento de la existencia, es entre todos cuantos sistemas ha imaginado el amor del orden y de la bienaventuranza universal, después del establecimiento de las sociedades, el más sublime, el más profundamente calculado, y el más victorioso para lograr la entera destrucción de las voraces pasiones que desolan y consumen todos los imperios del universo (1).”

“No, Filemon, nunca se repetirá demasiado; un hombre de bien, un virtuoso y buen ciudadano, un verdadero sabio es esencialmente cristiano en el corazón; y cuanto más se analice el grande y sólido carácter que distingue al Evangelio, y sus universales ventajas para la paz y felicidad del mundo, lo cual le hace el único libro digno de ser el código de todos los gobiernos de la tierra, tanta más dificultad cuesta suponer buenas intenciones en los que le combaten, y encontrar la línea de separación entre un filósofo irreligioso, y un peligroso y mal ciudadano.”

“Si la religión te ha hecho descubrir en el espíritu y la doctrina de Jesucristo una solidez que jamás habías percibido; si ella te ha apartado de los placeres, en que no sabe el hombre moderarse; si te ha hecho amar las

(1) Este secreto de Jesucristo se halla explicado con estilo más evangélico en el Cap. IV, el cual deberá volver á leerse, para aplicar lo que allí se dice al asunto que se trata en el presente.

frucciones honestas, y buscar la sobriedad en todas las cosas, es porque te ha hecho un hombre más sensato y honrado, y te ha reducido á los verdaderos principios de los deberes naturales y de las obligaciones sociales. Ella nada ha mudado en el fondo y constitución íntima, de donde nacen todos los deseos y todos los movimientos humanos; no ha hecho más que descubrir y especificar lo que desea tu corazón, y á lo que pretende unirse. No por gozar menos reduce el discípulo de la fe sus necesidades, y cercena todas las miserables demasías con que la mortalidad humana pretende encubrir su indigencia; sino para mejor gozar y proveer mejor á la necesidad que todo hombre siente de adquirir aumento y fuerza. El austero solitario, que vive en el fondo de su gruta salvaje con la desnudez y desfallecimiento de las maceraciones, no es animado sino del deseo de llegar al nivel del infinito y hacer su existencia perpetua. No se diferencia del hombre opulento y sensual, que acumula al rededor de sí todo cuanto puede lisonjear sus gustos y su orgullo, si se los considera á entrambos por el lado del primer movimiento que los determina. Ambos son impelidos por un mismo interés primitivo, y los hábitos más contrarios vienen á hallarse y reconcentrarse en una misma raíz.”

“Tú lo has experimentado, Filemon; el hombre pacífico, inocente y moderado en el uso de los placeres de la vida, lejos de menoscabarse y perder su verdadera consistencia, halla en el fondo de sí mismo, como una respuesta de firmeza y perpetuidad que forma el más dulce encanto de su vida. Juzga tú por la realidad del placer, que al presente gustas en la paz de los campos, y por la solidez del bien que en ellos haces, de la dicha que redundaría al mundo entero de la conversión de todo el género humano á Jesucristo. La idea de un universo feliz, el sueño de la edad de oro, todas las suposi-

ciones que puede concebir el hombre para figurarse el reino de su felicidad y el estado perfecto del género humano, todas estas imágenes ¿se acercarian á la verdad y belleza del espectáculo que nos ofrecería la faz de la tierra, si ésta no fuese habitada y gobernada sino por hombres formados, según el espíritu y los principios de una filosofía tal como la del Evangelio? Los pocos monumentos que ya existen del acierto de tus miras, y de la utilidad de tu residencia en medio de ese buen pueblo que cultiva tus dominios, ¿no es, á la verdad, una contestación bien palpable de lo que sirve para la felicidad de muchos hombres el cristianismo de uno solo? Apenas te presentas en la campaña, prometes en ella tu presencia la alegría, la felicidad y la abundancia. Tu vista empieza á vivificar lo que estaba muerto y decaído. Al punto se ve por todas partes al arado fertilizar las tierras incultas, ó medio cultivadas por la negligencia y la pobreza de tus colonos, que faltos de arbitrios y de recompensas, estaban igualmente escasos de valor y de celo por la perfección de la agricultura. *¡Qué hermosos son sobre los montes los pies de aquel que anuncia la prosperidad, la paz y la salud universal!* Con este sublime rasgo nos pintaba en otro tiempo un Profeta el mas bello y mas resplandeciente carácter del ministerio del Mesías. ¡Oh Filemon! el pueblo ingenuo, cuyas labores diriges al presente, usará de este patético lenguaje para celebrar su felicidad y tus virtudes. Sí, solo en la pintura de la verdadera grandeza del hombre Dios, podrá hallar el reconocimiento y júbilo de esos corazones sencillos y tiernos la expresión de sus bendiciones y de sus humildes rendimientos. Luego que te vean recorrer esos áridos y desiertos collados, que su industria habrá transformado en fértiles jardines, exclamarán contemplándote con una religiosa veneración: *¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del que nos ha traído la salud y la paz!*

“Ya me parece que veo á los padres abrazar trasportados de gozo á sus esposas y sus hijos, y congratularse con la esperanza de multiplicarse aún, sin temer que la tierra falte á sus cultivadores. Este pensamiento me recuerda la halagüeña imagen de que el inmortal Fenelon se vale en su *Telémaco*, para inspirar el horror al lujo, y el amor á las labores del campo. “Cuantos mas hijos, “dice, tienen los labradores, tanto mas ricos son, porque “desde su mas tierna edad empiezan á ayudarles. Los “mas jóvenes llevan á pastar los carneros, los de mayor “edad cuidan de los grandes rebaños, y en fin, los mas “adultos trabajan juntamente con su padre. Entre tanto la madre y toda la familia preparan una sencilla comida para su esposo y para sus amados hijos, que deben venir fatigados del trabajo del dia; cuida de traer “las vacas y las ovejas, de cuyos pechos se ven correr “arroyos de leche; hace una gran hoguera, al rededor de “la cual se divierte en cantar por las noches, esperando “el sueño, toda la inocente y pacífica familia; provee la “mesa de sabroso queso, de castañas y de otras frutas, “conservadas con la misma frescura que si se las acabase de coger del árbol. El pastor viene con su flauta, y “canta á la familia junta las nuevas canciones que ha “aprendido en las vecinas alquerías. El labrador entra “con su arado, y sus cansados bueyes vienen, inclinado “el cuello, con paso lento y tardío, á pesar del aguijón “que les arrea. Todos los males del trabajo acaban con “el dia. Los vapores agradables, que el sueño esparce “sobre la tierra por orden de los dioses, calman con sus “hechizos todos los negros cuidados, y tienen la naturaleza toda en un dulce encanto. Cada cual toma el sueño, sin curarse de los trabajos del siguiente dia. ¡Felicices estos hombres, sin ambición, sin artificio y sin desconfianza, á quienes los dioses dan un buen rey, y cuya “ya inocente alegría no es perturbada por el orgullo y la

“molicie de ciertos hombres, que hacen gemir á otros muchos bajo el yugo de una espantosa pobreza!”

“¡Qué dia tan hermoso, Filemon, se veria de repente brillar sobre la faz de toda la tierra si la virtud y el celo del verdadero bien presidiesen en ella, como lo hacen en ese ángulo del mundo que tú posees; y si todos los que tienen riquezas y poder adquiriesen las luces y los sentimientos que te animan al presenté! Sentimientos que no has adquirido, ni en las instrucciones, ni en el trato con ningun filósofo; y que no habrías hallado jamas si no hubieses buscado á Jesucristo. ¡Qué delicia para un corazón generoso y sensible no ver al rededor de sí sino hombres justos, buenos y dichosos, y ser solo la causa de una felicidad tan pura! He aquí las satisfacciones del ciudadano. Veamos ahora cuáles son las del cristianismo.”

“Solo en la campaña manifiesta la naturaleza toda su magestad y todos sus hechizos á los ojos del sábio, cuya alma es bastante grande para apreciar la magnificencia y la riqueza de su sublime espectáculo: mas ella en ninguno parte es verdaderamente hermosa y apta para penetrar nuestros corazones de un sentimiento puro é íntimo, sino cuando se la contempla á la luz de la religion. Si queremos, ¡oh gran Dios! recorrer esos inmensos espacios, y extender nuestra vista por esos elevados cielos y por la infinita llanura de esos mundos, todo es tenebroso, todo está muerto al rededor de nosotros, si separamos á Jesucristo del universo; y el sol mismo, que esperece sobre él un resplandor y unos colores tan variados y vivos, nos ilustra menos sobre la verdadera excelencia de los objetos con que la naturaleza hiere incesantemente nuestros ojos, que una sola palabra de la profunda y admirable filosofía del Evangelio.”

“Nosotros, Filemon, hacemos á toda hora ciertas reflexiones sobre los deseos y propiedades del corazón humano, que nos descubren una grande y sólida verdad, á

saber, que todas nuestras ideas de lo bueno, de lo útil, de lo bello y de lo excelente, nos vienen de la armonía que percibimos entre las cosas que están fuera de nosotros, y este esfuerzo de existir, de conservarnos y de durar, que sentimos tan vivamente en nuestro interior. Para que un objeto excite en nosotros un sentimiento agradable, es necesario que lisonjee, confirme y justifique nuestra propension á la perpetuidad, y que la satisfaga en cierto modo. El placer que causa la vista de las fértiles campiñas, de las ricas cosechas, de las amenas praderas, y de los abundantes y hermosos viñedos, no es otra cosa que la certidumbre de un socorro siempre renaciente para la subsistencia de todo cuanto respira; es la idea de una fuerza que viene á unirse con nosotros, y que parece nos responde de nuestra estabilidad. Todas estas cosas son como unas prendas magnificas de garantía, y unos simbolos placenteros de fecundidad y de perpetuidad, que favorecen nuestro mas violento deseo, y desvanecen el mas importuno y turbulento de todos nuestros temores.”

“Mas solo en el hombre, á quien Jesucristo ha dado los ojos de su sublime sabiduría, es donde se halla este placer puro y sin mezcla de ningun sentimiento amargo. Continuamente viene la tumba á ofrecer al hombre, en medio de sus mas dulces é inocentes placeres, ideas molestas y melancólicas que le abaten y consternan. Ve que todos cuantos cuidados toma la naturaleza para alimentarle y conservarle, terminan bien pronto en sepultarle en el abismo de la eternidad y de la nada. Hasta el mas débil arbusto, que el viento agita sobre la cima de los montes, cuenta mas larga vida que él. En efecto, ¿qué le anuncian esas viejas encinas, cuyas raices penetran hasta el corazón de la tierra, y cuyas ramas van á confundirse en el azul del firmamento? Que él solo perece en la naturaleza; que todo es perturbable en el universo,

á excepcion del ente que lleva en su interior el sentimiento y el deseo de la inmortalidad. Esa háya, esa roca, esa montaña, han visto nacer y pasar generaciones, y subsisten aún; nuestros padres las han visto, nosotros las vemos tambien, y aun nuestros descendientes las verán largo tiempo despues que nosotros hayamos desaparecido. Esa yerba tan tierna y frágil como la vemos caer al impulso de la hoz, que se marchita y deseca á los rayos del mismo astro que la habia hecho verdecer, crecer y madurar, deja al morir su fuerza y su vida en el seno de la tierra, de la cual se la volverá á ver salir con lozanía para vestir y adornar su superficie. ¿Mas qué digo? cuanto hay al rededor de nosotros mas imperceptible y mas contiguo á la nada, participa de esta inmortalidad universal, y parece que no puede haber cosa alguna sobre la tierra, por pequeña que sea, que no avergüence al hombre de su nada. Esos vapores tan faltos de solidez; ese humo que se eleva desde los hogares de las cabañas ó de la superficie de los arroyos, este simbolo de la nulidad y de la nada, á quien se compara todo cuanto es momentáneo y fugitivo, aunque se dispersa y evapora por los abismos del espacio, no desaparece, sin embargo, de la masa de los séres: solo padece una mudanza de lugar; va á aumentar esos lagos que vemos suspensos sobre nuestras cabezas, preparados para regar nuestros campos y colonias, mantener perennes los manantiales de las fuentes y de los pozos. Así la naturaleza, que ha marcado con un carácter de eternidad todo cuanto lleva en su seno, solo ha exceptuado al hombre de esta ley, que se ha cumplido desde el principio del tiempo. No hay en el universo una fuerza capaz de destruir la gota de agua que ves brillar al través de los rayos del sol en los pámpanos de las colinas; y tú, ente sublime, tú que mides y pesas este universo; tú, cuya industria ha ayudado tanto á su magnificencia; tú que abrazas todos los tiempos y todos

los espacios; tú, que has llegado á descubrir mundos de fuego, sumergidos y ocultos en las espantosas concavidades de los cielos; tú, que tocas lo infinito, y que te has elevado hasta las regiones situadas donde reverbera mas particularmente el resplandor divino, es fuerza que vendas á ser nada, y que tu último movimiento sea tu caída en el horror de una destruccion irremediable!”

“Si estas afflictivas reflexiones se presentan al espíritu de alguno de nuestros filósofos irreligiosos, que se glorían de amar la campaña, ¿cómo podrán gozar en ella un solo momento de verdadero placer! Pero si no reflexionan, es preciso añadir, que el contento que ellos experimentan es de una especie bien poco delicada y filosófica. Verdaderamente es mas feliz un pagano, y goza mejor de las delicias de la vida campestre. El espectáculo de la naturaleza es á sus ojos la imagen y el principio de su futura felicidad. Los gentiles quieren mas forjarse una vida futura, semejante á la economía del universo, que unos sistemas que habrian turbado todo el placer que sienten en admirar las maravillas de Dios, y en cultivar sus campiñas. La idea de sus campos eliseos tiene su origen en nuestro antiguo y natural deseo de eternizar nuestros mas verdaderos y mas dulces placeres; y han creído que no podian animar mas eficazmente á la virtud, que ofreciendo la perspectiva de los olorosos bosques, de las praderas siempre renacientes y floridas, y de los arroyos cristalinos que riegan aquellos amenos sitios destinados á ser la morada eterna de los justos.”

“Si las costumbres campestres de los antiguos patriarcas nos ofrecen una pintura mas interesante y mas amable que la de las otras naciones de la antigüedad, es porque en ellos son mas puros y vivos los sentimientos religiosos, y la esperanza de la inmortalidad mas clara y mas fundada. Todo es risueño en la naturaleza para quien

se siente mas grande que ella; y las placenteras imágenes de los campos embriagan de alegría á un corazón que está animado de los sentimientos de su eterna duración, y de su destino á hallar en la inmensidad de Dios todo lo que es verdaderamente excelente y bello en la obra de la creacion. De aquí aquella dulce serenidad, aquellos cánticos de alegría, aquellos festines preparados en el centro de los campos, en donde los hijos de Abraham bendecian al son de sus rústicos instrumentos, *al Dios que da la vida á todas sus criaturas, y prepara el alimento á los hijos de los cuervos que le invocan.* De aquí aquella tierna benevolencia, aquella esmerada y benéfica liberalidad que se comunica á todo cuanto se le aproxima, y de que nos da tan tiernos y edificantes ejemplos la historia del antiguo pueblo de Dios. Solo referiré en este lugar el de Booz. Al entrar en su campo, refieren los Libros sagrados, se acerca á sus obreros y les saluda diciendo: *El Señor sea con vosotros, mis queridos hijos.* El Señor, responden ellos, *os colme de sus bendiciones.* Al mismo tiempo divisa una muger extranjería que estaba espigando en sus rastrojos, é informado por sus criados de que habia venido del pais de los moabitas con su suegra Noemi: “Escucha, le dice, hija mia, “no vayas á espigar á otros campos que á los míos, y “agrégate á mis hijos; quiero que comas y bebas con “ellos. Me han dicho cómo te has portado con Noemi, “después de la muerte de su hijo y de tu esposo, y que “has dejado tu patria y tus parientes por seguirla á un “pueblo que te es desconocido. El Señor bendiga tus “grandes sacrificios, y ojalá que recibas una plena recompensa del Dios de Israel, á quien te has refugiado “y que te ha acogido bajo sus alas.” Después dice en secreto á sus segadores: “Nadie diga á esta jóven cosa “que pueda avergonzarla ó affigirla. Haced como que “ignorais que ella sigue vuestros pasos en el destajo, y

“dejad de propósito algunas espigas para que ella las recoja sin avergonzarse.” ¿Dónde se hallarán, Filemon, unos rasgos de delicadeza, y unos sentimientos que se asemejen á estos? ¿Y qué lector, por frio y duro que sea, podrá contener las lágrimas al contemplar semejantes imágenes?”

“¡Oh inocencia de los campos! Solo en el fondo de vuestros dulces y pacíficos retiros se halla bien el corazón del hombre; allí solo se encuentra la verdadera alegría, y esta es la que nos hace buenos, agradables, desinteresados y generosos. La tristeza, el amor austero y melancólico, sobre todo, cuando nos proviene de nuestras tinieblas, de nuestras incertidumbres, de nuestra impiedad y de nuestro remordimiento, extingue en nosotros toda benevolencia. Nada hay tan duro como el que se aborrece á sí mismo. La mansión en la campaña, tan propia para despertar toda la bondad y toda la beneficencia de quien mantiene un alma llena de su ser inmortal, aumenta en el hombre sin fé y sin esperanza su indiferencia á todo bien; porque no halla en ella sino motivos de importunas y sombrías reflexiones. Todo es fúnebre para él en la naturaleza. Cuanto mas se compara con los objetos que le pone á la vista, tanto mas gime y se lamenta de hallarse tan pequeño y tan fugaz en medio de la inmortalidad universal. No ve cosa que la tierra no tenga virtud de conservar ó de hacer reproducir después de su destruccion, sino su especie. Todo cuanto ella recibe en su seno, baja á él para volver á vivir. Solo el hombre es arrojado á ella para no volver á comparecer jamas, y para sepultarse en el seno de la muerte.”

“Así siempre que el vivo y magestuoso teatro de la naturaleza oprime el alma del insensato con pensamientos molestos y desconsoladores, el dichoso y modesto discípulo de la religion no descubre en él por todas partes sino símbolos y vestigios de su excelencia y de su per-

petuidad. No ve en todo sino la figura y la profecía de su alto destino; y la idea de tantos muertos que duermen en la podredumbre de la tierra, esta idea tan molesta y tremenda para el impio, no es para él una imágen mas afflictiva que la vista de un campo que acaba de sembrar el labrador. Ve los hombres caer unos sobre otros en los sepuleros, del mismo modo que ve caer una preciosa y pura semilla en los surcos que abre el arado. Un cementerio es á sus ojos un campo cuyo interior contiene mas vida que la que reside en el seno de las mas fértiles praderas, y en donde las semillas que están depositadas no se desenvuelven mas lentamente sino porque deben producir sustancias inalterables y eternas.”

“¿Qué orden de cosas, Filemon! Al contemplarle el hombre, ¿no se siente aliviado de la opresion de su mas violento deseo? Si alguno le hubiera soñado tan solamente, ¿no se tendria por desgraciado al despertar de un sueño tan lisonjero?”

“Si el grano de trigo que cae en la tierra, dice Jesucristo, no se disuelve y muere en ella, queda solo y no puede reproducirse ni multiplicarse; pero si queda en ella como perdido y aniquilado, se le verá salir luego en un tallo lleno de vigor y de gracias, y llevar en sí los mas brillantes testimonios de la fuerza que ha adquirido en las entrañas de la tierra. He aquí, pues, este sublime sueño convertido en la verdad mas hechicera y necesaria á todo el género humano. A nosotros es á quienes alude este lenguaje del hombre Dios. He aquí el sistema de la religion encadenado con el de la naturaleza. He aquí la unidad del gran designio de Dios expuesta á una luz que lo ilustra todo y que nos descubre la razon de todo. He aquí la explicacion de la fuerza inefable de nuestra voluntad y de nuestro irresistible esfuerzo por superar nuestra nada y durar para siempre.”

“San Pablo, el mas profundo intérprete de la filosofia

de Jesucristo, asciende á este carácter de la constitucion humana, para hacernos admirar el de las promesas del Evangelio. Y cuando dice (1): nosotros no queremos ser disminuidos ni despojados, sino que anhelamos por aumentarnos y revestirnos de nuevo, para que el principio que hay en nosotros y que nos impele hácia la muerte, sea absorbido por la plenitud y la totalidad de la vida, nos pinta, cuando así habla, lo que hay de mas íntimo y reservado en toda la especie humana; y he aquí el hombre con toda la verdad y toda la energía de su naturaleza.”

“Por medio de esta reflexion, sacada del origen de nuestras mas vivas pasiones, nos conduce el Apóstol de la fé, como ilustrado filósofo, á que reconozcamos los misterios mas profundos, y puede desafiarnos á que desechemos la esperanza del cristianismo, sin degradarnos de la naturaleza, y sin desmentir á nuestra conciencia, á nuestro corazon, y al clamor de todo el universo.”

“¡Oh hermanos míos! yo os revelo aquí el mas grande y el mas glorioso de los misterios. Nosotros morimos, es verdad; mas saldremos del sepulcro para no morir jamas. . . . ¡Insensato! ¿preguntas cómo lo que ha muerto podrá volver á vivir? Mira todo lo que hay al rededor de tí, pregunta á la naturaleza. ¿Todo cuanto ves viviente y vigoroso, no es fruto de la corrupcion y de la muerte? ¿El grano que arrojas en la tierra no muere luego? ¿Y le ves acaso volver á parecer ó reproducirse antes de haberse como aniquilado por medio de la corrupcion? Tal es la resurreccion de los muertos. Nuestros cuerpos no se sepultan en los abismos de la tierra para perderse y no salir de ella jamas. Están sembrados en su seno para salir de él un dia llenos de fuerza y de vida. Son sembrados en la tierra, y reducidos á un esta-

(1) II Cor. v. 4.

do de corrupcion; pero saldrán de ella incorruptibles é inalterables. Son sembrados en un estado de abatimiento y de debilidad, pero se levantarán rodeados de una gloria y de un resplandor todo divino; son sembrados inmortales y frios, mas se les verá aparecer revestidos de una forma resplandeciente, adornados de movimiento y de tal inmortalidad, que sorprenderá á toda la naturaleza. Entonces el género humano, triunfante de todo el poder destructor de la muerte, le dirá: *¿Dónde está ahora, oh muerte, tu victoria? (1)*

“Si alguno se obstina en no conocer en este órden de ideas el antiguo sistema del corazon humano, y la clara manifestacion de lo que el hombre anhela desde el principio del mundo en lo confuso de sus pensamientos, todo será para él un caos, así en su alma como en el universo, y de nada sabrá gozar en la tierra sino de sus profundas tinieblas y de sus incertidumbres turbulentas. Un verdadero filósofo debe admirarse al ver cómo la fé no hace mas que cumplir y perfeccionar lo que los siglos mas groseros y obcecados dejaron ya dispuesto en medio del desórden de sus ideas y de sus costumbres. El hombre, obligado desde entonces de la necesidad de satisfacer su pasion de existir y de durar, y celoso de la estabilidad de todo cuanto la naturaleza mantiene y reproduce sin cesar, se esforzaba á figurarse alguna cosa semejante á la que la religion nos ha anunciado despues tan magnificamente, y se consolaba de la impotencia de poder arribar y fijarse en el verdadero infinito, alimentado su espíritu con ficciones é imágenes que lisonjaban ó divertian su vivo deseo de ser inmortal. Nada le era tan delicioso como figurarse los cuerpos humanos repentinamente mudados en árboles llenos de vigor, los corazones palpitantes cubiertos con una corteza impenetrable,

(1) I Cor. XV, 55, 56; 42, 43, 61, 65.

y las manos convertidas en ramas siempre floridas. ¿No son todas estas cosas, oh Filemon, unos bosquejos antiguos é informes del destino del hombre en el cristianismo? ¿No se descubre en la irregularidad de todas estas ilusiones, y está indicado suficientemente, aunque por rodeos, el anhelo del hombre por las esperanzas que Jesucristo ha venido despues á traer al mundo? ¿Y no se podrá decir aquí que las mas extravagantes fábulas sirven á hacer triunfar y resplandecer la verdad?”

“Así, Filemon, contemplando la hermosura de los campos á la luz de la fé, tu alegría será pura y completa; pues nada te quedará que envidiar á la naturaleza, la cual por el contrario hallarás inferior á tu grandeza y superioridad; y toda su fuerza de durar y de reproducir cuanto cria, no será ya á tus ojos mas que una sombra de la energía que reside en tí, la imágen de tu excelencia y la figura de tu eternidad. Ella te dirá por todas partes: *Yo estoy destinada á perecer, y tú, augusto renuevo del infinito, tú no puedes perecer y vivirás para siempre.* Te hallarás mas antiguo que ella, si sabes penetrar la altura de los designios de Dios, y comprender tu coexistencia con el Ser infinito; pues solo para el cumplimiento de sus miras, con respecto al hombre, ha arreglado en la profundidad de su consejo y de su eterna soledad, las leyes de la naturaleza y el órden de todo el universo; y tú puedes apropiarte en algun sentido muy verdadero, lo que el *Verbo del Altísimo* nos dice de su unidad con el Criador adorable de todos los seres. “El Eterno me ha poseído desde el principio de sus grandes designios, y desde los siglos antiguos que han precedido tan de antemano á la formacion de la tierra. Yo estaba presente ante su trono cuando trazaba en los espacios vacíos, el giro que debian seguir el sol y los demas astros. Aun no habia colocado los montes sobre sus profundos cimientos; no se habia visto á las colinas

“elevar hácia el cielo sus masas enormes, ni á los valles “extenderse en praderas, en campos y bosques; el agua “clara de las fuentes aun no brotaba del seno de las ro- “cas y de las cavernas; la mano del Todopoderoso aun “no habia afirmado la tierra sobre sus fundamentos, ni “abierto los cauces del vasto abismo, y yo estaba conce- “bido ya en su pensamiento, y trazaba con él el plan de “la creacion en las tenebrosas regiones de la nada.”

“¿Cómo podrás contener los trasportes de tu admira- cion y regocijo cuando, paseándote por las amenas colinas en donde veas madurar el dulce fruto de la vid, y esas fértiles llanuras, cubiertas de espigas, que dan al hombre su pan y subsistencia diaria, reconozcas en esos dos manantiales de la fuerza y de la vida los dos elemen- tos del augusto é interesable misterio que hace circular en nuestras venas y en nuestros miembros, la incorrup- cion de Dios, y en el cual vamos á incorporar con nues- tros débiles órganos todo el carácter de su gloria, de su permanencia y de su infinidad? ¿Con qué esplendor y magnificencia hace allí la fé brillar á la naturaleza? ¡Oh campos! ¡oh colinas! ¿es en efecto verdad que vosotros intervenis en el profundo y eterno consejo que nos des- tina á volar un dia, al través de todas las ruinas del uni- verso destruido, á las inmensidades de esa gran potencia en que nada puede morir; y que de vosotros nos viene, junto con la subsistencia natural de nuestra dolorosa mor- talidad, el pan misterioso y el cáliz bendito que nos ha- cen vivir eternamente? Torres antiguas y venerables, que lleváis en triunfo por los aires la respetable señal de la salud del mundo; todo lo que vamos á adorar y reci- bir dentro de nosotros mismos en vuestros pacíficos y magestuosos recintos, lo vemos, por decirlo así, engen- drarse y prepararse en nuestros valles y sobre nuestros montes. Así por una profunda dispensacion de la sabi- duría infinita nos ingiere la religion en la sustancia y per-

petuidad de Dios, consagrando y divinizando lo que pro- duce la naturaleza para alimentar nuestro cuerpo terrenal; de suerte que la religion abraza en la magestad de su espectáculo, todas las riquezas de la naturaleza, y la naturaleza se hermosea por todas partes con la grandeza y magnificencia de la religion. ¡Qué armonía! ¡Qué unidad! ¡Oh Evangelio de Jesucristo! ¡infeliz del que no ve resplandecer en tu doctrina todos los rayos de la eterna verdad!”

“No podrás dar un paso por esos tranquilos é inocen- tes lugares, sin reconocer los simbolos y las prendas de tu grandeza y de tu divinidad (1). Las cosas mas im- perceptibles que se pisan sin advertirlo, vendrán á ser para tí objetos elocuentes y sublimes, de quienes sacarás las mas sólidas reflexiones y los mas dulces sentimientos. El espíritu de la fé tiene la virtud de abultar lo que pa- rece nada, y de dar un gran sentido á lo que no despierta idea alguna en los espíritus disipados y vulgares.”

“Mira, Filemon, ese frágil insecto que se arrastra tan lenta y penosamente sobre esa trémula hoja de que se alimenta: ¡qué imágen tan sensible de la flaqueza y de la nada! pues aun te ofrecerá un simbolo mas sensible de la destruccion y de la mortalidad, si le sigues en las vicisitudes á que le sujeta la naturaleza. Despues de haber rastreado un poco de tiempo al rededor de la plan- ta que le sostiene, quedará inmóvil, se envolverá y se- pultará en las ruinas de sí mismo, se formará una tumba de sus propios despojos, y ya no se advertirá en él se- ñal alguna de calor ni de vida; ya no será mas que un poco de lodo, que jamas se le creará capaz de adquirir movimiento ni vida. Las lluvias, los hielos y las nieves del invierno parecerá que acaban de hacer irrevocable la

(1) No tiene sobrada energía esta palabra para quien tiene una justa idea del verdadero designio de la religion.

proscripcion de esta sustancia tan vecina á la nada, aunque ella posee todo su principio vital. Sin embargo, apenas vengan á calentar esta corteza los primeros rayos de la estacion que lo reanima y renueva todo sobre la faz de la tierra, verás este sepulcro, cerrado tanto tiempo, abrirse por medio de mil dulces graduaciones, sábiamente manejadas, y salir repentinamente de él un nuevo ser todo resplandeciente, que irá á desplegar por los aires los ricos colores de sus brillantes alas."

"¿Podrá dejarse de conocer aquí la admirable semejanza que aproxima el lenguaje de la naturaleza al del Evangelio? y no deberemos reconocer, trasportados de alegría y agradecimiento, que Jesucristo no ha hecho, por decirlo así, sino explicarnos lo que toda criatura enseñaba al hombre antes de él, y sustituir una expresion mas familiar y mas clara á todos los símbolos vivos y palpables con que el espectáculo del universo nos describía desde el principio nuestro destino? Si, Filemon, todos los efectos de la naturaleza son una pintura en bosquejo del estado á que es llamado el hombre, y los antiguos y venerables geroglíficos de su grandeza y eternidad. La naturaleza y la fé no componen sino un solo, profundo y vasto sistema de filosofia, cuyo centro y objeto es el hombre; lo que esta nos ha venido á revelar abiertamente, nos lo habia enseñado en todos tiempos la otra por medio de parábolas; y todo cuanto abrazan en sus inmensidades el cielo y la tierra, se une, se acuerda y se reconcentra en la unidad y verdad del Evangelio."

"Póstrate, oh Filemon, con toda la humilde religion de una alma embriagada de la sabiduría y de la armonía de las obras de Dios, siempre que pases por delante de aquella cruz plantada sobre la colina, á quien corona un bosquecillo de espesos árboles con sus extendidas ramas. Contéplate entonces como puesto delante del solo objeto que forma la grande y verdadera gloria del orbe, y

que es capaz de explicarte, con la mayor sutileza, las relaciones eternas que hay entre Dios, el mundo y los hombres. El profano filósofo, que á pesar de todo el aparato de observacion, de ciencia y de estudio en que se confunde, no verá jamas al rededor de sí sino masas y vacío, se indigna al encontrar esta señal augusta de la comunicacion y de la amistad establecidas entre el cielo y la tierra, y no ve en ella sino un monumento chocante de supersticion que desfigura la magestad de la naturaleza. Mas tú, Filemon, que eres mas sólido é incontestablemente filósofo, comprendes que solo por Jesucristo se concuerda todo, se corresponde y se sostiene en la economia del tiempo y de la eternidad; que todo disuena, se impugna y contradice, si se quita ese trofeo de omnipotencia y de sabiduría, atentas á mantener la unidad de excelencia entre Dios y el hombre; y que la cruz es tan necesaria al universo, como el sol, los montes y los rios. Porque el misterio de la cruz, si sabemos considerarle por parte de su relacion con la totalidad de los planes de Dios, no es mas que la expresion de su resistencia contra toda causa que destruye en nosotros el Ser infinito, que nos ha comunicado por medio de su Verbo. Esta es la razon porque San Pablo, que nos habla siempre como profundo filósofo, llama á la cruz *el misterio de la fuerza de Dios*. Jesucristo, como consustancial á Dios, posee la excelencia infinita; como semejante al hombre, y como participante de su carne y de su sangre, le hace dividir con él, y le apropia su infinidad; como inmolado bajo el doble carácter que distingue su persona adorable, hace perpetua é inagotable la fuente de nuestra generacion divina; de suerte que, usando del lenguaje de un antiguo profeta, *por la muerte de Jesucristo ha sido destruida la iniquidad y traída á la tierra la eterna justicia*; por cuanto hasta el fin de los siglos hallará el hombre degradada su grandeza en la cruz, que es la única raiz de

toda vida divina; el apoyo siempre subsistente de la gran gloria de Dios en medio de la tierra; y el triunfo brillante de la salud eterna sobre la corrupcion humana. De esta suerte todos los árboles de los bosques son bendecidos y consagrados por el misterio de la cruz, como todos los pámpanos de las colinas, y todas las espigas de los valles son santificados por el milagro inefable que se ejecuta y perpetúa en los templos, reverberando en la naturaleza los resplandores y la magestad de la religion."

"Así es, Filemon, como todo toma un nuevo carácter y nuevos colores para el hombre que ha aprendido á mirarlo todo á la luz de Jesucristo; y el mismo impulso de la gracia divina que crea en nosotros otro corazon, crea al mismo tiempo otros ojos y otro universo."

"¡Oh qué delicias tan verdaderas experimentarás en confundirte con ese buen pueblo, que te admira y te ama en la oscuridad de ese rústico santuario, á donde va á ofrecer sus votos sinceros é inocentes! ¡Cómo sentirás elevarse y enternecerse tu alma, al ver la impresion que hace en esos corazones religiosos y sensibles la voz del Pastor que les anuncia *las verdades del reino de Dios!* ¡Cómo habla todo en ellos de los consuelos y esperanza de la fe! ¡Qué atencion tan ansiosa, qué actividad la suya! ¡Qué carácter tan grande y sublime da á este espectáculo la vista de la religion! ¡Y qué filósofo, por obstinado que esté en la impiedad, no hará imprecaciones contra la desgracia de ver al espíritu de incredulidad ganar los corazones de nuestros hermanos, al mirar el celo y pura alegría con que esos hombres rústicos y sencillos, interrumpiendo todos sus trabajos, y olvidando sus penas domésticas, vuelan al templo para llenarse allí de Dios, y dilatar su corazon con la dulce esperanza de experimentar algun dia el descanso interminable y la eterna felicidad?"

"Yo ejercí, Filemon, en otro tiempo, el ministerio del

Evangelio en una aldea en la cual era párroco un eclesiástico digno de los siglos apostólicos, y residia un señor que honraba á la humanidad con su beneficencia, y á la religion con los ejemplos de las mas heroicas virtudes. Sin duda el cielo habia reunido estos dos hombres en aquella parroquia campestre para conservar un modelo de lo que eran los cristianos en los primeros tiempos del Evangelio. Jamas ví brillar la religion, como en este lugar, con toda la gloria de su triunfo. Por todas partes producian en mi alma las mas dulces conmociones, la tierna y viva imágen de la paz, de la alegría y de la union. Allí el labrador, sostenido sobre su arado, une su voz al gorjeo de los pájaros que vuelan al rededor, y repite los santos cánticos que ha aprendido en el templo. Aquí el modesto artesano se esfuerza contra la fatiga y la importuna continuacion del trabajo, con la vista del gran Dios que todo lo ve, y que todo nos lo recibe en cuenta, y nos guarda el precioso depósito de nuestros sentimientos y de nuestras obras, para coronarlas bien pronto *con todo el peso eterno de su gloria* y de su inmortalidad. Allí la madre de familias, en medio de sus pequeños hijuelos, enseña sus balbucientes lenguas á invocar *al Padre que está en los cielos*, y mira en los que han salido de su seno unas venturosas criaturas que deben vivir eternamente en el de Dios. Aquí el viñador, sediento con el calor que ha tomado trabajando en las abrasadas laderas, al apagar la sed en los cristalinos arroyuelos que serpean al rededor de sí por el ameno valle, suspira por *aquel torrente de delicias, preparado en la casa del Señor para embriagar siempre á los que han sido probados en la tierra por medio de las tribulaciones*. En fin, yo ví á los ancianos morir sin turbacion y sin remordimientos en el fondo de sus albergues, bendiciendo con sus flacas y trémulas manos á sus amadas familias, y diciendo á sus llorosos hijos, colocados cerca de sus po-

bres y austeros lechos, lo que decia Tobías al espirar, al único hijo que dejaba: "Nosotros ahora es cierto que vivimos en la pobreza y los trabajos; mas poseeremos grandes bienes si tememos á Dios y permanecemos fieles en la práctica de sus santos preceptos: porque somos los hijos de los santos, y esperamos la eterna bienaventuranza, prometida á los que perseveren en la santidad de la alianza, concluida con la descendencia de Abraham."

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO X.

LOS ÚLTIMOS DIAS DEL HOMBRE RELIGIOSO.

Aquí concluye el manuscrito de Filemon. Lo que sigue lo ha añadido su hijo despues de la muerte de aquel.

"Mi padre, dice, leía y meditaba todos los dias de su vida, los sábios consejos que habia recibido de aquel varon á quien llamaba *el oráculo de su corazon*. La costumbre de penetrarse de la solidez y belleza de la religion, habia aumentado de tal suerte la sensibilidad natural de su interior, que se le veía enternecerse siempre que se recogía en oracion ó queria hablar de Dios. Yo era por lo comun, quien le acompañaba en los paseos que daba por los contornos de las aldeas; porque los médicos no le permitian que anduviese solo á causa de su quebrantada salud. Hijo mio, me dijo un dia que respirábamos juntos el aire de las selvas, yo conozco que toda la familia de casa hace un sério estudio para distraerme de la idea de mi próximo fin: mas yo debo decirte, por el tierno amor que me profesas, que su vana prudencia me affige; y que deseo me dejen gozar tranquilamente de mi mas dulce y consolador pensamiento. ¡Ah! ¡qué desgraciado es el hombre cuando se ve reducido á la triste precision de aturdirse, por decirlo así, y desatenderse de

la inevitable necesidad de morir! ¡Y cuán glorioso es para la religion que solo en su seno sea la muerte una felicidad! La impiedad, que ha impugnado y oscurecido todas las verdades que perturban al vicio, debe bien sentir no poder negar la muerte. Si ella hubiera podido desterrar del mundo esta creencia, nada hubiera faltado á sus esfuerzos y astucias para animar todas nuestras pasiones y extinguir todos nuestros remordimientos. Sin duda no habria dejado de colocar esta verdad, como otras muchas, en la clase de las ideas supersticiosas, si el género humano no debiese morir indefectiblemente, y no se viera á los hombres descender todos los dias al sepulcro. Mas la incredulidad nada puede en un asunto en que la experiencia apoya la revelacion; y así nos abandona en el caso en que nuestra corrupcion tiene mas necesidad de que se desvanezca ó dulcifique su oprobio y su espanto. La irreligion abulta por sí sola los horrores que cubren los sepulcros de los hombres, y dobla, por decirlo así, nuestra muerte, en el hecho de quitarnos nuestras esperanzas, sin quitarnos los temores; solo el cristiano no ve su destruccion en parte alguna; él solo halla la certidumbre y la prueba de su estabilidad, hasta en el fondo de los abismos y de las tinieblas subterráneas que se tragan todas las generaciones del universo."

"Mientras así hablaba, llegamos cerca de un valle espacioso y dilatado, en el cual se respira bajo un cielo mas claro y mas abierto, aun sin salir del vano recinto de la selva. Allí, entre dos colinas, cortadas en forma de anfiteatro y erizadas de espinos olorosos, se descubren las ruinas de un antiguo monasterio, célebre en su tiempo por la sublime virtud de los varones divinos que habitaban este desierto. De en medio de sus ruinas, esparcidas y cubiertas de un musgo blanquecino y desecado por el tiempo, se eleva en forma de bóveda una especie de basilica toda construida de huesos humanos, re-

bres y austeros lechos, lo que decia Tobías al espirar, al único hijo que dejaba: “Nosotros ahora es cierto que vivimos en la pobreza y los trabajos; mas poseeremos grandes bienes si tememos á Dios y permanecemos fieles en la práctica de sus santos preceptos: porque somos los hijos de los santos, y esperamos la eterna bienaventuranza, prometida á los que perseveren en la santidad de la alianza, concluida con la descendencia de Abraham.”

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO X.

LOS ÚLTIMOS DIAS DEL HOMBRE RELIGIOSO.

Aquí concluye el manuscrito de Filemon. Lo que sigue lo ha añadido su hijo despues de la muerte de aquel.

“Mi padre, dice, leía y meditaba todos los dias de su vida, los sábios consejos que habia recibido de aquel varon á quien llamaba *el oráculo de su corazon*. La costumbre de penetrarse de la solidez y belleza de la religion, habia aumentado de tal suerte la sensibilidad natural de su interior, que se le veía enternecerse siempre que se recogía en oracion ó queria hablar de Dios. Yo era por lo comun, quien le acompañaba en los paseos que daba por los contornos de las aldeas; porque los médicos no le permitian que anduviese solo á causa de su quebrantada salud. Hijo mio, me dijo un dia que respirábamos juntos el aire de las selvas, yo conozco que toda la familia de casa hace un sério estudio para distraerme de la idea de mi próximo fin: mas yo debo decirte, por el tierno amor que me profesas, que su vana prudencia me affige; y que deseo me dejen gozar tranquilamente de mi mas dulce y consolador pensamiento. ¡Ah! ¡qué desgraciado es el hombre cuando se ve reducido á la triste precision de aturdirse, por decirlo así, y desatenderse de

la inevitable necesidad de morir! ¡Y cuán glorioso es para la religion que solo en su seno sea la muerte una felicidad! La impiedad, que ha impugnado y oscurecido todas las verdades que perturban al vicio, debe bien sentir no poder negar la muerte. Si ella hubiera podido desterrar del mundo esta creencia, nada hubiera faltado á sus esfuerzos y astucias para animar todas nuestras pasiones y extinguir todos nuestros remordimientos. Sin duda no habria dejado de colocar esta verdad, como otras muchas, en la clase de las ideas supersticiosas, si el género humano no debiese morir indefectiblemente, y no se viera á los hombres descender todos los dias al sepulcro. Mas la incredulidad nada puede en un asunto en que la experiencia apoya la revelacion; y así nos abandona en el caso en que nuestra corrupcion tiene mas necesidad de que se desvanezca ó dulcifique su oprobio y su espanto. La irreligion abulta por sí sola los horrores que cubren los sepulcros de los hombres, y dobla, por decirlo así, nuestra muerte, en el hecho de quitarnos nuestras esperanzas, sin quitarnos los temores; solo el cristiano no ve su destruccion en parte alguna; él solo halla la certidumbre y la prueba de su estabilidad, hasta en el fondo de los abismos y de las tinieblas subterráneas que se tragan todas las generaciones del universo.”

“Mientras así hablaba, llegamos cerca de un valle espacioso y dilatado, en el cual se respira bajo un cielo mas claro y mas abierto, aun sin salir del vano recinto de la selva. Allí, entre dos colinas, cortadas en forma de anfiteatro y erizadas de espinos olorosos, se descubren las ruinas de un antiguo monasterio, célebre en su tiempo por la sublime virtud de los varones divinos que habitaban este desierto. De en medio de sus ruinas, esparcidas y cubiertas de un musgo blanquecino y desecado por el tiempo, se eleva en forma de bóveda una especie de basilica toda construida de huesos humanos, re-

cogidos sin duda del fondo de los antiguos sepulcros, para inspirar á los pasajeros ideas graves y saludables, y exponer á su veneracion los sagrados restos de los escogidos de Dios que vinieron á plantar la cruz de Jesucristo en este solitario valle. Leíase sobre un altar, colocado en el interior de la gruta, y compuesto tambien de huesos colocados unos sobre otros, esta inscripcion sacada de los Libros sagrados: *Exultabunt Domino ossa humiliata. Los huesos humillados y confundidos en el polvo se reanimarán y saltarán de alegría delante del Señor.* Al rededor de la bóveda se leían estas palabras, sacadas de uno de los cánticos que la Iglesia ha consagrado á la gloria de sus mártires: *Sunt haec plena Deo pignora. Todo está aquí lleno de Dios.* Mi padre, mostrándome estos religiosos y venerables monumentos que jamas habia visto, me habló de esta suerte.

“Hijo mio, aquí es donde yo vengo á estudiar la sabiduria, y donde aprendo á morir. Siempre que me has visto salir solo, he venido á este lugar para preguntar á estos sepulcros, á estas ruinas, y á estos áridos despojos que la mano de los hombres ha querido convertir en un templo, como para disponerlos á recibir el soplo divino que los debe resucitar, y hacerlos servir en la construccion del templo de la eternidad. Mira cómo millares de árboles silvestres crecen entre esos montones de cabezas inmóviles, y cómo sus flexibles ramas se enlazan é introducen por entre las cavidades de esos huesos, calcinados con el trascurso de los siglos. Al ver esto ¿quién no creerá que la naturaleza impaciente quiere anticiparse al milagro de la resurreccion, y que se esfuerza en esparcir todo cuanto tiene de calor y de vida en cuanto encuentra frio y muerto sobre la tierra? ¡Hijo mio! no, mi alma no puede resistir al hechizo de las ideas que inspira este augusto y silencioso espectáculo. Parece que esta inmovilidad y profundo silencio que anuncian el im-

perio de la muerte, con el magestuoso presagio y la señal augusta del prodigio que va á reproducir y reanimar todos estos humanos despojos. Quanto mas contemplo estos montones de huesos y de trozos de hombres, envueltos y confundidos con la tierra, tanto mas me aumento en mi idea la multitud de los que los reptiles y los gusanos corroen en el fondo de los sepulcros. ¡Oh! ¡cuán grande es Dios, hijo mio, cuando desde lo alto de su trono incorruptible se le ve aguardar á que la corrupcion haya apurado todos sus esfuerzos por aniquilarnos, y prepararse para comunicar su vida y su eternidad á las generaciones convertidas en polvo!”

“¡Ah! este paseo, tan delicioso para el corazon de mi padre, y tan doloroso para el mio, solo precedió nueve dias á su muerte. Otras dos veces volvimos á este fúnebre lugar. Los ademanes y las miradas de mi padre, desde que llegaba delante de estas antiguas catacumbas, tenian no sé qué de grande y divino que se comunicaba á mi alma, y trasformaba en una especie de culto religioso todo el sentimiento de mi dolor y de mi ternura.”

“La última vez que visitamos esta soledad, estuvo prostrado por espacio de dos horas delante de la gruta, con la inmovilidad de un grave y profundo recogimiento. Su rostro estaba inflamado, y sus ojos llenos de lágrimas. Hijo mio, me dijo al levantarse, mi alma acaba de experimentar una alegría y una dulzura que no puede compararse con nada de cuanto se llama placer y contento en la tierra, al meditar estas palabras del libro de Job: “Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último dia saldré del fondo de la tierra; que me hallaré revestido de mis propios miembros, y que veré á mi Dios con estos mismos ojos con que ahora miro lo que está delante de mi. He aquí la dulce esperanza que abrigo en mi pecho.” ¡Oh Dios mio! ¿cómo ha podido suceder que una religion, tan rica en los muchos é inestimables

dones que nos ofrece, haya podido hallar un solo enemigo de su verdad y de sus promesas?"

"Solos cinco dias vivió mi padre despues de este último paseo. Como conocia que el desfallecimiento de sus fuerzas no le dejaba ya sino un corto intervalo de vida, quiso consagrar todos los instantes á concluir la obra de sus expiaciones, y recogerse á la meditacion de la eternidad. Hijos míos, nos decia cuando nos presentá-bamos á él, Dios concede una muerte bien dulce á un hombre que merecia todos los castigos de su eterna justicia. ¡Ah! no lloreis por mí, pues mi corazon está sumergido en alegría; llorad, sí, por la desgracia de los que mueren sin haber conocido la belleza y excelencia de la religion. Pesad bien estas sublimes palabras de nuestro amado y común Maestro: *El que vive y cree en mí no morirá jamás*: ¡Oh tierno y adorable libertador de todos los hombres! yo siento en el fondo de mi corazon estas hechiceras palabras, y que á medida que me aproximamos al último instante de mis suspiros, toda mi existencia no hace mas que inclinarse hácia los brazos abiertos de mi Padre inmortal, yendo á descansar en la perpetuidad de su luz. Todas mis potencias responden trasportadas á este divino lenguaje de los antiguos oráculos del Señor: He aquí que tu Dios va á hacerte entrar en un profundo reposo; va á penetrar tu alma de todos sus resplandores, y un dia librárá tus huesos de sus oscuras prisiones, para hacerlos brillar con el esplendor de su gloria. ¡Qué palabras, hijos míos! ¡Cómo no muere el hombre de admiracion y alegría al meditarlas! Ellas forman el cántico que la religion entonará dentro de pocos dias sobre mi frio pero inmortal cadáver, cuando le deposite en medio del templo. Acordaos entonces, hijos míos, de las puras delicias que vuestro padre gustaba al repasarlas en su espíritu, y sea siempre vuestra fé mas grande que vuestra pena. Temed á Dios, hijos míos, estudiad bien su

religion, amad á los hombres, compadeced á los malvados, sed buenos é indulgentes para con todos, acariciad á los pobres, y no olvideis jamás que vuestro padre no fué feliz, sino por medio de la virtud."

"Recibió los últimos consuelos de la Iglesia trasportado en una especie de enagenacion y deliquios que me es imposible describir. Apoderóse de él inmediatamente un profundo sopor. Despues de haber permanecido inmóvil por espacio de una hora en esta especie de letargo, vi que abria los ojos. Acerqueme á él con una bebida que estaba dispuesta para el momento en que volviere en sí. Hijo mio, me dijo, ya de nada tengo necesidad sino de Dios. . . . Espiró arrimando su boca á un crucifijo que habia tenido siempre entre sus manos."

CAPITULO XI.

USO DE LAS RELACIONES E INSTRUCCIONES CONTENIDAS EN LOS ANTERIORES.

Volvamos ahora á tí, mi amado Aristo (1), pues por tu utilidad é instruccion he recogido y reunido en un cuerpo de doctrina, las diversas circunstancias de la vida de Filemon, y todo cuanto él ha dejado de sólido y edificante en estas memorias religiosas, que han sido las delicias de sus últimos años, cuyo precioso depósito ha venido á parar en mis manos.

¡Oh Aristo! Dios te ha dado un corazon amante de la verdad; y con un espíritu tan justo, tan penetrante y tan noble como el tuyo, debes despreciar todas las miserables tergiversaciones con que se escuda la mala fé, para evitar la confesion de su convencimiento y de su derrota. Yo apelo á tu conciencia, y te hago juez del nom-

(1) Cap. II.

bre que debe darse al carácter, á los sentimientos y á los principios que componen el sistema de conducta que Filemon ha seguido en los últimos años de su vida. A la verdad, si esto no es ser filósofo, con toda la fuerza y la extension de esta palabra, es preciso decir que la mas alta sabiduría, y la mas sólida felicidad, nada tienen de comun con la filosofía; y que el mas justo y el mas feliz de todos los hombres, es al mismo tiempo el mas inepto para buscar y conocer la verdad.

Yo, Aristo, conozco bastante el mundo en que vives, y el tiránico ascendiente de las costumbres en que te hallas metido, para prometerme que la lectura de las graves y austeras verdades que he presentado á tu vista, te muevan á adoptar el serio carácter de las costumbres evangélicas. Es cierto que Filemon estaba tan distante de entrar en el camino de la religion, como tú lo estás al presente; y que un momento antes de la revolucion que mudó repentinamente su alma, no respiraba sino la locura de las pasiones mas desenfrenadas; mas estos son unos golpes extraordinarios del cielo, con los cuales no se puede contar, y que proceden de aquel poder impenetrable que se complace en sorprendernos y asombrarnos alguna vez con milagros. En general, todos los hombres de tu índole y de tu edad, son demasiado superficiales é interesados en aturdirse, para dejarse penetrar de la luz y de la impresion de la verdad. Jamas resulta á la vista de estas imágenes vivas y magestuosas, que la religion expone á su vista, sino un confuso movimiento y un vago propósito de volver á ver un dia todas estas cosas. El corazon y la conciencia dicen para sí lo que Agripa decia á San Pablo: *Poco falta para que yo sea cristiano*, y pasan, como aquel, la vida en desvanecerse con la ilusion de sus pasiones, y en luchar contra su razon y contra la evidencia de sus obligaciones.

“Mas lo que yo he esperado, Aristo, aguardando que

Dios toque tu corazón, es que no añadirás mas á la desgracia de haber abandonado la virtud el crimen de hollar la verdad; y que aun habiendo cerrado tu corazón al amor de la sabiduría, serás bastante justo para confesarte á tí mismo que has hecho una cruel pérdida, y para tributar, por lo menos, el homenaje de tu respeto y admiracion á una religion, que si vuelves á hallar algun dia, serás muy feliz, consolándote en su seno del pesar de haberla profanado y deslucido con el desarreglo de tus costumbres. ¿No basta que tu corazón esté corrompido? ¿Para qué empeñarte aun en hacer á tu espíritu cómplice del desorden de tu voluntad, y atreverte á sellar tu depravacion con todo el horror de una incredulidad con que jamas ha sido tentada un alma pura? ¿Es propio de un buen espíritu formar de sus perversas inclinaciones y de sus vicios los mas infames un sistema de razon y de filosofía? ¡Qué! Porque no sepas ser moderado, casto, ni urbano, ni sufrir la sujecion de algunas obligaciones, ¿ha de ser preciso maldecir de todo lo que hay en el cielo y sobre la tierra, atacar al Evangelio, blasfemar de Jesucristo, profesar el desprecio de la fé, y añadir á tu deplorable corrupcion el terrible lenguaje de la impiedad?”

Aristo, ¿no es bastante perder de una vez, sacrificar con la tranquilidad y las dulzuras de la inocencia, hasta la esperanza de arrepentirte un dia, y de morir adorando la virtud? ¿Qué ferocidad obligarse á la faz del público á desechar la religion hasta en el lecho de la muerte, y querer que el mundo tome tu último suspiro por la última expresion de tu renuncia á Jesucristo y á sus promesas! ¡Qué! ¿No sabrás ser desgraciado y débil, sin desertar de la fé de tus padres, y sin buscar en las tinieblas de una filosofía horrible y desesperada el asilo de tus disoluciones? ¿Por qué no has de salvar del naufragio en que has perdido la sabiduría y el respeto á la religion, la reputacion que es debida á los hombres de bien, y la es-

peranza siempre preciosa de llegar á ser justo y feliz? ¿A qué no querer dejar que subsista nada sano en tu alma, porque la sientes dañada en una de sus potencias? Y ¿qué furor es este de quererla degradar en un todo, y destruir hasta las últimas semillas de las inclinaciones virtuosas?

¿Sabes, Aristo, cuál es el carácter indecoroso que distingue al siglo en que vives de los que le han precedido? Pues es el de que en él solo es inseparable el vicio de la impiedad. Hubo un tiempo, y no muy distante del nuestro, en que el desarreglo de las costumbres sabia pasarse sin los recursos de la irreligión. Habia, como ahora, hombres voluptuosos desenfrenados, sin principios, incapaces de todo bien, mártires de la ambicion y del orgullo. Habia tambien genios superiores, profundos y célebres filósofos, hábiles historiadores, grandes poetas, y oradores dignos de los mas ilustres siglos de la Grecia y de Roma. Pero jamas la mezcla de luces y de corrupcion producía impíos. Si algun escritor perverso osaba alguna vez desacreditar las verdades religiosas, la nacion entera se asombraba de un tal atentado, y cada cual experimentaba el horror que inspira el inopinado encuentro de un monstruo semejante. No se conocia mas distincion que la de los buenos y los malos cristianos; y el abuso de todas las cosas no llegaba al extremo de poder formar la clase de los blasfemos. En todos los órdenes del estado habia libertinos y hombres justos, grandes filósofos y hombres sin cultura, bellos espíritus y malos escritores, ilustres académicos y talentos comunes; pero todos morian del mismo modo; es decir, confesando á Jesucristo, é implorando los auxilios con que la religion nos consuela en los últimos momentos de la vida. No se veia entonces cerrarse puerta alguna delante del pastor que se presentaba para bendecir el último suspiro del moribundo. Entonces todas las clases de hombres grandes, los

grandes príncipes, los grandes generales, los grandes magistrados, los grandes autores, todos vivian segun el método que su virtud ó su flaqueza les habia hecho adoptar; mas todos acababan el resto de sus dias adorando la religion, y refugiándose á los méritos del Redentor; y nadie decia que un hombre, muriendo así, desmentia su carácter de *grande hombre*. No se veia entonces á los malvados blasfemar sobre los cadalsos, desechar las exhortaciones, las súplicas y las lágrimas de los sacerdotes que hacian los mayores esfuerzos para moverlos y salvarlos; y ni aun se sospechaba que hubiese de llegar un dia en que se diese el título de *filósofo* á los que supiesen morir públicamente sin fé y sin esperanzas. ¿De qué proviene esta asombrosa diferencia entre dos siglos tan inmediatos? Un solo hombre (1) ha producido esta espantosa mutacion. Un hombre dotado de todos los talentos, pero consumido de la pasion por la gloria, ha abrazado la empresa de familiarizar á sus conciudadanos con la sediciosa idea de confundir el Evangelio con la despreciable masa de las preocupaciones y supersticiones populares, á fin de ser él solo la causa de la mas memorable y destructiva revolucion que ha podido suceder en el universo; esto es, de la extincion de todo sacerdocio y de toda monarquía. Este absurdo y feroz deseo, es el que hizo degenerar en él la fecundidad de una imaginacion amena, y la fuerza prodigiosa de su espíritu, que le habria hecho el mas útil, el mas admirable y querido de todos los hombres, en un poder universal y desastroso para fascinar y corromper á todas las naciones. He aquí el principio de todas las discordias, de todos los escándalos, y de todos los fenómenos filosóficos é impíos que immortalizan la depravacion y el delirio del siglo diez y ocho.

(1) M. Voltaire.

Vuelvo á decírtelo, Aristo, respeta la religion mientras que la edad, la reflexion, el disgusto del mundo y la vergüenza de tí mismo, te vienen á ilustrar sobre la necesidad de envejecer en la práctica de la virtud que nos prescribe; resérvate el poder de volver á entrar libremente en su seno, y á abrazar un dia sus obligaciones, sin que la incredulidad pueda acusarte de débil, ó echarte en cara tu desercion. Aléjate siempre de los pabellones de la impiedad. El empeño que allí se toma es demasiado violento y brutal, y es una empresa superior á las fuerzas de un alma sincera y honesta el permanecer en él hasta el fin. Conforme vayas avanzando en edad, sentirás debilitarse tus pasiones, y que tu razon se desprende de las pueriles ilusiones que la ofuscan. Entonces conocerás la necesidad de ceñirte á unas costumbres mas racionales y serias. Un cierto gusto de orden, de verdad y de decencia nacerá en tu corazon, y te llevará, por mas esfuerzos que hagas en contrario, á la sólida sabiduría del Evangelio. Si en el momento en que ya no seas dueño de tus remordimientos, y en que la belleza de la fé se manifieste á tu vista con todo su esplendor, te cuenta la opinion pública entre los espiritus filósofos, y el partido irreligioso espera verte morir insultando al cielo y á los hombres, ¿cómo podrás resistir á la vergüenza de haber de romper con él de un solo golpe y soportar sus irrisiones y desprecios? Porque toda la historia de los impios se reduce á que habiendo abandonado la religion por libertinage, perseveran en la impiedad por orgullo. Tal, que ha muerto, pocos años hace, en su iniquidad y en sus blasfemias en medio de la capital, y rodeado de todas las conquistas de su ingenio corruptor, habria caso muerto entre lágrimas y penitencia, si su última hora le hubiese hallado en el fondo de su casa de campo. ¡Oh Aristo! la incredulidad tiene un origen demasiado vil para que merezca el honor de que le sacrificuemos irrevocablemente nuestro reposo.

Despojado de la virtud, no te queda mas recurso que el de tranquilizar tu conciencia y consolar tu razon: es decir, adorar al cristianismo, atropellando por entre todas las tinieblas de tus deplorables hábitos; conocer siempre que el estragamiento de tu corazon y de tus sentidos no puede alterar la necesidad de reconocer la verdad y la solidez del Evangelio; suspirar alguna vez, desde el profundo abismo de tu miseria, por el feliz destino de los cristianos fieles; y dejar á tu alma, nacida para reconocer y amar la excelencia de la doctrina de la fé, la libertad de quejarse á tí mismo de la crueldad con que ocasionas su pérdida y su desgracia: no abandonar las obligaciones públicas de la religion, frecuentar nuestros templos, abstenerte de todo discurso impío, y guardar en todo aquella circunspeccion y decencia que nos aseguran, hasta en nuestras mas extremadas flaquezas, de los derechos á la estimacion y amistad de los mas austeros hombres de bien.

En todos tiempos, ¡oh Aristo! ha ido la religion en busca de los moribundos que no han tenido que ofrecerle en tan terrible instante, mas que una vida toda pasada en el olvido de sus leyes y un solo ay de arrepentimiento. Mas la incredulidad de un alma nacida en su seno, y en quien ella ha impreso el sello de sus promesas, es una cosa tan extraña é inverosímil, que aun parece que ha temido hasta prever este horror, y que sus augustos ritos no contienen fórmula para la reconciliacion de los que hayan abjurado de Jesucristo. Asi ora sobre cada moribundo: “Jesus, Señor nuestro, reconoced esta vuestra criatura, á quien habeis engendrado por el agua y el “Espiritu Santo, á quien habeis marcado con el sello de “vuestra cruz, y alimentado con la palabra de vuestra “verdad en el seno de vuestra Iglesia. Perdonadle los “desarreglos y las ignorancias de su juventud; olvidad “sus antiguas iniquidades, en que le ha precipitado el fu-

"ror de sus malos deseos: porque aunque ha pecado, no ha renegado de vos; sino que ha creído y esperado en vos, que sois su Dios y su Salvador." ¡Qué remordimientos para el impío que muere oyendo semejante lenguaje! y cuán espantoso le será ver que no puede hacer servir para consuelo suyo un alivio y un motivo de esperanza que resta hasta á los mas perversos y abandonados!

CAPITULO XII.

CONCLUSION.

Mas antes bien, Aristo, no aguardes á la vejez ni á la muerte para recobrarte en la profesion de la bienaventurada esperanza; porque aquel que persevera en su desarreglo, prometiendo reconocerse algun dia, aprecia demasiado los falsos placeres del vicio para que su conciencia se halle sinceramente consolada con esta perspectiva tan dudosa y confusa; y es cosa bien triste no tener otro recurso que ofrecerle para sosegar sus temores y remordimientos. Solo tienes la certidumbre de morir; mas no la de envejecer. Todos los dias ves caer repentinamente á tu lado hombres que vivian fiados lo mismo que tú, que contaban con una larga edad, y que no habrian omitido el llamar en su auxilio á los ministros de la religion, si hubieran pasado por las lentas graduaciones de la vejez y las enfermedades. Fácil me seria aterrarte aquí con la descripcion de un gran número de sucesos espantosos; mas tú no eres obstinado ni perverso. Aun subsiste toda la fé entera en tu alma, á pesar del aire de incredulidad que te has empeñado en darte; pues éste no es mas que como un papel de comedia que te has propuesto representar, para alternar con las compañías que frecuentas; y lo único que te falta para volver á entrar en el cristianismo, es valor y resolucion. Asimismo se co-

noce que el lenguaje de la irreligion no te es natural, pues se divisa en él siempre no sé qué de tan contrahecho y forzado, que cualquiera al advertirlo, creará que solo pretendes complacer á aquellos con quienes te es preciso vivir, y que no sintiéndote apto para ser tan osado como ellos, te esfuerzas á aparentarlo por tener paz.

Así que, solo la debilidad de tu corazon es el sério obstáculo que se opone á la mudanza de tus costumbres. Crees que es un terrible empeño volver á entrar en el espíritu de la religion. La idea de convertirte, contrista todas las preocupaciones, y te presenta una imagen lúgubre y austera, á la cual no aciertas á acostumbrarte. Todo te parece tan frio, tan grave y tan monótono en las costumbres de los que viven religiosamente, que no puedes concebir que sea fácil sujetarse á esta severidad de principios, ni á todos los sacrificios que el Evangelio impone. No es mi designio, Aristo, combatir aquí un error tan injurioso á la dulzura de la fé y á la excelencia de los dones que ella atrae al hombre justo. Todo cuanto he escrito hasta aquí, no tiene otro objeto que desengañarte de esta funesta preocupacion; pero añadiré á tantas demostraciones de la injusticia de tus pretextos y de tus continuos efugios, una consideracion que te es bastante personal y que merece bien que la peses con la madurez de una razon franca y sincera.

No puedes ocultarte á tí mismo que tu género de vida te ha conducido á la total ruina de tu salud y de tus fuerzas, y que decaes todos los dias insensiblemente. En la estacion de la vida en que toda constitucion se aumenta y fortifica, llevas sobre tus marchitas y cárdenas megillas todas las señales de la vejez mas desfallecida, y eres ya mas semejante á los muertos, que si hubiera pasado por tí todo un siglo. ¡Ay! las pasiones que el hombre no sabe moderar, son las que le precipitan al sepulcro.

Pero bien presto te será mas incómodo tu estado. En-

"ror de sus malos deseos: porque aunque ha pecado, no ha renegado de vos; sino que ha creído y esperado en vos, que sois su Dios y su Salvador." ¡Qué remordimientos para el impío que muere oyendo semejante lenguaje! y cuán espantoso le será ver que no puede hacer servir para consuelo suyo un alivio y un motivo de esperanza que resta hasta á los mas perversos y abandonados!

CAPITULO XII.

CONCLUSION.

Mas antes bien, Aristo, no aguardes á la vejez ni á la muerte para recobrarte en la profesion de la bienaventurada esperanza; porque aquel que persevera en su desarreglo, prometiendo reconocerse algun dia, aprecia demasiado los falsos placeres del vicio para que su conciencia se halle sinceramente consolada con esta perspectiva tan dudosa y confusa; y es cosa bien triste no tener otro recurso que ofrecerle para sosegar sus temores y remordimientos. Solo tienes la certidumbre de morir; mas no la de envejecer. Todos los dias ves caer repentinamente á tu lado hombres que vivian fiados lo mismo que tú, que contaban con una larga edad, y que no habrian omitido el llamar en su auxilio á los ministros de la religion, si hubieran pasado por las lentas graduaciones de la vejez y las enfermedades. Fácil me seria aterrarte aquí con la descripcion de un gran número de sucesos espantosos; mas tú no eres obstinado ni perverso. Aun subsiste toda la fé entera en tu alma, á pesar del aire de incredulidad que te has empeñado en darte; pues éste no es mas que como un papel de comedia que te has propuesto representar, para alternar con las compañías que frecuentas; y lo único que te falta para volver á entrar en el cristianismo, es valor y resolucion. Asimismo se co-

noce que el lenguaje de la irreligion no te es natural, pues se divisa en él siempre no sé qué de tan contrahecho y forzado, que cualquiera al advertirlo, creará que solo pretendes complacer á aquellos con quienes te es preciso vivir, y que no sintiéndote apto para ser tan osado como ellos, te esfuerzas á aparentarlo por tener paz.

Así que, solo la debilidad de tu corazon es el sério obstáculo que se opone á la mudanza de tus costumbres. Crees que es un terrible empeño volver á entrar en el espíritu de la religion. La idea de convertirte, contrista todas las preocupaciones, y te presenta una imagen lúgubre y austera, á la cual no aciertas á acostumbrarte. Todo te parece tan frio, tan grave y tan monótono en las costumbres de los que viven religiosamente, que no puedes concebir que sea fácil sujetarse á esta severidad de principios, ni á todos los sacrificios que el Evangelio impone. No es mi designio, Aristo, combatir aquí un error tan injurioso á la dulzura de la fé y á la excelencia de los dones que ella atrae al hombre justo. Todo cuanto he escrito hasta aquí, no tiene otro objeto que desengañarte de esta funesta preocupacion; pero añadiré á tantas demostraciones de la injusticia de tus pretextos y de tus continuos efugios, una consideracion que te es bastante personal y que merece bien que la peses con la madurez de una razon franca y sincera.

No puedes ocultarte á tí mismo que tu género de vida te ha conducido á la total ruina de tu salud y de tus fuerzas, y que decaes todos los dias insensiblemente. En la estacion de la vida en que toda constitucion se aumenta y fortifica, llevas sobre tus marchitas y cárdenas megillas todas las señales de la vejez mas desfallecida, y eres ya mas semejante á los muertos, que si hubiera pasado por tí todo un siglo. ¡Ay! las pasiones que el hombre no sabe moderar, son las que le precipitan al sepulcro.

Pero bien presto te será mas incómodo tu estado. En-

tonces empezará á tener sustos y á sentir la necesidad de apelar á los recursos del arte. ¿A qué método de vida crees que te someterá aquel á quien confies el cuidado de tu restablecimiento? Al del Evangelio, Aristo: sí, tu médico va á ser para tí un director tan severo como Jesucristo; va á prescribirte los mismos sacrificios, y hacer te adoptar todas las privaciones que hallas tan impracticables, cuando es la religion la que las manda. Te dirá que no hay arbitrio ni esperanza para tí, si difieres un momento el renunciar á los hábitos que han causado la ruina de tu temperamento, y si no te sientas con valor para entregarte á la mas rigorosa continencia, y observar la mas exacta sobriedad en el uso de todas las cosas. Aun pasará adelante; exigirá de tí hasta el sacrificio de los pensamientos. Te advertirá que todo el éxito de las medicinas, que te se prescriban para tu curacion, está esencialmente unido al cuidado que tomes de mantener tu alma libre, tranquila y exenta de todo afecto vivo y turbulento, de toda idea, de todo deseo, de todo recuerdo y de toda imágen capaz de agitar é irritar á tus sentidos. De este modo vendrás á hallarte encadenado á la cruz, víctima de la abnegacion, mártir de la penitencia, y tan crucificado al mundo y á todas sus pasiones, como los antiguos y mas santos discipulos del cristianismo; y esto por orden de un solo hombre y por sola la fuerza de la autoridad que le dará sobre tí tu temor de morir. ¡Es posible, Dios mio, que solo cuando vos nos habláis, todo nos parezca costoso y terrible! De otra suerte, nada nos es penoso; el amor de la salud y de la vida nos hace sacrificarlo todo; nada hallamos que arrebate nuestro valor; y el mundo está lleno de criaturas, que llevan con la mas admirable constancia todo el peso de los preceptos de la fé, sin sospechar que ya han hecho lo mas difícil de la obra de su salud, y que no cuesta mas recobrar las ventajas de la salud y de una vida tranquila,

que todas las esperanzas y todos los tesoros de la religion.

¡Oh Aristo! el que conoce el Evangelio y las necesidades del hombre, es deudor de este testimonio á la utilidad universal de la doctrina de Jesucristo; porque ella es igualmente la perfeccion del arte que cura y repara nuestros cuerpos, que da las ciencias que engrandecen nuestro espiritu, y de las virtudes que nos forman un buen corazon. No hay enfermedad alguna que no tenga su principio en los excesos proscritos por el cristianismo; y en la suposicion de que todos los hombres se reduzcan á su espiritu, se podria demostrar que todos los males y todos los accidentes, que en el dia nos conducen tan repentinamente al sepulcro, los mas mortales y terribles quedan exterminados de la tierra; que la verdadera medicina está al fin conocida; que los hombres vivirán sanos y felices; que la muerte no será ya sino la extrema madurez de una dulce y amable vejez, y que no nos destruirá ya sino imitando el curso regular y lento de la naturaleza y del tiempo.

Todos los que se han convertido á Jesucristo, pueden afirmar, ¡oh Aristo! que poseen el verdadero régimen del cual pende el goce de una salud constante; y que su regeneracion para la vida futura les ha hecho renacer asimismo para la presente. Si sobreviven pocos años á su conversion, es porque el estrago de la intemperancia y de las pasiones fuertes, ha agotado en ellos todos los manantiales de la naturaleza, y porque la muerte habita, tiempo hace, en medio de sus órganos transformados. Pero generalmente hay muchos mas ancianos en la clase de los que viven religiosamente, que en la de los que viven entregados á la agitacion y el tumulto de la vida del mundo. En esos profundos retiros en que tantos discipulos de la cruz y de la penitencia se santifican en el trabajo, el ayuno y el silencio, nada hay mas raro que ver á la

muerte cortar otras cabezas, que aquellas que el tiempo ha arruinado hasta encanecerlas, y cuya desnudez venerable se inclina á la tumba desde largo tiempo. Las enfermedades agudas y violentas son tan extraordinarias, como las muertes repentinas ó prematuras. Todos van á la eternidad, siguiendo poco á poco las mismas graduaciones de disminución y descaecimiento. El mal de que mueren no tiene carácter señalado: acaban mas bien que ceden á la violencia de algun mal, y esto porque son hombres: exhalan su último suspiro hablando con sus hermanos, y pidiéndoles perdon. No ves morir así, Aristo, á los que han vivido en el torbellino y las inquietudes de las pasiones. Entre estos, lo que de otra suerte no seria mas que una ligera indisposicion sin resultas, viene á ser todos los dias un síntoma sério que asusta. No es necesario mas que un ligero acceso de fiebre para causar la postracion de un cuerpo, en el cual todo es un continuo trastorno y fermentacion: de suerte, que asombra ver la rapidez con que la enfermedad arrebató su víctima. Ayer no sospechaba este hombre que pudiese enfermar, y ya consume hoy sus entrañas un fuego devorador; no es sangre, sino llamas las que circulan por sus venas: inmediatamente desaparece la razon, se pierde el conocimiento, y su delirante imaginacion deja sin esperanzas á los que rodean el lecho, sin que este desgraciado sepa que se muere.

Jesucristo, pues, no te obliga, para libertarte de la eterna perdicion, sino á un rigor que tú mismo te verás obligado á emplear incésantemente contra el peligro de morir. ¡Qué vergüenza reprocharle el que nos prohíba lo que hay mas desarreglado y criminal en las pasiones, cuando el solo temor de morir nos da valor para cercenar hasta nuestros placeres los mas moderados é inocentes! ¡Y qué ceguedad la de no ver que el Evangelio es al mismo tiempo la regla eterna de nuestros deberes, y

el único recurso de nuestras necesidades! “La piedad para todo es útil, dice San Pablo; porque ella nos asegura la verdadera felicidad para la vida pre-ente, al mismo paso que nos promete la soberana bienaventuranza para la futura.” Mas por desgracia los que no tienen experiencia de la vida evangélica, no entienden el sentido de este lenguaje, y solo aquellos á quienes es inútil el repetírselo, son capaces de conocer toda su verdad.

Dices que no hay cosa mas afrentosa ni mas funesta para la tranquilidad de los hombres que la idea de un infierno eterno; y que esta sola imágen, si volvieses al cristianismo, te haria la vida insoportable. Pero no te engañes, Aristo; no estás libre de esta terrible perspectiva por haber adoptado las costumbres y las fórmulas impías de los que han abjurado la fé; esta creencia reside dentro de tí mismo con todos sus terrores: mas no es un horror real, sino para aquel que siente en sí mismo un vivo interés por destruirle. Si; tu convencimiento, ó por lo menos una duda todavía mas turbulenta, se manifiesta en el esfuerzo que haces para alejar de tí este recuerdo. Es preciso que te sea bien molesta, por haber concebido y por alimentar en tu interior un deseo tan violento de borrarla de tu alma. Estás tan poco distante de esta antigua creencia, que te sientes atemorizado en el fondo de tu interior, así que te refieren la muerte imprevista de algun libertino impenitente. Por el ansioso interés con que preguntas acerca de las circunstancias de estos sucesos, del estado, edad y constitucion de los que han padecido semejante fatalidad, se conoce que deseas poder adquirir motivos para esperar que no te sucederá igual fracaso, y alejar el miedo que te atormenta de ser sorprendido del mismo modo, sin tener un instante que dedicar á la revision y exámen de tu filosofía y de tus principios. Conoce mejor, oh Aristo, el carácter de tus íntimas disposiciones, y no tomes por incredulidad lo que no es mas

que la rebelion y los clamores de tu ódio contra todo cuanto amenaza á tus pasiones. No hay persona en el cristianismo que sea mas importunada que tú, ni en quien haga mas impresion la idea del infinito; porque este terrible dogma no es, por decirlo así, para el hombre justo y religioso mas que una verdad extraña y de mera especulacion. Solo para los impíos y los disolutos es una verdad terrible; porque solamente se entiende con ellos, y solo por ellos forma una parte de la economía de la religion. En el sistema práctico de la fé se ahuyenta la pena eterna. Conforme á lo cual, dado que no se pueda soportar que haya infierno, no hay mas que asociarse al partido de aquellos para quienes no existe ya. Bien quisieras poder engañar tu temor por medio de impotentes blasfemias; mas siempre te quedará bastante luz para llegar á creer que un corazon corrompido es digno de castigo; y tu alma sentirá siempre con demasiada viveza su inmortalidad, para persuadirse de que despues de la tumba no tiene ya poder sobre ella la divina justicia.

No, Aristo, el suplicio preparado á los malos no derrama amargura sobre la vida de los hombres de bien. Solo los que siguen á sus sentidos se ven precisados á sufrir todos los terrores de la eternidad. El verdadero cristiano no conoce porvenir desgraciado: el infierno queda anonadado para él; y mientras los impíos que niegan su verdad se resienten, á pesar suyo, de sus formidables rigores, él, mas inteligente y mas sábio, goza solo de la seguridad, á la cual querian llegar aquellos, y posee realmente lo que ellos buscan en balde, es decir, la ventaja de no temer las amenazas que fulmina el Evangelio. El cristiano goza de todo cuanto la incredulidad podria tener de cómodo, si pudiera ser sincera, sin perder nada por la parte que la religion nos abre todos los tesoros de la felicidad de Dios. El cuidado de alejar de sí toda desconfianza y temor es uno de sus deberes, y pertene-

ce al espíritu de la vocacion. Nada, pues, oh Aristo, podrá desvanecerte los temores que la fé te ocasiona, sino la fé misma. Tú llegarás á comprender, si te conoces mejor, que todas las resistencias que opones á la desconsoladora idea de padecer siempre, no son mas que la señal palpable de la necesidad que tiene de ser cristiano; y que jamas deberás la dicha de sentirte sólidamente acostumbrado á no temer las penas del infierno, sino á la sinceridad y á la permanencia de tu conversion al Evangelio.

Si pudieses leer el corazon y penetrar los sentimientos de los que viven en la práctica de estos preceptos, sabrias que los castigos reservados al hombre vicioso no vienen jamas á turbar la dulce alegría que reina en el fondo de su alma. Solo les ocupa la idea de la gloria preparada á los que hayan creído y esperado en Jesucristo: no ven otro estado en lo porvenir que el de los hijos de Dios. Su alma está tan llena y embriagada de la magnificencia de las promesas de la religion, que no da lugar á sentimiento alguno de terror, y se cree ya en posesion de la soberana felicidad. Tú has visto que Filemon no era verdaderamente atormentado con la idea del infierno, sino en el tiempo que afectaba, como tú, impugnar su realidad y despreciar su temor. Desde que volvió á entrar en la alianza de Jesucristo no se le vió turbado una sola vez con esta idea. Todos sus temores se desvanecieron, juntamente con los vicios que le ocasionaron. Ha vivido y ha muerto en el seno de su Dios y de la virtud, casi sin acordarse siquiera de que hay un estado de desventura en la eternidad.

A la verdad, Aristo, que si esta severa dispensacion de la divina justicia no formase parte de las verdades inmutables y necesarias en el plan de la religion, nadie habria tenido menos impulsos de inventarla y propagarla entre los hombres que Jesucristo. Bien se conoce por

toda la serie de su vida, de sus acciones y de sus discursos, que sus primeros deseos y afanes eran consolarnos, movernos y revelarnos cosas conformes á nuestras miras de grandeza y de felicidad, para que él quisiese mezclar ideas melancólicas y falsos terrores con una doctrina tan amable, y con unas promesas tan magníficas. Asimismo se conoce, por el modo rápido con que expone esta terrible doctrina, que solo la precision de decirnos la verdad, es la que pudo determinarle á contristar alguna vez nuestra flaqueza con pinturas alictivas. “Los que hubieren, dice, vivido bien, se adelantarán para resucitar á la vida; los demas irán al suplicio eterno: *allí habrá gemidos y crujidos de dientes.*” A estas breves palabras se reduce lo que Jesucristo ha dicho en diferentes circunstancias acerca del destino de los malvados despues de esta vida. Jamas ha podido detenerse algun corto rato en esta triste imágen, sin manifestar la conmocion de su alma, la mas tierna y la mas sensible; y al verle derramar torrentes de lágrimas, cuando pronostica las desgracias de una nacion endurecida y rebelde, no es posible dejar de conocer en tales señas de un corazon oprimido con la idea de nuestros males, la incorruptibilidad de un sábio á quien mueve únicamente la necesidad que tenemos de salir de nuestros errores y de nuestra corrupcion. Así que todo hombre veraz y sincero debe hallarse pronto á adoptar los mas inconcebibles dogmas, por sola la razon de ser Jesucristo quien nos los afirma y sale fiador de la verdad; pues en lo contrario hay un misterio mas inconcebible aun que todos cuantos han venido á anunciarnos, cual seria el que él hubiese podido querernos engañar. A todo el que haya profundizado el carácter de su espíritu y de su corazon le es imposible dudar que haya sido el mejor de todos los hombres, y el mas gran bienhechor que ha suscitado jamas el cielo en beneficio del género humano. Este punto lo encierra todo, Aris-

to; no se puede estimar á Jesucristo sin adorarle; y si ha sido virtuoso y bueno, es Dios.

Ha pasado haciendo bien por todas partes, y curando á todo el mundo. ¡Oh Aristo! tú que te glorias de no poder oir, sin enternecerte, la relacion de un rasgo de sensibilidad y de misericordia; tú que tanto desprecias esos corazones frios, de cuya indiferencia nada se puede sacar; tú que conservas con un cuidado religioso los retratos de los príncipes que han amado á los hombres, y que les tributas una especie de culto religioso, ¿podrás mostrarnos, entre todos esos cuadros que recuerdan la memoria de los grandes corazones que se han sacrificado por la salud de la humanidad, un solo hombre á quien este testimonio, á saber, *ha pasado haciendo bien*, haya podido tributarse con tanta verdad y con tanta extension como á Jesucristo? Yo no te expondré todos cuantos monumentos indelebiles de su celo y de sus esfuerzos por hacernos felices nos ofrece la faz del universo: mas si quieres examinar bien su carácter, verás que solo es aquel hombre cuyas acciones y conducta corresponden á la totalidad de la idea que tenemos de un buen corazon, y de un verdadero amigo de los hombres; pues él solo es en quien se halla esta tierna é interesante disposicion, sin mezcla alguna de defectos que la alteren ó la oscurezcan, y sin desmentirse en ninguna situacion.

Solo teme una cosa; y es que los hombres no estén bastante convencidos de que su felicidad es el único objeto de su trabajoso ministerio, y de su mas vivo deseo. Pone tal cuidado en que ninguno dude de la paternidad y de la ternura de sus sentimientos, que cuando una muger, trasportada de la admiracion que inspiraba á todos los espectadores una santidad y una bondad tan extraordinarias; exclamó en medio de una gran turba: *Bienaventurado el seno que os llevó*; procura desvanecer esta idea, por temor de que no excitase celos en los demas,

y dice en alta voz que su propia familia y su verdadera parentela se compone de todos los que escuchan su palabra y practican sus santos preceptos. Extiende sus manos sobre todos los que le siguen, sobre los mas pobres, los mas rústicos, y los mas oscuros de la Judea, y se le ve sin cesar fijar la vista sobre ellos con complacencia. He aquí, dice, mis prójimos, mis hermanos, mis amigos, y todo cuanto me es precioso y amable en la tierra. Reprende á sus apóstoles porque quieren apartar á los niños que se mezclaban con la turba y se esforzaban por llegar á él. Dejad, dice, que se acerquen á mí esos niños; les convida él mismo á que se aproximen, los bendice, los abraza y los estrecha contra su corazón.

Sus mismos milagros son tambien efusiones de sensibilidad y de amor; y se manifiesta siempre mas ocupado del placer de hacernos bien, que del cuidado de hacernos adorar su poder. No; de todos cuantos prodigios ha obrado, para convencer al mundo de que es Dios quien le envia, no hay uno solo que no haya dilatado un corazón afligido, enjugado lágrimas, socorrido necesidades, consolado á algunos desgraciados, ó restituido la vida y la alegría al seno de la naturaleza angustiada.

¿Has reflexionado alguna vez, oh Aristo, con alguna atención, sobre lo que pasó entre Jesucristo y sus apóstoles en los últimos momentos en que los preparó para la mas dolorosa y la mas cruel separacion que ha experimentado jamas la sensibilidad humana? ¿Qué escena!.... Jamas lo patético de la naturaleza y del sentimiento se ha manifestado con tanta vehemencia. Entonces fué cuando todos los rasgos de bondad, de generosidad y ternura, dispersos en el curso de la mas inocente vida que se ha visto en la tierra, se reunieron y concertaron para formar un espectáculo capaz de vencer la dureza del corazón mas inflexible. No es necesario mas que referirlo simplemente para enternecer y sacar lágrimas.

Jesus, dice San Juan, sabiendo que se acercaba la hora en que debia volver al seno de su Padre, se retira por la última vez con sus discípulos: y como él habia amado con el mas fuerte amor á los suyos, á quienes iba á dejar en medio del mundo, quiso manifestarles hasta el fin, cuánto los amaba. Aristo, ¿será el héroe de semejante historia el mismo que nos habia dicho antes que *él era el Verbo de Dios*, que residia en Dios, y que él mismo era el Dios Eterno por quien todo ha sido hecho? ¿O acaso será capaz de engañar á los hombres un corazón semejante? Quien así los ama hasta el momento de ir á morir, ¿no les da la última y mas patente prueba de la verdad de todo cuanto ha dicho?

Traspórtate con la imaginacion por un momento, á aquella noche tan memorable en que Jesus celebra la pasqua en Jerusalem en medio de sus apóstoles; á aquella noche á quien debia suceder un día tan terrible y cruel: al momento en que la ferocidad de un pueblo bárbaro preparaba á la mas inocente víctima el mas horroroso de los suplicios; cuando un monstruo de perfidia y de ingratitud revolvia en su alma tenebrosa el atroz designio de entregar á su bienhechor y á su maestro, al furor de sus enemigos, entonces es cuando Jesucristo consagra los pocos instantes que le restan, á dar la mas relevante prueba de su ternura. ¡Ah! ocupado de la felicidad de los hombres, pierde de vista los tormentos y los oprobios que le esperan; y la necesidad de amarnos tiene sobre su alma derechos mucho mas imperiosos y eficaces que el espantoso aparato de su cruz y de su muerte.

Toma el pan, dice el Evangelista, y teniéndole en sus manos eleva al cielo los ojos, en los cuales estaba pintado todo el ardor y toda la vivacidad de un amor impaciente por echar el sello á todos sus beneficios, y presentándosele á los apóstoles les dice así: "Tomad todos y comed, pues lo que os doy es á mi mismo, es mi cuer-

po, es mi alma, es mi eterna é incorruptible sustancia.” Sola esta invencion del poder del Altísimo corresponde á la grandeza de su designio en orden á vosotros, y completa todo el deseo de mi caridad. ¡Oh Aristo! si tu vana razon viene aun á mezclar con este espectáculo las dudas de su miserable filosofia, acuérdate de que es Jesucristo quien habla aquí; que la sola idea de sospechar de lo que afirma en tal momento causa horror: acuérdate de que fué justo, y va á morir.

Entonces todo cuanto la elocuencia de un corazon, triunfante con haber sabido dárselo todo á quien tanto ama, tiene de mas vehemente y enérgico, se ve resplandecer en todos los movimientos y discursos de Jesucristo. Ya, exclama, pueden mis enemigos derramar sobre mí todo el torrente de su saña y de su furor: mi corazon está pronto, mi amor no tiene ya mas dones que haceros, ved cómo todo es para vosotros, y el seno de la magnificencia divina nada encierra mas precioso que lo que al presente poseéis. ¡Ah! mi impaciente ternura no veia llegar el momento tan notable y solemne para vosotros. He deseado, con un deseo el mas violento que jamas experimentó hombre, comer con vosotros esta pascua en que todos los antiguos sacrificios deben tener su plenitud, su verdad, y su consumacion. Esta palabra de Jesucristo, oh Aristo, tiene un sentido y una energía que no puede imitar nuestro lenguaje. Este deseo de deseos expresa un sentimiento tan íntimo, tan perenne, tan dominante y tan vivo, que solo podrá formar idea de él el corazon que fué capaz de concebirla y sostener su fuerza. Este corazon se vió oprimido; su amor absorbió todos sus movimientos, y nó murió sino por haber amado á los hombres.

¡Qué discurso aquel que termina el último acto del ministerio del Salvador! Te referiré la sustancia de él, Aristo, porque acaso no le habrás leído jamas en su ori-

ginal; y nada hay de cuanto se ha escrito para el mundo, que esté tan lleno de sentimiento, de sustancia y de fuerza. En él no se halla mas que la expresion sumaria del verdadero carácter del cristianismo, y la verdadera pintura del espíritu y del corazon de Jesucristo. Allí es á donde debe acudirse cuando se quiera admirar la belleza de la religion, y renovar la tierna impresion de la felicidad que logramos, por haberla conocido y haber nacido en su seno.

“No se turbe jamas vuestro corazon, añade este divino Maestro; creed en Dios, creed en mí tambien.” Pesa bien todas estas palabras, Aristo, y sobre todo, no pierdas de vista la circunstancia en que fueron proferidas. Mas hay que una morada en la casa de mi Padre. ¿Podreis creer que yo quiera entreteneros con una vana esperanza? ¿y que en este momento en que voy á morir os aseguraria que es por adelantarme para preparar vuestros asientos en el reino de mi Padre, si yo no sintiese en mí el convencimiento de la verdad, y el poder necesario para cumplir todas mis promesas? ¿Seria posible que despues de haber vivido largo tiempo entre vosotros, no me conociérais aún, y no estuviérais asegurados de que mi Padre está en mí, y yo en mi Padre? Acordaos de mis obras, y juzgad. No; mi corazon no padece al morir la pena de dejar en vosotros unos huérfanos que todo lo van á perder. Yo volveré á vosotros. Dentro de poco tiempo no me verá mas el mundo, pero vosotros me poseeréis siempre. Porque yo vivo eternamente, y vosotros vivís de la misma vida. El que cree en mí, sobrevive á todo; no puede morir. En el gran dia de la irrevocable edopcion en el origen eterno de la vida, será cuando conoceréis y vereis cómo yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí, y yo en vosotros. Te hago notar estas palabras, Aristo, aunque ya están repetidas, porque ellas expresan con una viveza y magnificencia divina, toda la riqueza y

toda la inmensidad del plan de la religion (1): Fundar un imperio eterno en el cual será estable todo el género humano. ¡Qué designio! Pero haber concebido y ejecutado la idea de unir una persona divina á la naturaleza humana, á fin de que todo concuerde en esta admirable economía, y pueda haber en ella un hombre bastante grande para ser establecido por Rey único y Eterno del género humano, y Gefe perpetuo del imperio que debe elevarse del seno de las ruinas de todos los reinos del universo; este es el carácter mas brillante de verdad que Jesucristo pudo imprimir á su doctrina; y es imposible que el hombre no aspire á ver llegar esta gran crisis de su destino.

Prosigamos escuchando á Jesucristo. “Si me amais, pues, desechad toda tristeza y desconfianza, y entrad conmigo á la parte en la alegría que siento, por tener que volver al seno de mi Padre. . . . Si, vosotros permanecéis en mí, sois mis amigos y mis hermanos; porque yo os amo con el mismo amor con que me ha amado mi Padre antes de la fundacion del mundo: y yo os digo todo esto, á fin de que mi alegría esté en vosotros, y crezca hasta que reciba su plenitud en la misma gloria en que yo voy á entrar.

“Es verdad que los que no me conocen á mí ni á mi Padre, os perseguirán. Si, yo os lo predigo, para que cuando veais caer sobre vosotros todos estos males, os acordeis de que yo os los he anunciado, y que nada puede sucederos contra mi expectation, y sin saberlo yo. Vosotros, pues, llorareis en medio de la alegría frívola, pasajera y péfida de un mundo insensato y corrompido; mas á la alegría del mundo sucederán bien presto los

(1) ¡Oh lectores religiosos y sensibles! leed, releed y medítad toda vuestra vida los capítulos XIII, XIV, XV, XVI y XVII del Evangelio de San Juan. ¡Qué manantial de luces y de consuelos!

suspiros y el llanto eterno; en vez de que vuestra tristeza, que durará pocos instantes, se convertirá en un gozo y una felicidad, que no os la podrá arrebatarse ningun poder. Cuando una madre empieza á sentir los primeros dolores del parto, se entristece y asusta al ver acercarse la hora; mas cuando ya ha nacido el infante, su alegría la hace olvidar cuanto ha sufrido, porque se ve libre de todo temor, y ve que el objeto de sus tiernos sentimientos ha salido felizmente al mundo. He aquí vuestra situacion; vuestro corazon oprimido al presente de dolor, se dilatará para siempre con el mio en la felicidad soberana. . . . Entonces no me pedireis ya nada, ni yo pediré ya mas por vosotros á mi Padre; pues mi Padre os amará por vuestra propia excelencia, porque me habeis amado y habeis creído que yo he salido de Dios. *En efecto, yo he salido de Dios*, y he venido al mundo; ahora dejo al mundo y vuelvo á Dios. . . . Mi fin en deciros esto, es que vivais en paz, y conteis sobre la verdad de mis palabras. . . . Vosotros lo tendreis que sufrir todo de parte del mundo; pero no desmayeis, yo he triunfado del mundo.”

Habiendo así hablado Jesus, prosigue el Evangelista, levanta al cielo los ojos y exclama: “¡Oh Padre mio! he aquí la hora en que va á cumplirse el mas grande de todos los acontecimientos. Glorificad á vuestro Hijo, para que vuestro Hijo os glorifique, y sea por vos conocido y adorado su nombre en todo el universo. Vos le habeis hecho gefe de toda la naturaleza humana, y revestido del poder de gobernar eternamente las naciones de la tierra, para que comunique la inmortalidad á todo cuanto le habeis dado. . . . ¡Oh Padre mio! yo os ruego por aquellos que habes confiado á mi ternura, y á quienes he hecho conocer vuestra verdad eterna. ¡Padre mio! ellos son vuestros, puesto que á mí me pertenecen; porque mi posesion es la vuestra, y vuestra posesion es la

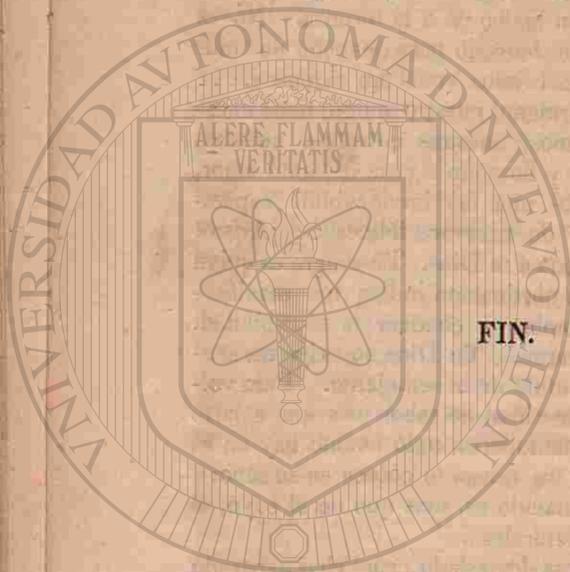
mia. . . . Ahora yo dejo el mundo, mas ellos quedan en él. . . . ¡Padre mio! ¡Dios Santo! conservad lo que vos me habeis dado y me es tan amable, para que ellos formen un mismo cuerpo conmigo, así como nosotros formamos desde la eternidad un solo espíritu y una misma inteligencia. . . . ¡Padre mio! yo no os pido que los saqueis del mundo, pero os suplico que los preserveis de su maldad. Mientras yo he vivido entre ellos, los he conducido, consolado y guardado en nombre vuestro; y ninguno de ellos ha perecido sino es un traidor, hijo de la perdicion y la malicia. Mas ellos van á dejar de verme y oirme. . . . Padre mio, conservadlos en la verdad. Ante ellos os dirige estos últimos votos el amor que les profeso, para que la alegría que les causa mi presencia, no se debilite con mi regreso hácia vos, sino que antes bien crezca todos los días hasta el momento en que vean sus ojos á quien tanto los ha amado. . . . No es solo por ellos por quien os suplico, Padre mio, sino tambien por todos aquellos á quienes anunciaren mi palabra y crean en mí en virtud de su predicacion: *Para que los justos de todas las edades formen un solo cuerpo, y que así como vos, ó Padre mio, habitais en mí, y yo en vos, ellos sean tambien una misma cosa con nosotros, y eternamente adoptados y consumados en la unidad de nuestro gran esplendor. . . .*” Insiste aun despues que sabe que todo lo ha dicho. Su corazon está tan lleno de esta idea, que cree no hacer nunca demasiado para llenar el alma de los que le escuchan. El amor no sabe acabar jamas. “¡Padre mio, Dios Santo y siempre adorable! sí, yo quiero que á donde yo voy vayan tambien todos los que me habeis dado para que vean mi gloria, y como me habeis amado antes que hubiese universo. Yo quiero que todos los brillos de la grandeza que poseo en vuestra inmensidad, se comuniquen á ellos, y que todo el torrente de nuestra bienaventuranza, corra por entre sus corazones; que todo

vuestro amor por mí se derrame sobre ellos y los envuelva conmigo en la inmutabilidad de nuestros gozos.”

¡Oh Aristo! qué hombre es preciso ser para sentir hasta un grado tan extraordinario todo el imperio de la naturaleza y de la sangre. Digámoslo todo; es preciso ser un Dios para dar un realce tal á la ternura. No es bastante fuerte el corazon humano para concebir un amor de esta energía, y formar unos votos tan extensos. . . . Jesucristo es nuestro hermano, nuestro amigo; tiene nuestra alma, nuestros órganos, nuestras entrañas, nuestros ojos: pero enternecidos y llorando á vista de tanto amor, postrémonos y adoremos una tan inconcebible capacidad de bendecirnos y de hacernos felices. . . . ¡Aristo! cede á la naturaleza, cede á tu Dios. Tu sangre es quien aquí te habla. . . . Tu obstinacion indica una manifiesta resistencia á ser hombre y conocer la sensibilidad. Adora la carne de tu carne. Tu Dios no exige tus sentimientos, sino bajo el título de tu semejante. Para volverte á él no tienes necesidad de saber mas que amarte á tí mismo. Todo cuanto eres, todo cuanto hay en tí, todo cuanto circula en tus venas, te coloca en su seno; y aquel en donde has nacido es, mas que no el suyo, el verdadero seno de la naturaleza.

¡Aristo, Aristo, es cosa demasiado cruel vivir separado de Jesucristo! ¡Qué pérdida la de su grandeza, á la cual nos eleva! *Su reino no acabará jamas. . . .* Reflexiona esto, mi muy amado y desgraciado amigo. ¡Qué! ¿esta sublime palabra, este gran atributo, el mas magnífico y el mas brillante de todos los títulos del Cristo de Dios, se debe entender de cada escogido, de cada hombre justo, de tí mismo? . . . ¿Y tienes fuerza para concebir semejante idea? ¡Dios mio! ¿quién puede contar las incomprendibilidades del hombre? *Su reino no acabará jamas. ¡Qué golpe de vista! ¡qué esperanza! . . .* Aristo, la feroz obsecacion de los que perecen, es una fatali-

dad bien desconsoladora para todo el cuerpo de los verdaderos y fieles hijos del Señor. Mas nada podrá aliviar jamás la pena de ver envueltos en esta pérdida extrema y cruel, hombres á quienes el cielo ha dotado de un buen espíritu y de un buen corazón (1).



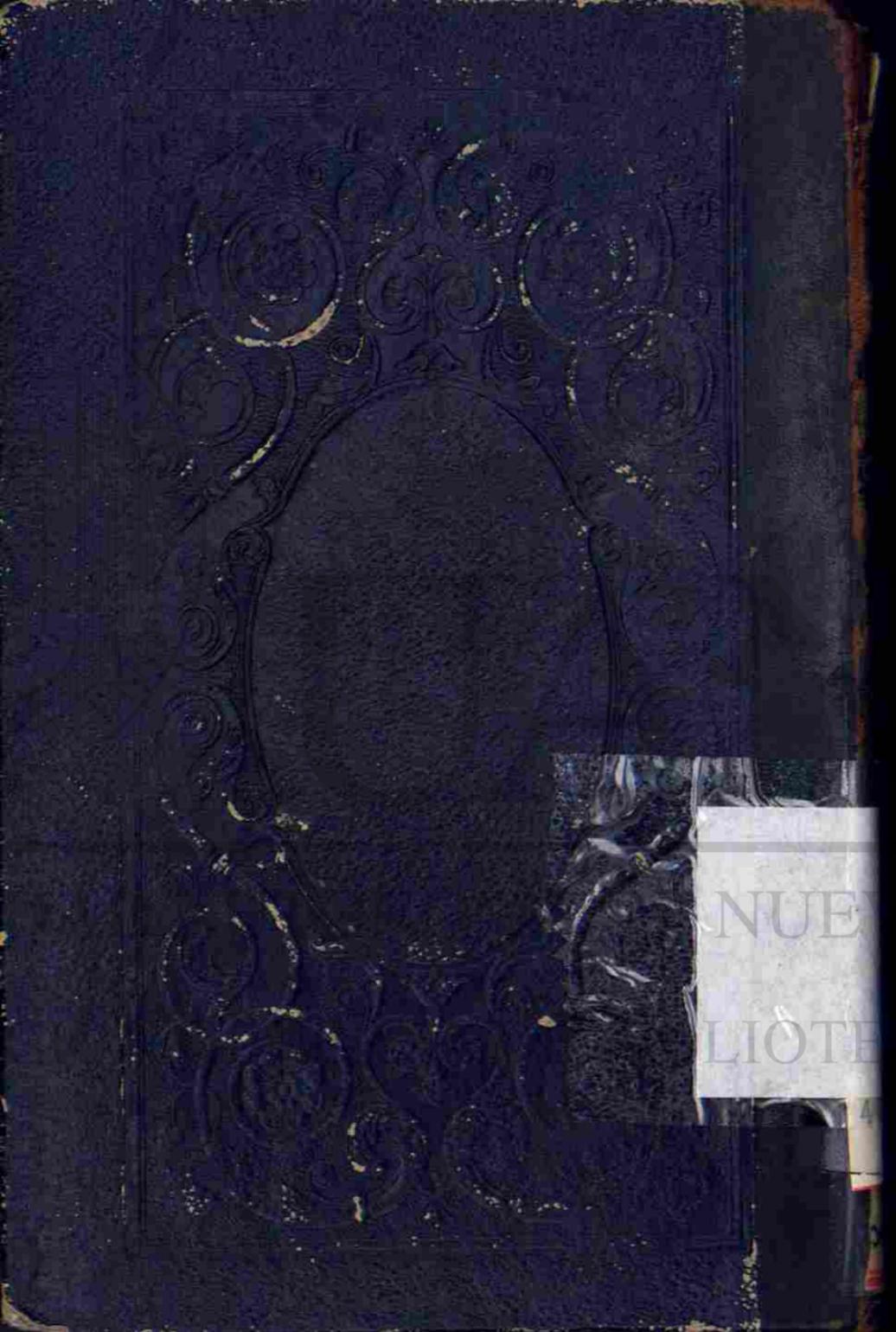
(1) En esta obra se hallan consideraciones muy esenciales que parecerá estar presentadas con demasiada rapidez. Mas tendremos ocasión de desenvolverlas en otra que estamos trabajando, que será como un suplemento ó segunda parte de la presente, y la intitularemos: *Las amarguras de la irreligion, ó el poder de las pasiones para hacernos infelices.*

T. Esta obra no ha visto la luz pública, y aun se cree que murió el autor sin concluirla.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

<i>Prólogo del autor</i>	III
<i>CAP. I.—Invocacion</i>	1
<i>CAP. II.—Engaño de la felicidad del mundo</i>	3
<i>CAP. III.—Solidez de la felicidad que da la virtud</i>	9
<i>CAP. IV.—De la excelencia y dulzura de la justicia cristiana</i>	29
<i>CAP. V.—Sencillez y facilidad de las obligaciones de la vida evangélica</i>	46
<i>CAP. VI.—Continuacion del antecedente</i>	64
<i>CAP. VII.—Reglas para la conducta exterior del hombre religioso</i>	92
<i>CAP. VIII.—Continuacion del precedente. Los deberes del hombre religioso para con sus semejantes</i>	105
<i>CAP. IX.—Conclusion del antecedente. El hombre religioso en la campaña</i>	130
<i>CAP. X.—Los últimos dias del hombre religioso</i> ..	156
<i>CAP. XI.—Uso de las relaciones é instrucciones contenidas en los anteriores</i>	161
<i>CAP. XII.—Conclusion</i>	168



NUE
LIOTE